

Bianca

Anne Mather

El amor secreto de Olivia

El amor secreto de Olivia - Serie Bianca, Nº 80

A raíz de la muerte de su marido, un conocido magnate, Olivia se convirtió en una viuda muy rica a pesar de que el suyo había sido un matrimonio de conveniencia. Pero Alex, el hijo ausente de su esposo, había sido desheredado y le preocupaba.Olivia tenia la intención de enmendar la situación pero Alex no era el hombre que ella se esperaba. Alex Gantry era un enigma. Agudo e inteligente, era un hombre demasiado agresivo y masculino para su paz mental. Descubrió asi que su amor era lo más importante para ella , algo que no podría alcanzar. Él era su hijastro y ella nunca se había sentido tan físicamente atraída por otro hombre... ¿Por qué precisamente él?

¿Cuáles eran las intenciones de Alex al quedar viuda su madrastra?

CAPITULO 1

EL SEÑOR otorga y el Señor quita... la ceniza a la ceniza, el polvo al polvo...» Las palabras pronunciadas en el funeral sonaron lejanas en los oídos de Olivia, que apenas las escuchó. Tampoco se fijó en el soleado día de febrero, que contrastaba con la sobriedad de la ocasión, ni en las miradas curiosas que le dirigían como joven y afligida viuda. Su pálido rostro y su cabello negro destacaban en aquel ambiente inglés, el abrigo de cibelina que lucía indiferente, acentuaba lo extraño de su apariencia. Daba la impresión de estar muy lejos de lo que acontecía a su alrededor y de que no le importaba que interpretaran mal su actitud. No le importaba en absoluto los cuchicheos de los presentes.

Los asistentes que habían acudido al funeral eran numerosos. Se trataba de socios y colegas de negocios de Henry Gantry, directores de la inmensa empresa química que el difunto había fundado. Henry Gantry fue un hombre poderoso e incluso muerto imponía respeto. Aunque nadie admitiría haberle temido, todos lo habían hecho en algún momento.

Olivia era la excepción, jamás le tuvo miedo. Antes de conocerle le odió y después lo despreció y se despreció a sí misma. Pero el temor era un sentimiento lógico en las personas que se habían dejado controlar por él, que no habían sido pocas. Hecho extraño, vivir en la casa de él, había hecho en Olivia que llegara casi a respetarlo, a pesar de que nunca le podría perdonar lo que le hizo. Incluso llegó a despreciar un poco a las personas débiles que se dejaron explotar por Henry. Trató de sobreponerse a ese sentimiento... ya había acabado

todo... o quizá sólo era el principio..

El sepelio terminó. Habían bajado a la fosa el pesado féretro, y Francis Kennedy, que fue el ayudante personal de Henry Gantry, le dijo:

—Permita que la lleve a casa, señora Gantry —ofreció, desplegando el encanto que siempre le valía el éxito con el sexo opuesto—. Debe estar cansada. Necesita tomar algo reconfortante—. Olivia le miró con sus límpidos ojos verdes, sorprendentes en su rostro moreno.

—Gracias, creo que lo soportaré, Francis. Regresaré con Forsyth, me está esperando. De todos modos, le agradezco la gentileza —respondió cortés, aunque la experiencia le había enseñado a desconfiar de los servilismos exagerados.

— Habría sido un placer, señora Gantry. La veré más tarde en la casa.

Olivia asintió y, antes de dirigirse a su coche, dirigió una cálida sonrisa al sacerdote que había oficiado la ceremonia. Sentía compasión por el pobre padre Donovan. Igual que los demás, había sucumbido al poder de la riqueza ofreciéndole a Henry Gantry una magnífica misa, como si hubiese sido un creyente devoto. El magnate jamás pisó una iglesia. Henry Gantry había vivido su vida como se le había antojado.

De pronto, una nube ocultó el sol y la hermosa tarde que presagiaba la primavera, quedó sombría y nublada. Pronto caería la noche, aunque apenas eran las tres de la tarde. Olivia se dirigió apresuradamente hacia Forsyth, que esperaba al lado del Rolls Royce.

En el momento en que Forsyth abría la puerta del coche para que Olivia entrara, le llovieron las condolencias. El director general de la empresa, Malcolm Birk y su esposa; Barry Freeman, el secretario general; Sean Barrett, otro director; Mortimer Lloyd, Lañe Grimond, Paul Sloane, James Farrell se acercaron para expresar su pésame. Olivia aceptó las amables palabras con seriedad y cortesía. Sabía que cada uno de ellos pensaba en su propio interés. Henry tenía razón en una cosa, pensó al reclinarse en el asiento de cuero, eran una manada de lobos, dispuestos a matar. De no encontrarse en una posición tan segura, ella habría sido la primera víctima. Suspiró y notó que Forsyth la observaba por el espejo retrovisor. Sonrió al verle tan preocupado.

— No se preocupe, Forsyth —murmuró mientras se quitaba los negros guantes que cubrían sus finas manos. Observó el gran zafiro que llevaba en la mano izquierda, y la alianza matrimonial y movió la cabeza con incredulidad—. Estaré bien, ya lo verá.

Los periodistas la esperaban en la reja del cementerio para tomar fotos de la triste viuda.Era una noticia de primera plana: una mujer joven, de apenas veintidós años de edad, cuyo matrimonio con

un hombre que le llevaba más de cuarenta años, la había convertido en una celebridad. A los seis meses de casada, de la noche a la mañana, se había convertido en una de las mujeres más ricas del mundo.

Olivia sabía que era inútil tratar de ocultarse a las cámaras, de modo que no lo intentó. Permaneció sentada, tranquila y distante, dando más motivos para que los ávidos lectores de la prensa del corazón leyeran embelesados la noticia de su comportamiento indiferente. Sabía que todos pensaban que se había casado con Henry por dinero, y hasta cierto punto, ése fue el motivo. Pero no era como parecía a los ojos del público ni a los de los colegas de Henry, todos hombres de negocios. Tampoco fue por los motivos que Henry creyó.

El trayecto del cementerio de Saint Saviour a la casa que compartió con Henry en los últimos seis meses duró quince minutos, y tuvo tiempo de recordar los acontecimientos recientes de su vida. No tuvo luna de miel, habría sido una ironía intolerable. Henry era ya entonces un hombre enfermo y sabía que sólo viviría unos meses más, aunque Olivia despreciara su memoria, no podía dejar de admirar la fuerza de voluntad que mostró su esposo al relegar al fondo de su mente el hecho de su próxima muerte. Sólo sus colaboradores de confianza, corno Francis Kennedy, sabían que su estado de salud le impidió trabajar al ritmo al que estaba acostumbrado. ¿Quién lo hubiese creído? Fue un luchador hasta el último momento y el único testimonio de las silenciosas horas de sufrimiento, fue el demacrado rostro de las semanas finales. Siempre fue muy fuerte, un hombre ejemplar, de anchos hombros y gran estatura. De hecho, cuando se publicó en los periódicos la foto de su boda, no todos le envidiaron a él su buena fortuna; no faltaron quienes envidiaron también a Olivia, no sólo porque Henry Gantry tenía fama de ocupar el decimoquinto lugar en la lista de hombres más ricos del mundo, sino porque tenía un aire distinguido.

El Rolls disminuyó la velocidad al entrar en Virginia Drive, deteniéndose frente a la verja de la propiedad. Virginia Drive no era una calle abierta, era un callejón, flanqueado por los altos muros de la casa de Henry Gantry. Ésta estaba protegida por guardas que patrullaban día y noche. Cuando el coche fue identificado y las pesadas puertas se abrieron, el guardia de turno saludó a Olivia. Al principio, esa demostración de respeto la había cohibido, pero en ese momento levantó la mano automáticamente, sin darle importancia.

Un camino de grava, que serpenteaba entre altos arbustos de hortensias y rododendros, los llevó a la amplia explanada frente a la mansión. El edificio era elegante, y estaba rodeado por un jardín inmejorablemente cuidado. Henry Gantry siempre pagó bien por los servicios que le prestaban y nunca le faltó personal.

— ¿Usará el coche más tarde, señora Gantry? —la pregunta de Forsyth sacó a Olivia de su abstracción, estaba pensando en la tarea que le esperaba.

—No —respondió por fin—. No creo; gracias Forsyth. Puede tomarse libre el resto del día.

—Muchas gracias, señora —el hombre quedó agradablemente sorprendido.

El amplio vestíbulo era de techo alto, con una inmensa araña, y estaba tapizado de azul y dorado. Había otras luces, dispuestas de tal manera que resaltaban algunas de las pinturas originales que Gantry coleccionaba. En ese momento, estaban encendidas, dándole a la casa un calor y una intimidad de los que a veces carecía.

La casa tenía dos plantas. Olivia subió al piso superior y Hamish Murdoch, el mayordomo, la ayudó a quitarse el abrigo.

Un buffet frío estaba dispuesto en una de las salas, por sugerencia de Olivia. Francis Kennedy, como siempre, fue el primero en llegar.

El abogado de Henry estaba presente. Adam Cosgrove conocía a Henry desde que comenzó a trabajar y Olivia pensó que era lógico que se sintiese incómodo y triste. Le pareció que la observaba con algo más que recelo y se preguntó si no estaría planeando la mejor forma de presentar su caso. Era agobiante pensar en la cantidad de personas que dependían de Henry para ganarse la vida y que ahora dependían de ella. ¿Qué sentirían al enterarse de sus intenciones? Era bastante realista para saber que no se ganaría la admiración de ninguno.

— ¡ Olivia! — exclamó a su espalda la voz burlona de una mujer. La joven se volvió y se enfrentó a Drusilla Stone. Estaba muy calmada, iba muy elegante con aquel abrigo de piel. Tenía el cabello teñido de rubio y contrastaba con el oscuro tono del de Olivia. No aparentaba la edad que tenía y, sin duda, sería la más beneficiada en el testamento. Así debía ser, puesto que había sido la amante de Henry durante muchos años, hasta el día en que él se casó.

—Hola, Drusilla —respondió Olivia, inexpresiva—. Te agradezco tu presencia, sabía que vendrías —Drusilla torció la boca.

—¿No crees que es lo menos que podía hacer en memoria de Henry? De todos los parásitos aquí presentes, incluyéndote a ti, tengo más derecho que ninguno a esperar agradecimiento —Olivia no se inmutó. Sabía que no había perdonado a Henry por haberse casado con otra, sobre todo con otra más joven que ella.

—No creo que tengas motivo para quedar desilusionada, Drusilla. Ya podemos olvidar nuestros rencores. Tenemos mucho en común.

— ¡ No tengo nada en común con alguien tan ambiciosa y codiciosa como tú! —dijo con encono—. Y si Henry no hubiese estado

tan deseoso de desheredar a ese hijo egoísta, jamás se habría dejado engañar por una coqueta…

— ¡Basta! —Francis Kennedy interrumpió el exabrupto de Drusilla—. ¡ Querida Drusilla! Nunca has sabido distinguir entre el buen y el mal gusto, ¿verdad? ¿No crees que H. G. lo sabía? De lo contrario estarías en la posición de Olivia.

— ¡No te metas en esto, Kennedy! Conozco tu juego. Muerto Henry, te ves obligado a cambiar de estrategia y cortejar a su rica viuda, y eso no deja de tener sus atractivos ¿verdad? —respondió Drusilla y Kennedy permaneció impasible. Olivia suspiró al colocar una mano sobre su brazo—. Por favor, ¡ella es capaz de cuidarse sola, Francis! —se burló con malicia Drusilla—. Más vale que lo creas. ¡Es la señora de Henry Gantry y ni tú ni yo somos siquiera parientes pobres!

—Cállate Drusilla… —murmuró Francis.

—Por favor, olvidemos el asunto —interrumpió Olivia—. Hoy hemos enterrado a mi esposo, Francis, y le agradecería que lo recordará. Le agradecería que se ocupara de que no le falte nada a nadie. Conoce a todos mejor que yo.

— Por supuesto, señora Gantry.

Olivia se sintió aliviada cuando otras personas se acercaron a ella, mientras Drusilla se alejaba.

Olivia logró mantener el dominio de la conversación. En poco tiempo había logrado aprender a fingir, era más fácil aceptar a todas aquellas personas por lo que aparentaban ser que intentar valorar sus intenciones personales. Sabía que recelaban de ella y de sus planes al quedar viuda. No podía ser fácil aceptar de pronto en su seno a una extraña que tenía el poder de dirigir el futuro curso de sus vidas.

— Y bien, Olivia, sugiero que demos principio a las formalidades — murmuró Adam Cosgrove, de pie, a su lado—. Comprendo que quizás no desees hacerlo en este momento, pero temo que estos asuntos tienen que resolverse sin dilación. Si me haces el favor de acompañarme a la biblioteca, leeré el testamento de tu marido que contiene su última voluntad.

—¿Ya lo ha leído? —el rostro de Olivia se contrajo.

— Por supuesto, le ayudé a redactarlo.

— Es lógico —Olivia comprendió su torpeza—. ¿Cuándo… fue?

— Unos días después de vuestro matrimonio —Adam no anduvo con rodeos—. Debes conocerlo, ya que no dudo de que Henry te habló de sus planes.

— Sí —Olivia se humedeció los labios—. Me lo dijo, pero, me preguntaba…

—.. .¿Si habría cumplido su palabra? —sugirió Adam con sagacidad—. Eso depende de las limitaciones que esperaras. Eres una

mujer muy rica, eso lo sabes. En cuanto a lo demás...

—¿Se refiere a los bienes de Henry?

— Por supuesto, eso incluye las acciones de la empresa, de la banca y de la minería; su participación en la extracción de petróleo del Mar del Norte; sus casas aquí, en Nueva York y en el sur de Francia, su colección de pinturas, sus caballos de carreras...

— No siga —Olivia se llevó una mano a la mejilla. Se sentía helada, por dentro y por fuera, y ni el brandy que había tomado la había hecho olvidar el temor que tenía de enfrentarse al inevitable momento.

—Muy bien —Adam inclinó la cabeza en señal de aceptación —.Prosigamos esta conversación en una reunión más privada. ¿Me esperas en la biblioteca? Quiero hablar con Kennedy.

No había nadie en la biblioteca, pero la señora Winters se había encargado de que hubiese fuego en la chimenea de la casa; Olivia había pasado en aquella habitación muchas horas examinando los libros que cubrían dos de sus paredes.

Mientras esperaba inquieta, Olivia se paseó, jugueteando con el collar de perlas que pendía de su esbelto cuello. Eran perlas finas, igual que los brillantes de sus pendientes. El sencillo vestido negro de punto que llevaba había costado una fortuna en una casa de modas parisiense. Henry Gantry fue muy meticuloso y había hecho de Olivia su esposa en todos los aspectos posibles. Tuvo que aparecer y actuar como su compañera y el dinero nunca fue un obstáculo.

Le pareció que Adam tardaba horas en reunirse con ella, pero una ojeada al finísimo reloj de pulsera le indicó que apenas habían pasado cinco minutos. Pensó que Francis y Drusilla vendrían con Adam, pero éste se presentó solo. Cerró la puerta para quedar aislados de los demás en aquel recinto a prueba de ruidos.

—¿Quieres sentarte? —Adam colocó su cartera de documentos sobre el escritorio y observó el esbelto cuerpo con impaciencia—. Querida, no tienes por qué temer —esbozó una sonrisa—. Eres la heredera de Henry, a pesar de mis ruegos en favor de Alex. Tranquila. No existe ningún tribunal en Inglaterra que pueda poner en duda su autenticidad.

Olivia se dejó caer en un sillón. Era extraño escuchar el nombre de Alex Gantry por primera vez en aquella casa, Henry nunca lo pronunció. Si alguna vez se refirió a él fue como: «ese desagradecido cachorro», «el mocoso de Elise» o, en ocasiones, «ese bastardo hijo mío». Olivia nunca trató de enterarse de lo que había hecho Alex para merecer el enconado odio de su progenitor. Si Henry lo había desheredado debió ser por algo terrible. No era asunto suyo, pensó, y se encogió de hombros. Ella no era responsable de la decisión de Henry a ese respecto, sólo fue el instrumento para llevar a cabo

aquella decisión y no debía tener remordimientos por cuanto la venganza estaba al alcance de su mano. Henry Gantry fue un hombre sin" escrúpulos y era justo que una mujer, también sin escrúpulos, lo

engañara a su vez. Aunque aún faltaba ver si ella sería tan fuerte con sus convicciones como lo fue su esposo.

—Estás... aturdida, Olivia —decía Adam y Olivia levantó la vista al comprender que se había distraído—. ¿Pasa algo malo? ¿Tienes miedo de las responsabilidades que tendrás que asumir? No debes temer nada, cuentas con los mejores cerebros del mundo para que te ayuden —Olivia movió la cabeza y pensó que Adam desconocía la verdad.

—Estaba pensando... lo lamento, señor Cosgrove. ¿Qué me decia?

—¿Has tenido noticias... de Alex?

—¿Alex? No, ¿debía haberlas tenido?

— Bueno... no —se encogió de hombros—. ¿Se le informó de la muerte de su padre?

—Como no sé dónde se encuentra, no fue posible —respondió muy tensa—. Henry mencionó que vivía en África, pero África es un continente muy grande y nunca tuvimos noticias de él.

—Así es —abrió la cartera—. ¿Comenzamos?

Olivia casi no escuchó el preámbulo. No fue largo, ya que Henry no tenía más parientes que su esposa y Alex y los legados a los miembros de su personal fueron pocos. Quinientas libras a uno, mil a otro; Francis Kennedy recibiría una bonificación, en acciones de Gantry Chemicals, por un valor de cinco mil libras. Sus propiedades permanecerían intactas y las administraría su esposa, Olivia, siempre y cuando cumpliera con ciertas condiciones.

—¿Qué condiciones? —Olivia se irguió, mostrando recelo en sus ojos verdes. El viejo abogado suspiró antes de explicarle la situación.

— Son bastante sencillas y no creo que te sean molestas... Henry quiso asegurarse de que su imperio comercial sobreviviría a su muerte.

— ¡ Usted dijo que sus bienes eran míos! —exclamó al ponerse en pie.

— Dije que eras su heredera —murmuró Adam perplejo—. Querida, un cuarto de millón de libras al año es una magnífica comisión para el poseedor de la mayoría de las acciones y para quien controle la empresa Gantry.

—¿Me está diciendo que no puedo vender? —Olivia le miró anonadada y Adam pareció confundido.

—¿Por qué querrías hacer eso? Tienes todo lo que cualquiera desearía... dinero, poder, posición...

— ¡No todo el poder! —exclamó con dureza—. Acaba de

decirme que los bienes están sujetos a vínculo —Adam la miró con franca perplejidad.

—Querida, aunque pudieses vender, sería tonto hacerlo. En estos tiempos de crisis económica, la empresa no ha dejado de proporcionar magníficas ganancias a sus accionistas y ahora que la crisis parece...

—Lo sé —Olivia se volvió, decepcionada. Sentía que la derrota destruía sus esperanzas. ¡Qué tonta había sido! ¡Su madre también! Debían haber sabido que Henry hallaría la forma de perpetuar su memoria. Fue ingenuo pensar que le conferiría un control completo, Henry sólo quería apaciguar su propia conciencia dejándola bien provista. El poder seguía estando en sus manos, aun después de su muerte.

—Hay otra cosa —murmuró el abogado intrigado por la actitud de la joven—. Se trata de una cláusula para el futuro, Olivia. Si vuelves a casarte, tu posición como jefe nominal de la empresa será revocada. Recibirás trescientas mil libras, pero todo el control que tengas en ese momento pasará a un fideicomiso para los nietos de Henry, en caso de que Alex tenga hijos.

—¿Y esta casa? —Olivia miró a su interlocutor.

—Todas las casas de Henry son tuyas mientras las habites —contestó.

—¿Y si contraigo nupcias de nuevo?

—La situación cambiará porque las casas son parte del legado de Gantry.

Olivia asintió. De pronto se sintió derrotada y exhausta al comprender que todo había sido en vano. Los planes de su madre para vengarse habían sido inútiles. No podía negar que era muy rica, más de lo que le correspondía, y eso era parte de su desilusión. No había deseado aquella fortuna y jamás quiso adueñarse del dinero de Gantry. Y si al principio pareció ser una cruel ironía, fue una casualidad que su madre no se enterara de lo inútil que había sido su

sacrificio. En su confusión final, quizá había pensado que Olivia había tomado parte en aquella maquinación.

¡Era injusto! Durante un momento la invadió un terrible sentimiento de amargura. ¡Había destrozado su futuro, su vida! Quizá otra chica se habría sentido afortunada; Olivia no lo consideraba así. Se dejó engatusar al aceptar un matrimonio que le era odioso, pensando que su madre recobraría la salud con mejores cuidados. Pero todas las promesas de Henry fueron vanas. Por lo visto para despojar a su hijo de la herencia, sólo buscaba un instrumento.

Adam dobló el testamento y lo metió en su cartera antes de añadir:

— Quiero que lo pienses, Olivia. Es evidente que no es el momento ni el lugar para entrar en detalles. ¿Me permites que

concierte una cita para que vayas a verme dentro de unos días? Proseguiremos entonces.

— Espere... —Olivia alargó el brazo instintivamente, su tono parecía pedir disculpas. Después de todo, no era culpa de Adam y de nada le serviría enemistarse con el que fue el fiel consejero de Henry —. Quiero darle las gracias, debe considerarme muy desagradecida. Es que... la muerte de Henry todavía me parece irreal.

Era una mentira flagrante, quizá Adam se dio cuenta de ello, pero, al parecer, estaba dispuesto a no condenarla. La actitud del abogado la hizo meditar y comprendió que, por lo que se refería a Adam, ella seguía blandiendo una poderosa arma. Henry le había legado la mayoría de las acciones de la empresa y ella podía utilizar aquel poder como quisiera. Podía elegir ser un socio simbólico y silencioso, pero también podía ejercer sus derechos y dar su opinión. Faltaba ver si escucharían sus puntos de vista. Nadie, ni Adam Cosgrove, ni Francis Kennedy, y sobre todo Henry, pensaron nunca que ella optaría por participar activamente en los asuntos de la empresa.

Adam salió, no muy satisfecho de la explicación de Olivia, pero ella supuso que él la tomaba como ignorancia femenina. Cuando el abogado se marchó, los demás se fueron despidiendo después de reiterar sus más sentidos pésames.

Francis también se fue cuando Olivia rechazó su ofrecimiento de acompañarla a cenar. Olivia no tenía apetito.

—Es muy amable, Francis, pero prefiero quedarme sola. Tengo muchas cosas en qué pensar. Hablaremos por la mañana, venga a desayunar. Quiero tratar un asunto con usted.

Kennedy mostró curiosidad por lo que ella pensaba plantearle, pero, al igual que Adam, no se atrevió a discutir. Por primera vez en su vida, Olivia supo lo emocionante que era tener las riendas del poder.

Olivia vio a Drusilla en el momento en que ésta se iba. Henry no la había mencionado en su testamento y Olivia sintió compasión por la amargura que Drusilla debía sentir. Era muy propio de Gantry, nunca olvidaba insulto alguno, y el comportamiento de Drusilla en su boda fue muy desagradable.

— Lo lamento —murmuró Olivia cuando la señora Stone se dirigía a su coche. No dio más explicaciones porque no las consideró necesarias, pero Drusilla no estaba dispuesta a aceptar la situación con dignidad.

— ¡Más lo lamentarás! —declaró con dolor—. ¡Algún día te arrepentirás de haber puesto los ojos en Henry Gantry y te aseguro que me encargaré de que así sea!

Cuando por fin la puerta se cerró detrás de la última visita, la

señora Winters miró significativamente a Hamish Murdoch. Era un hecho sorprendente, pero el personal que servía en la casa había llegado a apreciar y a respetar a la joven señora Gantry. Su tranquilidad y su sencillez le habían granjeado muchos amigos.

— ¡Fue demasiado para usted, señora Gantry! —exclamó el ama de llaves — . ¡Ya sabía que la dejarían sin gota de sangre en el rostro!

Olivia logró sonreír.

— No se preocupen, estoy bien, es sólo cansancio... me daré un baño antes de cenar. ¿Podrían servirme algo en una bandeja? No me siento con ánimos de sentarme sola en el comedor.

—¿Por qué no se mete en la cama? Mary le llevará la cena— sugirió Murdoch, pero Olivia rechazó la sugerencia.

— Bajaré, no tengo ganas de acostarme —aseguró—Quizá vea algún programa en la televisión. Después de prepararme la cena pueden tomarse la noche libre.

Fue un alivio llegar al refugio que le ofrecía su habitación. Estaba en una parte de la casa muy bella, que no relacionaba con Henry, aunque él debió ocuparse de la decoración. Henry nunca entró allí y

Olivia le había dado un toque personal con algunas de sus pertenencias. Se sentó en el borde de la inmensa cama. No se avergonzaba de su procedencia, nunca intentó fingir estar acostumbrada al lujo que la rodeaba. Quizá por no haber ocultado haberse criado en ambientes parecidos a los de ellos, la servidumbre la apreciaba.

Pero a pesar de todo, Olivia se había encariñado con las exquisitas habitaciones que eran suyas. No habría sido humana si no hubiera disfrutado de los magníficos colchones y de las sábanas de seda que le acariciaban la piel con deliciosa sensualidad; no habría sido franca si hubiera negado que despertaba complacida al ver la belleza que le rodeaba; y no habría sido femenina si no se hubiera entusiasmado cada vez que abría las puertas de los roperos que contenían tal infinidad de trajes, vestidos, faldas, blusas y suéteres de la mejor calidad.

Olivia comenzó a desnudarse. Dejó que su vestido se deslizara a la alfombra y lo arrojó sobre la cama. Su imagen, cubierta por una sencilla combinación negra, se reflejó en media docena de espejos, pero no le prestó ninguna atención a su aspecto. No veía motivo para admitir su pálida piel y su oscuro cabello. La parte italiana que había heredado de su madre se acentuaba cuando estaba cansada. Impaciente , se metió en el baño.

Abrió los grifos de la bañera y vertió dentro del agua una buena cantidad de sales perfumadas. Llenó la bañera casi hasta el borde antes de meterse y permitir que el calor envolviera su cuerpo. No

debía dejarse llevar por la depresión. Era la cabeza nominal de la corporación Gantry. Al día siguiente averiguaría, por medio de Francis,lo que eso significaba. Estaba frente al tocador, cepillándose el cabello, cuando llamaron a ¡a puerta.

—Soy yo, señora Gantry, ¿puedo entrar? —preguntó una voz femenina.

—Por supuesto, Mary —Olivia sonrió, aunque habría preferido estar sola.

—Debió decirme que le preparara el baño, señora —murmuró molesta Mary Parrish, mientras recogía y guardaba el vestido de Olivia—. ¿Cómo se siente? La señora Winters comentó que está agotada. ¿Por qué no se acuesta y permite que le traiga la cena?

—Gracias, Mary, prefiero comer abajo —declaró, deseando que la chica no tomara sus obligaciones tan en serio. Henry la había contratado poco después de la boda para que atendiera a su esposa y a menudo Olivia había deseado que la hubiese consultado al respecto. La chica tenía buenas intenciones y Olivia de ninguna manera deseaba herir su sensibilidad,

—¿Qué se va a poner para bajar a cenar?

Olivia suspiró. Había planeado bajar en pijama y bata, pero todavía existía la posibilidad de que alguien se presentara a ofrecer sus condolencias.

—Me pondré el caftán —la prenda era tejida a mano y los suaves tonos azul y malva eran discretos. Poco le importaba que fuese uno de sus vestidos más favorecedores.

— ¡Cómo quisiera tener un cuerpo como el suyo, señora Gantry! —exclamó Mary al ver los pliegues de la prenda que dibujaban el exquisito cuerpo de Olivia. Su sencillez hacía resaltar la curva de sus senos, la esbelta cadera y las bien torneadas piernas. Olivia movió la cabeza, sin dejarse halagar por la sinceridad de Mary.

—El hábito no hace al monje —dijo sinceramente—. Déjame suelto el cabello, Mary, no recibiré a nadie esta noche.

Olivia se dirigió lentamente al comedor. Le era difícil creer que aquella casa sería suya mientras viviese en ella y guardara su viudez. Podría decorar las habitaciones como deseara;ella daría las órdenes. Era una posición tentadora y Henry lo sabía. Le dejó suficiente dinero para que viviese con lujo durante el resto de su vida. Darle gusto a los sentidos había sido la filosofía del finado Henry, pero para ella no era suficiente. No se había casado con él para adoptar ese modo de pensar. Su madre estaba muerta y ya no necesitaba ninguna ayuda, pero ella ayudaría a la única persona que Henry deseó excluir de su testamento, ¡su hijo!

Los pies de Olivia se hundieron en la mullida alfombra del vestíbulo al dirigirse a la biblioteca. La señora Winters sabría dónde

encontrarla, esa habitación se había convertido en su refugio contra el mundo de Henry. Al abrir la puerta, vio que las luces estaban encendidas y que en la chimenea ardía un fuego reconfortable. El calor era agradable y, apesadumbrada, cerró la puerta. Se apoyó en ella y cerró los ojos.

Al volverlos a abrir, lo primero que vio fue un par de botas y unas piernas extendidas. La cogió tan de sorpresa que se asustó. El hombre que estaba allí sentado era esbelto, pero era ancho de espaldas, el escote de la camisa dejaba al descubierto un medallón de oro con una cadena sobre el tupido vello del pecho. Los brazos y piernas eran fuertes y Olivia no dejó de notar los marcados músculos de las pantorrillas. Nunca lo había visto. Primero pensó que se trataba de un intruso, pero antes de expresar sus temores, él habló y ella comprendió quién era.

— Hola, Olivia —murmuró con ironía—. No sabes el gusto que me da conocerte, por fin. ¡El viejo Henry sí que tenía buen gusto!

CAPITULO 2

ALEX! —el hombre asintió con un movimiento de cabeza. —¿Cómo lo has adivinado? —Olivia se enderezó y se alejó de la puerta. —¿Cómo has entrado? ¿La señora Winters...?

— He entrado por mis medios —respondió y sacó una llave del bolsillo y la hizo oscilar en su cadena, como si fuese un objeto para hipnotizar—. ¿Necesito invitación para entrar en casa de Henry Gantry?

— No, por supuesto que no —Olivia trató de sobreponerse.

— ¡Por supuesto que no! —repitió burlón, metiendo la llave en el bolsillo y señalando uno de los sillones de cuero—. ¿Quieres sentarte, mamá? Parece que necesitas apoyo.

Olivia le miró inquieta y se humedeció los labios. Era una contingencia para la cual no estaba preparada, a pesar de sus planes de buscar al hijo de Henry. Su inesperada presencia la puso nerviosa.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó—. ¿Sabes... que...?

—¿Que Henry ha muerto? —terminó por ella—. Sí, me lo dijo Cosgrove.

—¿Adam Cosgrove? —Olivia no le quitaba los ojos de encima. Era lógico, Adam habia preguntado si había tenido noticias de Alex. Era evidente que el sabia dónde localizarlo y le dio la noticia. Se acercó a él y le tendió la mano. Tenía que mostrarse calmada, aunque la expresión de Alex no la ayudaba—. Lamento que te hayas enterado de la muerte de tu padre de esa manera. Estuvo enfermo bastante tiempo y era de esperarse.

—Eso me dieron a entender.

Alex retuvo la mano de Olivia más tiempo de lo necesario y ella tuvo que retirarla para irse a sentar en el escritorio. Sentada, se sentía más segura y menos vulnerable.

—Tengo entendido que vives en África —comentó tratando de parecer tranquila—. Como no teníamos tu dirección, nosotros... yo no tenía modo de comunicarme contigo.

—Cosgrove sabía dónde encontrarme —señaló con dureza.

— Es evidente, pero, por desgracia, no me lo dijo.

—¿Te molesta? —preguntó sacando una cajetilla de pequeños puros —En los últimos ocho años he vivido en Tsaba. ¿Conoces el sitio? Mi... socio y yo establecimos allí una compañía minera. Algunos de los países de Centroáfrica son ricos en minerales.

Olivia asintió;parecía que él había vivido en condiciones muy duras. Existía en él una rudeza, una virilidad, que parecían fuera de lugar en aquella elegante habitación. Daba la impresión de que se sentiría más a gusto en la rudimentaria civilización de una comunidad minera, aunque Olivia tuvo que conceder que no parecía importarle que su apariencia no estuviese acorde con el ambiente.

—¿Te sirvo una copa? —le ofreció él y Olivia observó la copa vacía sobre la mesita a su lado.

—Gracias, no —respondió dándose cuenta de que, siendo ella la anfitriona, debía habérsela ofrecido ella. En tono más cordial, preguntó—: ¿En dónde te alojas? De haber sabido que vendrías...

—... Me habrías puesto una alfombra de bienvenida, no lo dudo —interrumpió con insolencia—. Me sorprendes, Olivia, no esperaba encontrarte tan amable. Pensé que me echarías inmediatamente.

— Pues te has equivocado —el pálido rostro de Olivia cobró color.

— Lo dudo —la observó con atención—. Supongo que sabrás lo que el viejo Henry pensaba de su hijo.

— Sí, lo sé —dijo Olivia con cautela.

— Pero estás dispuesta a ser generosa —se burló.

— Henry murió...

— Muy cierto.

— No veo motivo para que no nos llevemos como dos personas civilizadas.

— ¡ Ya lo creo que no! — Alex torció la boca.

—Como decía, si no nos conocemos, no podemos ser enemigos— agregó decidida.

—¿Eso crees? —por lo visto Alex no iba a facilitarle las cosas y Olivia deseó haber estado preparada para la ocasión. Ahora, titubeaba como una colegiala frente al director de la escuela.

—No tiene sentido alimentar pasados rencores. Tu padre está muerto. No sé lo que pasó entre los dos, pero lo que haya sido, no

tiene nada que ver conmigo.

—¿Sí? —los labios de Alex estaban lívidos—. ¿Cuál es tu juego?

—¿Mi juego? —Olivia se quedó anonadada.

—Sí, Livvy, ¡tu juego! Mi presencia aquí te ha sorprendido, ¿no es cierto? Debiste pensar que ya lo tenías todo en el bolsillo. ¡La heredera de Henry, dueña de todo esto! —señaló la habitación—. Estás tranquila, lo admito. Yo, en tu lugar te habría echado primero y habría preguntado después. Pero tú eres más lista. Te dedicaste a pescar al viejo Henry, y sabías que mi intervención podría malograr tus planes, así que decidiste ir a lo seguro.

— ¡No! —exclamó indignada, pero Alex no la creyó.

—¿No? —se burló—. ¿No temes que yo pueda derrumbar este castillo de naipes ante tus ojos?

—¡No!

—¿No, qué? ¿No te preocupa o no crees que puedo hacerlo? —dio un paso hacia ella y Olivia permaneció sentada.

—Me refiero a que no podrás impugnar el testamento —murmuró con labios apretados—. Está formulado legalmente. ¿No te lo dijo Adam? Él lo redactó según las instrucciones de tu padre.

—Livvy, sabes tan bien como yo que en cualquier sociedad civilizada, los herederos de un hombre son sus hijos y no su esposa —dijo entornando los ojos.

— Es evidente que Henry desheredó a su hijo. —Quizá un tribunal no esté de acuerdo contigo.

—No me interesa lo que diga un tribunal —dijo para defenderse —. El testamento no tiene puntos débiles, señor Gantry. Henry era demasiado astuto para olvidar cualquier detalle.

—¡Quieres decir que tus gustos son extravagantes y tus dedos avariciosos! —tronó—. Estás muerta de miedo porque alguien se presente para quitarte un trozo del pastel.

— ¡No es cierto! —se puso en pie respirando con dificultad, sus senos se elevaban visiblemente bajo los pliegues del caftán—. ¿Cómo te atreves a venir a hablarme de esa manera? No es culpa mía que tú y tu padre os despreciarais. No tiene nada que ver conmigo. No sé, ni me interesa, por qué os distanciasteis, pero no tienes derecho a acusarme de ser ambiciosa, ni a presentarte el día en que ha sido enterrado tu padre sólo para amenazarme con que vas a impugnar el testamento a tu favor —no pensaba decir aquello, pero de forma inesperada, Alex pareció admirarla.

—¡También tienes garras! —replicó mientras Olivia trataba de dominarse —. Además, eres vehemente. Salta a la vista que no sabes nada de estos asuntos.

— Sé lo suficiente —declaró Olivia sin querer defender a Henry pero para defenderse tenía que hacerlo—. Sé que algo debió suceder

entre tu padre y tú para que decidiera desheredarte. Sin embargo, eso pertenece al pasado...

— De ninguna manera —la miró con desdén—. Estás aquí, ¿no? ¡Eres la afligida y joven viuda! ¿Qué te pasa, Livvy, te sientes muy sola?

— Por favor, no me llames Livvy —murmuró enfadada. —¿Por qué no? ¿No te llamaba él así?

— No, tu padre me llamaba Olivia.

— De acuerdo, entonces será Liv — comentó indiferente.Y como me quedaré durante un tiempo, supongo que no hay necesidad de formalidades. Después de todo, nos une un lazo familiar y quizá preferirías que te llamara mamá —sus oscuros ojos la turbaron.

— ¡No seas ridículo! —se ruborizó.

—¿Qué es ridículo? ¿No eres mi... madrastra? —la tensión de Olivia aumentó en vez de disminuir. La conversación le parecía inverosímil.

—No creo... que tenga importancia —movía las manos nerviosamente y Alex no dejaría de notarlo—. No me has dicho dónde te alojas.

— No te lo dije porque no lo sabía.

—¿Quieres decir que has venido aquí directamente desde el aeropuerto?

—Sí, pero antes pasé por la oficina de Cosgrove.

—¿Has visto a Adam?

—Claro.

—Pero... ¿cómo?

—Alquilé un coche en el aeropuerto —explicó—. Sabía que me sería imposible llegar a tiempo para el entierro, mi vuelo llegaba después de las cuatro.

—¿No tienes ningún plan inmediato? —le preguntó Olivia.

— Dímelo tú —observó la punta encendida del puro.

— Necesitarás cama para pasar la noche —titubeó.

— Sí. ¿Vas a echarme? —la miró.

—¿Echarte? —repitió, sabía que si pensaba llevar a cabo sus planes, Alex debería permanecer en la casa. Sin embargo, todo lo que él había dicho la hizo dudar.

—Creo recordar que dijiste algo acerca de ser civilizados —le recordó con sarcasmo.

—Así es, pero...

— Pero, ¿qué?

Olivia movió la cabeza. La presencia de aquel hombre la sacaba de sus casillas. Era muy diferente de como lo había imaginado y la perturbaba. No deseaba que viviera en la misma casa.

—Tú mismo dijiste que tú y tu padre os despreciabais...

—Perdona, lo has dicho tú.

— Bueno, no lo negaste —entrelazó las manos.

— Está bien —arrojó la colilla del puro al fuego—. No lo negué, pero Henry ha muerto y, tú misma has dicho, sólo quedamos tú y yo, Liv. ¿No crees que al ser los supervivientes de Henry deberíamos unir nuestras fuerzas?

Él le lanzaba el anzuelo. Ella no le caía bien y el sentimiento era recíproco. Era extraño cómo cambiaba la opinión de uno al enfrentarse a la realidad de ciertas situaciones. Antes, le tenía simpatía a Alex Gantry y estaba dispuesta a creer que había sido una víctima inocente del despotismo paterno. Ahora no estaba tan segura. Alex Gantry no parecía ser el tipo de hombre a quien le importaran los sentimientos de un padre. Era duro y rapaz; y, por más que después se hubiera disculpado, Olivia no le perdonaría la arrogante suposición de que ella estaba formada en el mismo molde.

—¿Cuáles son tus planes? —preguntó para ganar tiempo y poder pensar en lo que haría.

—¿Planes? Pues comer algo y dormir bien, en ese orden —respondió con pereza.

—Me refiero al tiempo que piensas permanecer en Inglaterra. Dijiste que trabajas en Tsaba. ¿Cuánto tiempo permanecerás aquí? Supongo que tu socio te espera.

—Mi socio murió —declaró con tristeza—. No tengo planes inmediatos de regresar allí. Da la casualidad de que pensaba volver a Inglaterra y no ha sido demasiado inconveniente adelantar el viaje.

—¿Quieres decir que pensabas venir a ver a tu padre?

—Nunca lo sabremos, ¿verdad? —comentó a secas y Olivia levantó los hombros.

—No sé qué decirte... —comenzó, pero un golpe en la puerta la interrumpió antes de que la señora Winters se asomara.

—Le dije a la cocinera que le preparara una tortilla —murmuró pero se detuvo al ver al hombre parado entre ella y su señora. Alex había vuelto la cabeza de modo que lo primero que vio la mujer fue su perfil. Abrió la boca. Olivia, tensa, notó que también Alex estaba nervioso al enfrentarse al ama de llaves, seguramente temía la reacción de la mujer. La señora Winters había trabajado para su padre durante casi veinte años y quizá su lealtad no iba tan lejos como para incluir al hijo que abandonó al padre, hacía casi quince años.

Mientras observaba a la señora, Olivia se compadeció de Alex. Seguramente, aquella situación no le resultaba fácil. Las manos del ama de llaves, que sostenían la bandeja, temblaron cuando reconoció a la visita.

—¿Alex? —preguntó en voz muy baja—. ¿Es usted, señor Alex? —él se movió y cogió la bandeja y la colocó en una mesita. Sonrió y el

corazón de Olivia dio un vuelco.

—¿No me reconoce, señora Winters? —preguntó con voz cálida y juguetona. La señora gritó de alegría y se arrojó en sus brazos.

—Ay, señor Alex — sollozó mientras se aferraba a sus hombros y le observaba el rostro con profunda emoción—. ¡Si hubiese venido una semana antes!

—Sí, lo sé —Alex permitió que la señora lo volviera a abrazar, pero por encima del hombro de la mujer, le sonrió burlón a Olivia,como diciéndole: «Fíjate bien, quizá ahora las cosas te han salido como querías, pero, ¿como te sientes ante esto?»

—El señor Alex, quiero decir, Alex, acaba de llegar de África, señora Winters —era indispensable mostrar autoridad para ganar seguridad—. Él, yo... quizá pueda prepararle una habitación y... algo de comer.

—¿Se va a quedar? —sin mirar a Olivia, la señora Winters se dirigió a Alex.

—Así parece —asintió con exasperante tranquilidad—. Liv... Olivia insiste en que sería una tontería quedarme en otro sitio —el indignado gemido de Olivia pasó inadvertido.

— ¡Y dónde se iba a quedar si no aquí! —exclamó la señora Winters, alejándose a regañadientes—. Si el señor Granty viviera...

—Pero, por desgracia, no es así — interrumpió Alex con firmeza —. Será mejor no hurgar demasiado en viejas heridas, señora Winters. No sabemos lo que habría sucedido si mi padre estuviera con vida.

— Él nunca lo perdonó, ¿verdad? —la señora movió la cabeza. –Lo sé.

—Creo que deseó hacerlo.

—¿De veras? —Alex parecía triste—. Tiene usted mucho tacto —la señora Winters suspiró y lo observó anhelante, como si temiese que de un momento a otro desapareciera.

— Y usted está demasiado delgado. ¿Dónde ha estado tantos años? ¿Qué ha estado haciendo? ¡Si nos hubiese escrito!

— Más tarde hablaremos, señora Winters —prometió con gentileza— . En este momento me vendría muy bien un baño y ropa limpia.

— Por supuesto — se volvió hacia Olivia—. Con su permiso, señora Gantry, le prepararé al joven Alex su antigua habitación. Es la que tiene vista a los establos, creo que le gustaría.

—La conozco —interrumpió Olivia indignada, pero la señora Winters en su emoción por la reaparición de Alex, no lo notó y sonrió.

— Por supuesto — de pronto recordó la comida que se enfriaba en la bandeja y se llevó una mano al cuello—. ¿Le digo a la cocinera que cenará con el joven Alex, en vez de comerse la tortilla? Ahora que tiene compañía, estoy segura.

— No —respondió Olivia—. Dígale a nuestra cocinera que tenemos un huésped inesperado y que le prepare algo mientras él se da un baño. Yo estoy muy cansada y me iré a la cama.

— Pero... —los ojos de la señora se abrieron para mirar con preocupación a Alex y él hizo un gesto de irritación.

—No se preocupe —anunció animado—. Olivia y yo tendremos mucho tiempo mañana para hablar. Es natural que esté cansada, habrá sido un día agotador para ella, ¿no es así, Liv?

Olivia se sentía confusa. Quizá era el cansancio, quizá estaba soñando y nada de aquello era real. La señora Winters se volvió a Olivia y le sonrió amablemente.

— Entonces, me encargaré de que se hagan los arreglos —al ver que Olivia consentía, agregó—: ¿Y su equipaje, señor Alex? ¿Se lo enviarán después?

—No, lo tengo en el coche que alquilé —declaró con indiferencia y sacó la llave.

—¿Quiere que le diga a Murdoch...?

—No es necesario —metió las llaves en el bolsillo—Yo mismo iré por la maleta —miró a Olivia—. Te agradecería que llamaras a la compañía de coches para que mañana vengan a recogerlo. Supongo que puedes prestarme un coche durante mi estancia —Olivia afirmó con un gesto y la sonrisa de la señora Winters reapareció.

— Muy bien, les dejo —movió la cabeza—. ¡Murdoch no lo creerá cuando se lo diga!

—Estoy seguro de que sí lo creerá —murmuró Alex al salir el ama de llaves.

—¿Cómo te atreves? —preguntó Olivia indignada—¿Cómo te has atrevido? No insistí en que te quedaras aquí, y en cuanto a prestarte un coche...

—¿Dime? —la observó cauteloso con los ojos entornados.

— ¡Por Dios, esto es ridículo! —Olivia estaba confusa—. Sin tener en cuenta mis sentimientos, has logrado entrar valiéndote de artimañas. Por cierto, ¿cómo lo lograste? Las rejas funcionan con un sistema eléctrico y contamos con un eficiente sistema de seguridad.

— Olvidas que viví aquí —replicó—. Y antes de que me recuerdes que el guardia apostado en la entrada no me reconocería, ya lo sé. Resulta sorprendente lo que se logra enseñando un pasaporte, sobre todo cuando uno se lamenta de haber llegado tarde. El pesar de todo un hijo todavía significa algo, Liv, incluso para los inexorables guardias de seguridad.

— No creo que lo lamentes y estoy segura de que elegiste bien el momento de llegada.

— ¡ Ay, mamá! ¿Cómo puedes decir eso?

Olivia se sintió impotente ante la burla de Alex. ¿Qué quería? ¿A

qué había venido? ¿Cuánto tiempo se quedaría si ella no se oponía? Hizo un movimiento decidida a llegar a la puerta, pero Alex también se movió y le impidió el paso.

—¿Te molesta? —inquirió Olivia respirando, agitada—. Ya hemos hablado bastante por hoy. Pero no esperes que aplauda tus métodos porque no lo haré. No conozco tus intenciones y quiero recordarte que aquí soy la señora de la casa. ¡No lo olvides!

— Por supuesto que no —aceptó y sonrió con sorna al verla tan enfadada—. Pareces que tú eres quien corre el peligro de olvidarlo. ¿Es ésta la forma de tratar a un hijo desaparecido hace tiempo?

— ¡Basta! —Olivia cerró los puños.

—¿Y si me niego?

—Eres despreciable. Comienzo a comprender por qué te echó Henry. Yo...

— Hago una corrección, Henry no me echó —la miró con desprecio—. ¿Sabías que casi me rogó que me quedara?

— Entonces, no puedes culparlo —aprovechó la oportunidad que Alex le brindaba pero él movió la cabeza.

— No lo culpo, pero no por eso dejo de condenar lo que hizo. Temo que tu esposo no fue ningún santo, señora Gantry — levantó un dedo y, antes de que ella pudiese evitarlo, le retiró un mechón de la mejilla—. ¿No es una verdadera lástima?

— ¡No te atrevas a volver a hacer eso! —se alejó tocándose el cabello con dedos temblorosos—. ¡No me toques! Y, por favor, quítate de mi camino antes de que...

—¿Antes de que hagas qué? ¿Cogerías una rabieta y gritarías? ¡Dios mío! ¿Qué diría la señora Winters? ¡Sería un sabroso chisme para terminar el día!

—¿Por qué haces esto? —preguntó respirando profundamente—. ¿Qué quieres? Ya he aceptado que te quedaras, ¿no te basta?

—Como somos lo que podría considerarse parientes cercanos, deberíamos darnos un beso de buenas noches —se encogió de hombros.

— ¡Estás loco!

—¿Por qué? —la atormentaba, de pie frente a ella, Olivia no pudo dejar de percibir el olor masculino que despedía la piel de Alex. No quería admitir que la turbaba su presencia, jamás había reaccionado así ante ningún nombre. Pero el hecho estaba allí, se sentía desconcertada por su cercanía y molesta por su fuerza superior.

— Señor Gantry...

—Hace un momento era Alex.

—Bueno, Alex —lo poco que le quedaba de dignidad salvó el momento—. Creo que nuestra conversación ha llegado demasiado lejos. Permíteme salir...

—No has probado bocado —le recordó y Olivia se encogió de hombros.

—Llevaré la bandeja a mi habitación —murmuró, nerviosa por haber olvidado ese detalle—. Alex, por favor, deja de burlarte de mí.

—¿Burlarme? —emitió un sonido despectivo y antes de que ella pudiese moverse, la tomó de la cintura—. Ay, Liv, no estoy burlándome de ti —murmuró y bajó la cabeza para colocar sus labios sobre los de ella.

Fue un ataque cruel. Le apretaba con fuerza la mejilla y le raspaba la sensible piel con la barba sin afeitar. Le lastimó los labios al obligarla a entreabrirlos, la brutal presión de su boca fue una humillación insoportable.

Olivia forcejeó para soltarse, pero él era más fuerte y estaba demasiado decidido a conseguir su propósito. Le golpeó la espalda con las manos, pero él le presionó los senos contra su pecho y los rígidos músculos de sus piernas constituyeron una sólida barrera para cualquier protesta física que pudiera imaginar.

La boca de Alex calló las objeciones verbales y aunque la garganta de Olivia emitía sonidos, no pudo defenderse. La sensualidad de la caricia de Alex halagaba los sentidos y se sintió inquieta por las nuevas emociones que experimentaba. Las manos de Alex se deslizaron de la cintura a la cadera y provocaron una incontrolable respuesta en ella. Las defensas de Olivia se desmoronaron. Conforme los labios hambrientos la besaban con intimidad, Olivia perdía sus fuerzas y las manos que momentos antes golpearon la espalda masculina, ahora estaban aferradas a la tosca lana del jersey.

— ¡Ramera! —murmuró junto a sus labios y el desprecio de su voz, junto a la presión que que él ejercía contra su vientre hizo que Olivia tomara conciencia de lo que sucedía.

— ¡Dios mío! —gimió—. ¡Dios mío! —repitió y al soltarse se alejó de él. Deseó que la tierra se abriera y la tragara al ver el brillo burlón de sus ojos oscuros, que la miraban con desprecio.

—Pobrecita Liv —se burló sin ocultar su excitación—. No hallaste satisfacción en el lecho de tu marido, ¿verdad? Debes estar desesperada.

La reacción instintiva de Olivia fue inmediata. Le abofeteó sin pensarlo. Se tragó un sollozo y salió despavorida corriendo escaleras arriba. Ya en su alcoba, disgustada, pensó que Alex la consideraba casquivana por su comportamiento. ¿Cómo permitió que sucediera algo así? ¡Y para colmo, el mismo día en que habían enterrado a Henry! ¿No tenía ningún respeto aquel hijo mal nacido? ¿Cómo pudo ella dejarse llevar por su juego y olvidar su propia estima? Las lágrimas reprimidas durante largas y solitarias horas, brotaron de sus ojos y lloró al comprender que, después de todo, estaba indefensa...

CAPITULO 3

OLIVIA bajó al comedor a las ocho de la mañana. Desde luego, no logró dormir y se pasó casi toda la noche en la biblioteca leyendo hasta la madrugada, después de asegurarse de que Alex Gantry se había acostado. Tan pronto como clareó, se bañó y se vistió; eligió unos pantalones y un chaquetón de cuero negro. Por primera vez, pudo apreciar lo que la rodeaba, el recuerdo de lo sucedido la noche anterior le había dejado un sabor amargo en la boca. Tenía profundas ojeras y llevaba el cabello recogido en la nuca, atado con una cinta de cuero negro. Se sentía mal y su apariencia lo atestiguaba, pero no le importaba su aspecto.

La mesa del comedor estaba puesta para dos personas y Olivia se preguntó por qué la señora Winters había supuesto que Francis desayunaría con ella. De pronto se le ocurrió que el segundo cubierto era para Alex y se estremeció al pensar en el inevitable encuentro. Había pasado toda la noche pensando qué haría con Alex Gantry, atormentándose inútilmente. Todo habría sido más fácil si la odiosa escena no hubiese tenido lugar, pero había sucedido. Se repetía una y otra vez que nada tenía que ver con su problema, pero eso no la tranquilizaba.

Hecho extraño, siempre se había imaginado a Alex Gantry como un hombre débil. Sin embargo, era digno hijo de su padre y, con seguridad, se felicitaba por haberse metido con tanta habilidad en el hogar paterno. Se valió de la señora Winters con toda desfachatez, aprovechándose del afecto que le tenía y creando una ilusoria relación con su madrastra. ¡Su madrastra! Se dijo, furiosa, que no era su hijastro, no podía serlo. ¡La realidad era otra y por ese motivo lo sucedido resultaba mucho más vergonzoso!

Se acercó a la ventana. El comedor daba al sur, a la parte del río;aquella vista siempre había sido motivo de deleite para ella. Esa mañana no le proporcionó ningún placer. No le levantaba el ánimo.

— ¡Veo que ya se ha levantado, señora Gantry! —el saludo de la señora Winters la sobresaltó, pero sonrió.

—No he podido dormir —murmuró al sentarse en la silla junto a la ventana—. Es una bonita mañana. ¿Hace mucho frío?

— Bastante —le informó la señora, preocupada por el aspecto de su ama—. ¿Está segura de que debe estar levantada? Parece muy cansada.

— Demacrada es la palabra — la corrigió Olivia.

— Bien decía yo que ayer se agotó.

—Sí, pero no se preocupe, sobreviviré —apretó los labios.

— Si usted lo dice, señora Gantry, pero debería cuidarse —

suspiró.

— Qué más quisiera, señora Winters —murmuró despreciándose —. Por cierto, el señor Kennedy desayunará conmigo. Cuando llegue, por favor dígale que vaya al estudio de Henry. Si no es mucha molestia, desayunaremos allí.

—Muy bien, señora —pero el ama de llaves no parecía complacida y Olivia se preguntó si sería por la preocupación por ella o por Alex Gantry. Sería muy desagradable para él bajar y descubrir que desayunaría solo en aquel magnífico comedor. Nada le impedía hacerlo en su habitación. Algo le decía que no era el tipo de hombre que se deja vencer por una mujer. Apretó los labios. No sé le había ocurrido preguntarle si estaba casado. Todo indicaba que seguía soltero, porqué, de lo contrario, no habría llegado solo. A menos que estuviese separado o divorciado.

—¿Desea un poco de café ahora?

—¿Qué? Ah... sí, por favor, me vendría muy bien.

Francis no tardó en llegar. Murdoch lo llevó al comedor y, al verlo, Olivia se puso de pie.

— Desayunaremos en el estudio de Henry —anunció después de los saludos acostumbrados—, si no tiene inconveniente.

— En absoluto —Francis parecía dispuesto a ser amable. —Muy bien —Olivia sonrió—. Murdoch, por favor dígale a la

señora Winters que nos sirva tan pronto esté listo el desayuno.

—Sí, señora Gantry —Murdoch inclinó la canosa cabeza y salió. Olivia, nerviosa, condujo a Francis al estudio.

No se había tocado nada en esa habitación desde la muerte de Henry. Sobre el escritorio todavía se encontraban los papeles y contratos que estudiaba cuando lo llevaron inconsciente al hospital. A pesar de la simulada indiferencia, Olivia no podía negar que su desaparición le había causado cierto pesar. Después de todo, había sido su esposo y, mirando hacia atrás, seis meses parecían mucho tiempo.

Levantó los papeles y los colocó en el escritorio de la secretaria. Luego, muy seria, se volvió y le indicó a Francis que se sentara.

—Conoce esta habitación mejor que yo —declaró al sentarse en el sillón de Henry al otro lado del escritorio—. ¿Trabajaba mucho mi esposo en casa?

—Las últimas fechas, más que antes.

—Supongo que llegó a depender totalmente de usted.

—Estaba muy enfermo, señora Gantry.

—Lo sé —Olivia respiró profundamente antes de apoyar los codos sobre la mesa y colocar la barbilla en los nudillos—. Fue muy leal, Francis.

— Cumplí con mi trabajo —aseguró.

— Y, ahora... ¿qué planes tiene?

—¿Ahora? —se mostró intrigado—. Espero seguir trabajando en la compañía.

—¿Qué hará sin Henry?

—Supongo que se nombrará a alguien en su lugar, señora Gantry. Y no cabe duda de que esa persona necesitará un asistente personal que conozca el negocio tan bien como yo —repuso después de titubear un momento.

—¿Cree que yo podría ser un candidato adecuado? —preguntó, y observó el serio rostro que tenía enfrente. Francis no le quitó los ojos de encima, pero antes de que contestara, llamaron a la puerta. Una doncella entró con un carrito de servicio, lo que impidió que prosiguieran la conversación. La joven colocó un mantel sobre el escritorio, sirvió el desayuno y salió de la habitación.

—No estoy acostumbrado a desayunar tan formalmente, señora Gantry —confesó Francis—. Vivo en un apartamento alquilado y, por lo general, me conformo con una taza de café de la máquina automática de la oficina.

—No está casado, ¿verdad, Francis? —untó mantequilla en una rebanada de pan y sirvió dos tazas de café—. ¿Nunca ha pensado en casarse?

La blanca tez enrojeció y Olivia notó que parecía mucho más atractivo en un ambiente menos formal. Pero, quizá le parecía que cualquier hombre era mejor que Alex Gantry.

—No se compra lo que se obtiene gratis, señora Gantry —respondió haciendo una mueca—. Hace poco conocí a la mujer por la cual sí estaría dispuesto a sacrificar mi libertad.

—¿Ya la ha encontrado? —preguntó después de un momento de silencio.

—Sí.

—¿La conozco?

— Señora Gantry, ¿qué desea decirme? —Olivia suspiró, no quería abandonar un tema que le era más agradable que el que tenía en mente.

— Le pregunté si creía que yo sería capaz de hacerme cargo de la corporación —habló despacio—. Desde luego, sólo temporalmente.

—No puedo emitir un juicio al respecto —frunció el ceño.

—¿Por qué no? Conoce el negocio mejor que nadie y, faltando Henry, necesitaré su ayuda.

—No la tolerarían — movió la cabeza.

—¿Quiénes?

—Los demás directores, los que nombró su marido. Estoy seguro de que ellos tienen elegido un candidato.

—No lo dudo —Olivia se mordió el labio inferior—. Pero, y

corríjame si me equivoco, poseo la mayoría de las acciones, ¿ no es así?

— Sí, pero... —Francis alzó los hombros—. Señora Gantry, no es necesario que lo haga, puede confiar... depender...

—No quiero depender de nadie —replicó—. A excepción de usted.

—¿Habla en serio?

—Por supuesto.

— Sé que está molesta por el testamento. Cosgrove me lo insinuó anoche cuando cenamos juntos. Desde luego me habló en confianza, pero...

—No pongo en tela de juicio la discreción de Adam Cosgrove —torció el gesto con desagrado—. ¿Le dijo que había visto a Alex Gantry?

— ¡No! —Francis se quedó pasmado—. ¿Cuándo lo vio? No me mencionó nada. Según tengo entendido, nadie sabía el paradero de Alex.

— Pues él lo sabía —Olivia se encogió de hombros — Debió llamarlo. Además, Adam me informó que trató de convencer a Henry para que cambiara el testamento en favor de su hijo.

—¿Quiere decir que está aquí, en Chalcott? —Francis no salía de su asombro.

— Está en esta casa —declaró Olivia—. Pero no es el momento de hablar de Alex Gantry, lo haremos después.

— ¡ No puedo creerlo! Henry nunca le hubiera permitido la entrada en esta casa y Cosgrove lo sabía.

—Así es, pero no se puede negar que es el hijo de Henry. No puedo echarlo de la casa —murmuró.

—Nada se lo impide —Francis entraba de lleno al tema—. Señora Gantry, Alex no le proporcionó más que problemas a su padre.

— ¡ Por favor, Francis! — inclinó la cabeza —. Ya le dije que por el momento no quiero hablar de él. ¿No podemos continuar con el asunto que nos ocupaba? Para eso lo invité a desayunar.

—Ojalá hubiese estado aquí cuando se presentó —murmuró, reprimiendo la indignación—. ¿Cuál es el verdadero motivo por el que quiere ocupar el puesto de Henry?

— Pienso desplegar toda mi actividad en los negocios de la corporación —respondió segura.

—No creo que Henry esperara eso de usted —Francis estaba realmente intrigado.

— Supongo que no —concedió a secas e irritada—. Pero los deseos de Henry ya no son relevantes.

—¿Por qué me lo dice a mí, señora Gantry? —movió la cabeza.

— Ya se lo he dicho... necesitaré su ayuda. Si está dispuesto, le

prometo que no saldrá perdiendo.

—¿Por qué yo? —preguntó después de digerir la última declaración.

— Sencillamente, porque fue el ayudante de Henry y porque puedo confiar en usted —la satisfacción de Francis era patente, pero demasiado experimentado en la diplomacia de los negocios para demostrarlo a las claras.

—Le agradezco la confianza, pero no dudo de que existan otros con más experiencia que yo... —afirmó.

— No estoy tan segura —sonrió con ironía—. Está bien, quiero que trabaje conmigo porque es la única persona de la empresa de Henry que conozco y en quien puedo tranquilamente depositar mi confianza —calló un momento—. Además, tengo la impresión de que no me desaprueba del todo.

— No me corresponde aceptarla o rechazarla, señora Gantry.

—Gracias por esa respuesta tan vaga.

— No es vaga —Francis la miró, impaciente—. Y sé que los últimos seis meses no fueron fáciles para usted.

—¿Por qué cree que me casé con Henry? —suspiró—. No se moleste en contestarme, lo veo en su rostro. ¿Cree que fue por dinero?

—Es usted una mujer muy bella, señora —respondió incómodo —. Y no la culpo por utilizar su belleza para sacar provecho.

—Al menos, ahora es franco —respondió profundamente y movió la cabeza—. Supongo que sigue pensando que, a cambio de seis meses de matrimonio con un hombre que por su edad podría haber sido mi abuelo, he sido muy bien recompensada.

— Usted lo ha dicho, no yo —murmuró.

— De acuerdo, reconozco que tiene buenas razones para haberse formado esa opinión de mí. Quiero asegurarle que no me casé con Henry por dinero. De haber sido así, no estaríamos hablando en este momento.

— Entonces, ¿qué la impulsó a unirse a él? —levantó la cabeza.

— ¡ Aunque parezca ingenuo, me casé por el bien de mi madre! Es una larga historia y no lo aburriré contándosela. Baste decir que Henry Gantry destruyó el negocio de mi padre, fundado por mi abuelo hacía más de cuarenta años.

— Comprendo —asintió despacio—. ¿Y su madre pensó que al casarse usted con Henry recobrarían la fortuna de la familia?

— No fue exactamente así. Para eso ya era demasiado tarde. Como le dije, es una larga historia y debo conceder que mi madre,en parte,fue culpable. Verá, se enamoró de él.

—¿De Henry?

—Sí, pero fue hace muchos años. Yo era una niña y no sabía nada del asunto. Al parecer, ella y Henry tuvieron una aventura

amorosa.

No le fue fácil a Olivia relatar esa parte de la historia, aunque sus protagonistas estaban muertos. Su madre no se había lamentado cuando se lo contó. Le había fascinado el hombre de negocios que había conocido a través de su marido.

Olivia pudo imaginar cómo sucedió, sobre todo después de vivir seis meses al lado de Henry. Era un hombre encantador cuando le convenía, y Sophia Powell nunca tuvo el dominio de la situación. De padres emigrados italianos, nació en el East End de Londres. Se casó con el padre de Olivia porque su progenitor lo consideró un buen partido, pero la apasionada naturaleza de Sophia sufrió un duro golpe por las dificultades económicas de su matrimonio. Su vida, comparada con la de Henry, había sido aburrida y la única emoción que conoció fue cuando él se fijó en ella.

La aventura terminó demasiado pronto. El padre de Olivia se enteró de que las intenciones de Henry Gantry nunca habían sido invertir en su pequeña compañía química para ampliarla, sino controlarla para poder cerrarla. Eso, unido al descubrimiento de la infidelidad de su esposa, lo dejó destrozado. Sophia terminó su relación con Henry cuando dejó de creer en sus declaraciones de amor. Por una vez en su vida, Henry Gantry supo lo que era sentirse contrariado. El odio que causó aquella relación, fermentó con el tiempo, y cuando el señor Powell murió de un ataque cardíaco, apenas dieciocho meses después, las semillas de la venganza habían echado ya raíces en la mente de Sophia.

Aun así, quizá nada habría sucedido de no ser por el mismo Henry. Olivia acababa de cumplir veintidós años. Había terminado sus estudios e impartía clases en una escuela en Croydon cuando Henry volvió a aparecer en sus vidas. Olivia, desde luego, no lo, conocía. Para ella fue un hombre distinguido que llegó a buscar a la señora Powell al apartamento. Se presentó diciendo que era un viejo amigo de su madre, y como la señora Powell estaba internada en el hospital, recobrándose de una de sus depresiones, Olivia tuvo oportunidad de descubrir la verdad. De hecho, disfrutó hablando con él y no se dio cuenta de que no le había preguntado el nombre al extraño.

Sophia fue más astuta y se imaginó la identidad del visitante cuando Olivia le comentó que había llegado en un Rolls Royce conducido por un chófer uniformado. Cuando Olivia le aseguró que la próxima vez que se presentara, le diría lo que pensaba de él, Sophia se sintió inquieta.

—No hagas tal cosa, primero averigua lo que desea —y cuando Henry confesó sus intenciones, la madre de Olivia le pidió que hiciera lo que él pedía.

Henry había hido a buscar a Sophia porque se enteró de que

padecía una enfermedad incurable y deseaba casarse con ella para deshacer entuertos antes de morir. Al descubrir que Sophia también estaba enferma, no dudó en proponerle matrimonio a Olivia. Sophia le suplicó a su hija que lo aceptara, pensando ingenuamente que, al morir Henry, toda su fortuna pasaría a manos de Olivia.

Olivia se rebeló contra ese destino, pero fue una batalla desigual. La señora Powell estaba enferma, pero su fuerza de voluntad seguía siendo indomable, y su hija no pudo negarle la oportunidad de desquitarse. Además, el señor Gantry podía hacer mucho por su madre: mejores hospitales, mejores tratamientos, mejores médicos. La señora Powell vivió sólo cuatro semanas después del matrimonio de Olivia. Ella dejó el mundo de los vivos con la creencia de que se había hecho justicia.

—¿Así que su madre la utilizó para vengarse? —preguntó Francis. Olivia le miró como si despertara de un profundo sueño.

— Algo por el estilo. Imagino que Henry vio el parecido que tenía con mi madre. De cualquier modo, se casó conmigo, pero creo que lo hizo para evitar que Alex heredara.

— Su esposo era buen conocedor de la belleza femenina, señora Gantry —frunció el ceño —. Si sólo deseaba una esposa hermosa, pudo haber escogido entre muchas.

— Es usted muy bueno en su trabajo, Francis —casi sonrió—. Ahora sé por qué Henry le tenía tanta estima.

— Lo digo en serio. Estoy seguro de que él le tenía cariño. Quizá amó a su madre, tal vez ella se equivocó —comentó ruborizado.

— Es posible —concedió con escepticismo. Había vivido demasiado tiempo con los recuerdos de su madre para aceptar esa nueva teoría—. De todos modos, quería que usted comprendiera por qué no puedo quedarme pasiva y vivir con el dinero de Henry.

—¿Qué espera lograr? —la observó con atención—. Dice que deseaba ocupar el puesto de Henry, pero sólo temporalmente. ¿Tiene otro candidato en mente?

—Quizá nombre a Alex Gantry como presidente —declaró decidida, después de un pequeño titubeo.

—¡Qué! —nada lo hubiese sorprendido más—. ¡No puede hablar en serio!

—He dicho que quizá—le recordó—. Por eso necesito su consejo.

—No podría trabajar con Alex Gantry —se puso de pie—. Lo lamento, pero tendría que buscar a otra persona.

— Espere —Olivia trató de dominar la situación—. Puede elegir entre trabajar con él o no. Todavía no ha oído mi propuesta.

—Jamás podrá hacerlo —los labios de Francis se torcieron—. Los directivos preferirán renunciar.

—¿Eso cree? —Olivia se quedó pensativa durante un momento

—. Quizá con el tiempo... y mi influencia... cambiarían de opinión.

—¿A qué se refiere? —Francis comenzó a sospechar algo.

—Bueno... desde anoche he leído bastante —eligió sus palabras con cuidado—. La biblioteca contiene muchos volúmenes que tratan de cualquier aspecto del mercado de acciones y del capital accionario. Leí acerca de eso, los dividendos y los cambios en la estructura del capital. Incluso me enteré de la diferencia que existe entre las acciones con derecho a voto y de las que no lo tienen.

—Señora Gantry, ¿qué tiene eso que...?

—... ¿que ver con Alex Gantry? —terminó—. Sólo sirve para demostrarle que sé un poquito más que antes. Por lo que puedo ver, al ser la accionista con más acciones, puedo bloquear cualquier movimiento que quiera hacer el consejo directivo.

—¿Porqué habría de hacerlo? —inquirió incrédulo.

—Soy una mujer mimada y quiero salirme con la mía.

—¡Eso no es cierto! —exclamó alejándose del escritorio—. Señora, bien sabe que Henry desheredó a Alex a propósito.

—Losé.

—¿Y ésa será su forma de vengarse?

— Si usted lo dice.

—Opino que todo este asunto ha sido demasiado para usted —se mostraba cada vez más incrédulo—. Desde la enfermedad de su esposo hasta el entierro, ha estado sometida a tensión. Necesita tomarse unas vacaciones. Sí, eso es, debe irse a algún sitio lejano, soleado y tranquilo donde no la abrumen las responsabilidades...

—¿Algo como un sanatorio? —sugirió y se puso de pie—. ¿Sugiere que la muerte de Henry me ha desquiciado?

— Sólo pretendía darle a entender que lo meditara bien. —¿Porqué?

— Alex Gantry es un perdedor, siempre lo fue y lo será —extendió las manos—. ¿Por qué darle algo que no desea? ¡Si lleva a cabo su plan, es posible que arruine a la corporación sin la ayuda de Alex!

—¿Arruinarla? —repitió y Francis se sintió torpe. —Bueno, es muy posible —murmuró, y ella sonrió.

— Pobre Francis. Ha sido muy indiscreto. ¿Está realmente dispuesto a correr el riesgo de formar partido con los demás, cuando yo estoy decidida a ofrecerle un cuarto de millón de libras por su paquete de acciones?

— ¡ Un cuarto de millón!

Francis se quedó boquiabierto. Todavía no se había recuperado cuando la puerta del estudio se abrió. Ambos miraron al intruso casi con sentimiento de culpa, pero Alex Gantry se mostraba muy divertido al entrar en la habitación.

—Vaya, vaya —comentó indolente—. ¿Qué tenemos aquí? —sus ojos burlones se detuvieron en el rostro de Olivia—. Vaya banquete que tienen aquí. ¡Hmmm, no saben cuánto añoraba desayunar a la manera inglesa! —Francis miró a Olivia y ella decidió tomar la iniciativa de presentarlos.

—Creo que conoce al hijo de Henry, Francis; Alex, seguramente recuerdas a Francis Kennedy. Era ayudante personal de tu padre.

Los dos hombres se estrecharon las manos. Con desconfianza la joven noto que parecia mas civilizado.Se habia afeitado y peinado,aunque el mechon rebelde caia sobre su frente.Tenia el aire de arrogante masculinidad que mimaba la sensibilidad de Olivia.A pesar de lo que Francis habia dicho,no parecia un perdedor.

—Eres madrugador,Kennedy—le hablo sin formalidades,ignorando la tension del otro—Espero no haber interrumpido nada importante.Entre para darle los buenos dias a mi madrastra—Olivia crispó las manos y Francis hacía lo imposible por dominarse. .

—¡Que sorpresa verte de nuevo por aquí, Gantry!—exclamo con mordacidad—Has estado fuera tanto

tiempo que pensamos que quizá habrías muerto.

—Eso habría facilitado las cosas para todos —comentó tranquilo —. ¡ Pero de no haber regresado no habría conocido a mi encantadora madrastra, lo cual habría sido una verdadera lástima!

—Alex, por favor... —la súplica pasó inadvertida. Alex se acercó a Olivia.

— Buenos días, Liv —la saludó con sorna, y mientras ella permanecía inmóvil, se inclinó y deposito un insolente beso en sus labios entreabiertos.

CAPITULO 4

FRANCIS los observaba pasmado y Olivia,dolida,se preguntó si pensaria que Alex y ella habían planeado todo el asunto. No era una idea descabellada. Cosas más extrañas se veían cuando

habia grandes cantidades de dinero de por medio.

Pero no podía ni debía pensar eso, concluyó Olivia, horrorizada, deseando borrar la expresión burlona de Alex. Era un ser despreciable. Se apartó de él con disgusto, pero el daño ya estaba hecho. La actitud de Alex era intolerable.

— ¡No vuelvas a hacerlo jamás! —tronó, echando chispas por los ojos.

— No he podido resistirlo —aseguró con desvergüenza y

volviéndose hacia Francis, extendió las manos—. ¡Las mujeres! ¡Son tan imprevisibles!

— Francis... —Olivia no daba crédito a lo que oia—. Por lo visto no podemos seguir hablando. ¿Nos veremos más tarde?

—¿Por qué no lo invitas a cenar? —sugirió Alex con las manos dentro de los bolsillos de su pantalón—. Estoy seguro de que la señora Winters se alegrará de tener invitados en casa. Últimamente ha debido tener poco que hacer.

—¿Quieres callarte? —Olivia ya no ocultaba su irritación, aunque no perdió el control de la situación.

— Yo voy a salir, quiero ir a buscar a unos amigos, pensaba que...

—¿Tienes amigos, Gantry? No te conozco ninguno —aseguro Kennedy.

— Supongo que tengo tantos como tú, Kennedy —respondió con amabilidad—. Yo desde luego, sí sé quiénes son los míos.

— ¡Francis! —Olivia se desesperaba—. Con respecto a esta noche...

—Lo siento, me será imposible —anunció. Olivia no sabía qué pensar.

—¿Estás seguro? —insistió, suplicándole con la mirada.

—Tengo un compromiso. Lo lamento pero no puedo cancelarlo —explicó.

—¡Qué lástima! —exclamó Alex con insolencia, sentado en el borde del escritorio con aire indolente—. Parece que tendré que olvidar mis planes para acompañarte, Liv.

— ¡No te molestes! —casi escupió las palabras y Francis; dándose cuenta de que ya no tenía nada que hacer allí, se dirigió a la puerta.

—Tengo que irme, señora Gantry —se colocó la corbata con un movimiento nervioso—. Le suplico que me llame a la oficina para fijar una cita.

—Sí, eso haré —Olivia asintió—. Lamento todo esto, Francis.

— No se preocupe.

—Sí, Kennedy, no te preocupes —repitió Alex—. No tienes por qué disculparte, Liv. Henry nunca pedía disculpas por nada.

—¿Quieres callarte de una vez? —los nervios de Olivia estaban a punto de estallar, y sus piernas temblaban tanto que temió que no la sostuvieran. Tenía que alejarse de Alex; así que, cuando Francis abrió la puerta, lo siguió y se apoyó en su brazo—. Lo veré esta semana —comentó mientras se dirigían a la puerta principal. Murdoch se presentó con el abrigo de Francis, e interrumpieron la conversación.

—Sí, a finales de semana —aceptó mientras se ponía el abrigo que le sostenía el mayordomo, y para tranquilizar a Olivia, agregó—:

Tenga cuidado, señora Gantry, no deseo que le hagan daño.

—Tampoco yo —murmuró Olivia apesadumbrada al soltar el brazo que le parecía una tabla salvadora.

— Hace unos minutos vinieron de la agencia a recoger el coche que había alquilado el señor Alex —le informó Murdoch al cerrar la puerta—. Le entregué las llaves, según sus instrucciones.

—¿Mis instrucciones? —repitió Olivia antes de ver que Alex la observaba, parado en el descansillo de la escalera. La expresión burlona de su rostro era un reto, pero al recordar la habilidad que tenía para confundirla, asintió y se dirigió a la escalera.

—¡Oye, espera! —gritó Alex subiendo los escalones de dos en dos.

Como Murdoch podía escucharlos, ella obedeció, pues no quería dar pie a habladurías.

—¿Qué quieres? —exigió con frialdad, y Alex se detuvo frente a ella.

—¿Es ésta la forma de tratar a un invitado? —protesto, simulando enfado—. Lo menos que puedes hacer es acompañarme a desayunar.

—Ya he desayunado.

—Yo no —replicó—. Además, casi no has probado bocado. Supongo que el desagradable de Kennedy te quitó el apetito.

—Si alguien me lo quitó fuiste tú —repuso enfadada—. ¿Cómo te atreves a comportarte como si fueses mi dueño? Imagino lo que pensó Francis. Me será difícil hacerle cambiar de opinión.

—¿Para qué intentarlo? —la miró con insolencia—. ¿Tanto te interesa su buena opinión?

—Sí, porque da la casualidad de que a él le interesa lo que me suceda —habló con severidad.

— No lo dudo, eres una mujer con mucho poder y él no lo olvidará.

— ¡No me refería a eso! —tronó furiosa.

—De acuerdo —levantó una mano en gesto conciliador—. ¿Qué te parece si acordamos estar en desacuerdo? ¿Quieres desayunar?

— No tengo hambre.

—Entonces, demos un paseo.

—¿Un paseo? —Olivia lo miró incrédula—. ¿De veras crees que iría a pasear contigo?

—Es posible —concedió metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón —. Quiero decir que no creo que quieras causar una impresión equivocada, estando yo alojado aquí. Eres mi madrastra y yo soy tu hijastro; estamos emparentados y, a menos que pienses echarme, más vale que te hagas a la idea.

A Olivia le disgustaron aquellas palabras, pero no pudo negar

que tenía razón. A menos que deseara convertirlo en su enemigo, tenía que seguirle él juego, por lo menos hasta hablar de nuevo con Francis.

—Eres despreciable. Y quiero que sepas que si vuelves a intentar algo parecido a lo de anoche, gritaré sin importarme las consecuencias.

—De acuerdo —Alex tomó la advertencia con indiferencia—. Ve por tu abrigo. A ambos nos vendrá bien un poco de aire fresco —Olivia lo miró asombrada. Su arrogancia era increíble. Después de lo sucedido, todavía esperaba que ella lo acompañara a dar un paseo— . Ponte unas botas de goma. Por lo que recuerdo, el terreno junto al río es bastante pantanoso y después de la lluvia de anoche, debe haber mucho barro.

Olivia suspiró.

No quería ir a pasear con él, pero ante la perspectiva de pasarse todo el día dándole vueltas a lo mismo, decidió acompañarle.

Mary estaba arreglando su habitación y, al entrar, la chica se volvió y por la expresión de su rostro, dio a entender que sabía lo sucedido.

—Imagínese, ¿quién habría pensado que el hijo del señor Gantry aparecería como llovido del cielo? Fue algo muy inesperado. Precisamente en el momento que venían de enterrar a su padre —Olivia no respondió, aunque prestaba atención a lo que decía la chica. Se dirigió al armario para buscar las botas.

—Gracias, Mary—le enseñó las botas—. Buscaba esto. Voy a dar un paseo y el césped debe estar mojado.

—No es un día apropiado para pasear, señora —al ver que Olivia no le hacía caso, agregó—: Abrigúese bien; la señora Winters comentó que estaba muy demacrada y yo estoy de acuerdo con ella.

—Me siento bien —suspiró—. Es que no he dormido mucho esta ooche.

—El señor Murdoch nos dijo que vio la luz encendida en la biblioteca, mucho después de medianoche —declaró Mary—. Debería dormir más. No debe adelgazar más, ahora que el joven Alex está aquí.

—Mi apariencia no cambiará las cosas, Mary —se volvió para coger un abrigo—. Creo que éste servirá. ¿Dónde están los guantes de piel?

—Dicen que él es muy guapo —insistió Mary mientras buscaba los guantes—. Parece que está muy bronceado y tiene el cabello rubio, igual que el actor norteamericano, Robert Redford.

— ¡ Vamos, Mary! —Olivia casi le arrebató los guantes y se dirigió a ¡a puerta—. ¡Alex Gantry no se parece a ese actor! Deja de comportarte como si fuera una estrella de cine.

—Bueno, no dudo que ha traído cierta emoción a su vida, señora

—se encogió de hombros, aunque no se mordió la lengua—. ¿Quién habría imaginado que el señor Gantry regresaría después de quince años de ausencia? ¡No sólo eso, sino que se ha encontrado una madrastra más joven que él! ¡Menuda sorpresa!

—Te agradecería que no cotillearas sobre mi relación con... el señor Gantry —la reprendió Olivia, desde la puerta—. Sé que su llegada ha dado pie a muchos comentarios, pero éste es su hogar y es lamentable que haya llegado tarde para ver a su padre con vida.

—Sí, señora Gantry —Mary parecía la discreción personificada, pero Olivia sabía que no podía confiar en ella. El asunto pronto cansaría a los miembros del personal y esperaba tener paciencia hasta que la noticia perdiera interés.

Alex la esperaba en el piso inferior paseando inquieto por el pasillo sin mostrar interés por la colección de pinturas de su progenitor. También calzaba botas, aunque la chaqueta que llevaba puesta no lo protegería del frío. Olivia titubeó al llegar al rellano.

—¿No tienes algo que abrigue más? Estamos casi a cero grados y no creo que desees resfriarte.

— No creí que te importara —comenzó, alzando los hombros burlón, pero, al presentir la indignación de Olivia agregó—: No tengo nada de más abrigo. En Gstango nunca hace frío. Cuando vaya de compras, tendré en cuenta la sugerencia.

Olivia suspiró y luego, un sexto sentido le indicó que había alguien a su espalda. Mary estaba de pie, en el descansillo superior de la escalera, mirando con curiosidad. Al encontrarse con la mirada de a su señora, se volvió avergonzada.

—¿Deseas algo, Mary? —inquirió, reprimiendo el mal humor. La otra chica hizo un gesto torpe.

—No, es decir... iba a bajar, señora. Lo lamento, no era mi intención entrometerme —Olivia se puso los guantes ignorando el divertido gesto de Alex.

— Mary, entra en la habitación de mi esposo, en la del señor Henry, y trae un chaquetón de piel de borrego. Hay varios, coge cualquiera y de prisa.

— Sí, señora Gantry.

— Así que llevaré un chaquetón de mi padre. ¿No temes que me quede a la perfección? —el doble sentido era evidente, pero Olivia no se dejó desconcertar.

—¿Sería tan extraño? Eres el hijo de Henry y, aunque eres un poco más alto que él, sois muy parecidos.

— Eres muy generosa —entornó los párpados y Olivia se sintió contusa.

—¿Generosa? —repitió—. Temo que no...

— Al admitir que los zapatos de mi padre me quedan mucho

mejor que a ti —explicó con sorna—. ¿No te preocupa que no quiera quitármelos nunca?

— Quizá no te pida que lo hagas —respiró profundamente recordando lo que tenía pensado hacer y cuando Alex le colocó las manos sobre los hombros, se puso en guardia. Eran manos fuertes y callosas, lo había descubierto la noche anterior, y aun a través de la gruesa piel de su abrigo, la hicieron daño.

— ¡No juegues conmigo! —gruñó. Olivia estaba demasiado atontada para responder—.Anoche sólo me interesaba probarte, señora Gantry. Me interesaba saber hasta dónde llegarías. Ambos sabemos lo que sucedió y, en cuanto a mí, tendrás lo que te mereces.

— ¡No sé de qué hablas! —se alejó de él, temblando por una mezcla de emociones que no acababa de comprender.

— Lo sabes bien. ¡Te casaste con Henry para apoderarte de todo y ahora no te parece suficiente, necesitas más!

— ¡Estás loco...!

—¿Eso crees? —se acercó. Olivia no podía retroceder más—. Eres una mujer muy sensual, Liv, pero nunca sabrás si los hombres te desean a ti o a tu dinero. Me pregunto qué quieres de mí, ¿seguridad?

— ¡No quiero nada de ti! —casi escupió las palabras, pero Alex no se inmutó.

— No lo puedo creer, Liv. Por algún motivo, me temes —movió la cabeza—. Pero no vayas muy lejos, porque quizá decida aceptar tu generosa oferta y eso podría resultar desastroso para ambos.

En ese momento, Mary bajó con el chaquetón. Alex dio un paso atrás y Olivia dudó de que la chica hubiese notado lo cerca que habían estado. Pero Mary era muy astuta y se dio cuenta de que tenía que existir algún motivo para el rubor de las mejillas de su ama. Olivia imaginó los chismes que se desatarían en la cocina y la popularidad de que Mary gozaría al referir el incidente.

—¿Le parece bien este chaquetón, señora Gantry? —preguntó la doncella, mostrándole una prenda de piel.

—Gracias, Mary —Alex sonrió con todo su encanto y cogió la prenda—. Creo que la señora Gantry se preocupa por mi salud.

—La mañana es fría, señor —aseguró Mary, halagada por la atención de que era objeto y Olivia se volvió disgustada. No comprendía cómo podía él mostrarse tan cortés con la criada después de haber sido tan insultante con ella. Se sentía humillada.

—¿Nos vamos? —preguntó Alex; Olivia se volvió hacia Mary, pero ésta ya se había retirado.

—¿Estás seguro de que deseas mi compañía? —preguntó, fingiendo indiferencia—. Quiero decir, que quizá preferirías visitar los sitios que conociste en tu adolescencia, sin mi contaminada presencia.

— La dama posee sentido del humor —arqueó las cejas.

— No, pero prefiero evitar otros exabruptos similares al de hace unos minutos.

—¿No te gusta la verdad?

— Al parecer, no más que a ti —replicó—. ¡Tú eres el hijo pródigo, señor Gantry, no yo! Lástima que las vacas gordas pasaran.

— ¡Qué lengua tan afilada tienes, madrastra! —se burló, y como si la discusión le fastidiara ya, colocó una mano sobre el hombro de Olivia y la condujo a la puerta—. Vamos, el aire tiene que estar más fresco en el exterior que dentro de este mausoleo.

— No es por ahí, esa puerta da a la terraza donde tomamos el sol — le recordó y creyó ver cierta confusión en él. Alex, encogiéndose de hombros, le permitió que ella mostrara el camino. Bajaron la escalera que daba acceso a la parte posterior de la casa.

La terraza, que se extendía a lo largo del inmueble, daba a un jardín donde estaba la piscina, vacía en esa época del año. En invierno, el jardín parecía un desierto, pero pronto se convertiría en un vergel: Así era como lo había conocido Olivia.

Alex se detuvo unos minutos en la terraza. Observaba los prados, más allá del jardín, y la cerca de altos álamos que crecía a un lado de la casa. Sus ojos siguieron la pendiente de la dehesa, cercada por una verja blanca, y que limitaba con un vallecillo pantanoso, junto al río. Luego, levantó los ojos para observar la ondulante tierra cultivable, que había al otro lado del río.

—Aquella tierra también es de los Gantry, ¿no? —comentó Alex señalando un terreno en el que pastaba un rebaño de ovejas.

—Sí —Olivia siguió la dirección de su mirada—. Cuando pusieron a la venta esas granjas tu padre las compró.

—Es indudable que tenía buen ojo para los negocios. ¿Cuánto habrá pagado por ellas? Hoy esa tierra debe valer mucho más.

—Supongo que así es —murmuró Olivia—. ¿Seguimos?

Siguieron el sendero entre los prados y los macizos de flores, tan desolados en esa época del año, hasta llegar a la dehesa. Llegaron a la cerca y la saltaron. Había una verja, pero rara vez se usaba. Olivia acostumbraba pasear por allí sola, y solía saltar por aquella parte.

—¿Así es cómo te mantienes en forma? —preguntó Alex después de saltar también.

—Me gusta caminar —concedió Olivia—. Imagino que también estás acostumbrado a hacer bastante ejercicio.

—Mi vida no se ha desarrollado entre algodones, desde luego. Pero más que otra cosa, hago ejercicio tratando de persuadir a una abúlica cuadrilla de hombres de que les conviene, tanto como a mí, aumentar la productividad.

—¿Te refieres a los hombres que trabajan en tu mina? —se volvió, mirándolo frente a frente.

—Exacto.

—¿Qué tipo de mina es?

—Sacamos mineral de hierro en grandes cantidades. Por desgracia, los minerales valiosos son escasos y el costo de su extracción, a veces no compensa.

—Comprendo —muy a su pesar, Olivia se interesó—. Recuerdo haber leído algo parecido sobre el petróleo de Alaska. ¿No están construyendo un oleoducto?

—Eso se debe a que el petróleo tiene más demanda —explicó Alex —. Lo que en una época fue una empresa irracional, ahora es más factible, y las empresas petroleras han aceptado por fin la idea.

—Parece que sabes mucho sobre el petróleo —comentó Olivia—. ; Has trabajado alguna vez para una compañía petrolera?

—¿Yo? —Alex la miró de forma extraña—. Oh, no. ¿No te lo dijo mi padre? No me interesan los productos químicos.

—¿Te gusta vivir en África? —cambió de tema—. ¿Dónde dijiste que vivías... en Tsaba? ¿Es grande el sitio?

—No. Es bastante pequeño, pero la gente es amable y las comunicaciones, buenas —llegaron al final de la dehesa y Olivia se detuvo y apoyó los brazos en la cerca.

—¿Cuánto tiempo has vivido en África? Sé que saliste de aquí en 1967 y que tu padre no volvió a verte.

Alex apoyó los codos en la cerca, junto a Olivia, y observó el panorama. Olivia lo miró, la piel alrededor de sus ojos tenía un tono más claro por habérselos protegido del poderoso sol. Tenía la tez bronceada, algo extraño en alguien con el cabello tan rubio. Sus cejas eran tupidas y las pestañas muy espesas. Tenía la nariz recta y un labio superior bien formado; el inferior era más carnoso y resultaba muy sensual. No era apuesto, pero sí atractivo. Estaba tan absorta que no se dio cuenta de que él se había vuelto para observarla y se sobresaltó al escuchar su voz.

—¿Por qué te casaste con Henry, Liv? No puedo creer que haya sido el único hombre en el mundo para ti.

— Si tu pregunta significa lo que creo, debo contestar que no hay muchos hombres como tu padre —replicó y se volvió, colocando las manos sobre la cerca—. ¿Vamos hacia el río? Unos gansos salvajes han hecho un nido en los juncos. Si tienes suerte, los verás.

— ¡Tranquila! —los dedos de Alex la detuvieron, impidiendo que saltara—. Quería decir que... eres hermosa y seguramente no lo hiciste porque te hiciera falta para comer.

— ¡Qué encantadora forma de decirlo! —exclamó con la respiración agitada—. Sé que no me creerás, pero el motivo que me impulsó a casarme con tu padre no tuvo nada que ver con heredar su fortuna.

—Tienes razón, no te creo —declaró observando el indignado rostro.

—Como quieras —replicó con dureza.

—¿No insinuarás que te enamoraste del viejo? —exigió en tono incrédulo.

—No —Olivia no le iba a dar esa satisfacción, a pesar de que habría sido más fácil para ella—. No lo amé; de hecho, lo odiaba. ¿Proseguimos?

Se alegró al ver lo atónito que se quedó Alex, pero era bastante inteligente para comprender que le exigiría más detalles. Era lógico que él criticara a su progenitor, pero escuchar que lo hiciera otra persona era otro cantar. Sin embargo, inesperadamente le soltó la muñeca y saltó al otro lado. Esperó a que ella lo alcanzara. Olivia lo siguió y no tomó la mano que le brindaba para ayudarla a pasar por el resbaladizo césped.

—¿Qué hacías antes de casarte? — preguntó bajando hacia el río —. ¿Eras modelo o algo parecido, o simplemente, una secretaria?

—¿Qué importancia tiene? —Olivia metió las manos en los bolsillos del abrigo—. ¿Crees que nevará? No sé cómo pueden soportar las ovejas este clima.

—Usan abrigos igual a éste —comentó Alex cogiendo una piedra y arrojándola al agua—. ¿Jugabas a las cabritillas de niña?

— He vivido en Londres toda mi vida hasta que me casé –movió la cabeza—. No había muchos sitios donde jugar. Sólo en el patio interior del edificio de apartamentos. En ocasiones, mi madre me llevaba al parque. No me permitían ir sola o con los demás chiquillos — suspiró, sin pensar en lo que sus palabras revelaban — . Mamá era muy protectora.

—¿Protectora o posesiva? —preguntó Alex, observándola con atención y Olivia se arrepintió de haber hablado tanto.

— La pobre murió —confesó con la esperanza de que la declaración pondría fin al tema. Señaló una estructura de madera, a cierta distancia de la ribera—. ¿Recuerdas la caseta de botes? Tu padre me dijo que, en una época, la utilizaron.

— Sí, la recuerdo muy bien —Alex la observó con ojos sombríos —. ¿Cómo olvidarla?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué significa para ti? ¿Guardabas tu bote ahí? Imagino que Henry lo vendió cuanto te fuiste.

— El bote se hundió —declaró Alex y se volvió con brusquedad —.y volvamos a casa, por favor. Tengo que hacer unas llamadas telefónicas —Olivia estaba intrigada, pero no podía pedirle que se explicara: Era evidente que la caseta tenía algo que ver con la relación que mantuvo con su padre y no deseaba despertar los recuerdos que el tema causaba. Olivia deseaba saber qué pensaba Alex, pero no se

atrevió a seguir hablando. De regreso, en casa, él volvió a ser el mismo, cínico y arrogante. Arrojó la chaqueta sobre una butaca del pasillo y se dirigió al estudio de Henry.

—Espero que no te moleste que haga mis llamadas desde allí — su tono era provocador, pero Olivia reprimió su indignación.

—No veo por qué me iba a molestar.

—¿No quieres saber a quién voy a llamar? —insistió, burlándose de la fingida indiferencia de ella—. ¿No te inquieta pensar que podría encontrar aliados, miembros de la directiva que pensaron lo peor cuando una adolescente se casó con Henry Gantry? El viejo debía chochear. ¡Con buenos testimonios será fácil probarlo!

—¡Sería una mentira vergonzosa! —gritó—. Tu padre gozó de plenas facultades mentales hasta el día de su muerte. ¡No sé cómo sugieres tal cosa! ¡Era tu padre!

—¿He tocado un punto sensible? —entornó los ojos—. Me parece que para ser alguien que hace pocos minutos confesó haberlo odiado, lo defiendes demasiado.

— ¡No tienes sensibilidad! —apretó los labios—. ¡Dios, apenas lo enterramos ayer! ¡Al menos, merece un poco de respeto!

—No tengo por qué tenérselo, ya que él nunca lo tuvo con nadie y menos conmigo. Debes saber algo que yo ignoro —Olivia se dirigió a la escalera. En cada disputa salía perdiendo y cada vez que estaba a punto de decirle lo que deseaba, él la detenía con su postura defensiva —. Por cierto, ¿qué coche puedo usar? Necesito tu respuesta, porque pienso salir después de hacer las llamadas.

—No te lo había dicho porque olvidé el asunto —replicó—. Sugiero que compres tu propio coche. Hay muchas agencias en Chalcott.

— Dé acuerdo.

Alex se la quedó mirando de forma enigmática. Olivia se daba perfecta cuenta de que su presencia la excitaba de forma instintiva y sensual. Era el hombre más inquietante que había conocido en su vida y darse cuenta de que se sentía atraída hacia él, fue un duro golpe «¡Dios mío!», pensó al girar sobre los talones, «debo estar loca».Y de pronto, sintió frío; una cosa era segura: habría muchos problemas pero el mayor era que Alex nunca podría ser suyo.

CAPITULO 5

DEBE ESTAR loca, señora Gantry!

Olivia estaba sentada en la oficina de Francis Kennedy, en el vigésimo segundo piso del edificio Gantry, y desde su silla podía disfrutar de la magnífica vista de la ciudad, extendida allá abajo. El único piso superior era el apartamento que Henry solía usar para

instalar a sus contactos de negocios y, en ocasiones, para celebrar fiestas para el personal de más antigüedad en la empresa.

Al lado de la oficina de Francis, estaba la que fue de Henry. Un inmenso retrato de Henry adornaba la parte superior de la repisa de la chimenea. Ambas oficinas tenían vista a Hyde Park, pero Olivia se sentía sobrecogida por la solemnidad que en ellas se respiraba.

En ese momento, el rostro de Francis estaba solemne y severo. Había pasado una semana desde el entierro de Henry, y la irrupción de Alex Gantry en la vida de Olivia. La joven deseaba estar mejor informada para mantenerse firme en su decisión.

Las cosas empeoraron cuando Olivia tuvo que recluirse por un fuerte resfriado, dos días después de la llegada de Alex. Debió cogerlo en el cementerio durante el entierro. Sin embargo, no era lógico que una enfermedad tan benigna la obligara a permanecer en su habitación. La señora Winters tenía razón al decirle que había descansado poco en las últimas semanas.

Olivia no quería reconocer que la hostilidad de Alex la había dejado exhausta. Su presencia había complicado la situación, pero tendría que aprender a vivir con ese hecho. No era posible que su cansancio se debiera al momento de debilidad en que se sintió atraída hacia él. Como persona, sólo sentía desprecio por su arrogancia, y había momentos, como el presente, en que casi deseaba no haber planeado contravenir los últimos deseos de su esposo.

Vio poco a Alex a raíz de la discusión sobre el coche. Según Mary, cuyo gusto para los chismes rayaba en la desvergüenza, él pasaba poco tiempo en casa, aunque había recibido varias llamadas telefónicas. Eso fue lo que más interesó a Olivia. Enterarse de que Barry Freeman y Sean Barrett lo habían llamado fue, hasta cierto punto, algo irritante. Se consoló diciéndose que aquellos señores conocerían a Alex desde su nacimiento. Era normal que sintieran algo de afecto por el hijo de Gantry, aunque dudaba de que ellos vieran con buenos ojos un plan que desacreditaría el nombre de Henry.

Una mujer, que dijo llamarse Missy, llamó dos veces, y Mary le refirió el asunto con aire de conspirador.

—Fue muy chistoso —había comentado, ahogando una risita—. Verá, contesté al teléfono porque estaba en el pasillo cuando sonó y la mujer preguntó con una voz muy sensual: «¿Podría hablar con el señor Gantry, por favor?».

—¿ Y… ? —Olivia se había mostrado impaciente—. ¿Qué tiene eso de chistoso?

—Bueno, le dije que el señor Gantry no estaba en aquel momento y ella contestó: «Maldición», o algo por el estilo; luego agregó: «Dígale a León que he llamado». ¡Imagínese, debe tener tantos amigos que confunde sus nombres!

Olivia no creyó que fuese una confusión de nombres, aunque concluyó que León quizá fuese un diminutivo de Alexander. ¿Quién sabe los nombres que una mujer le da a su amante en el calor de la pasión? El hecho de que Alex no perdiera tiempo en buscar compañía femenina, la había irritado.

—¿Me escucha, señora Gantry? —la áspera voz de Francis pareció venir de muy lejos, y Olivia trató de poner atención.

—Lo siento, Francis —estiró los guantes que cubrían sus manos —. No escuché lo que decía. ¿Le importaría repetírmelo?

—No creo que quiera llevar a cabo su plan realmente, señora Gantry —la miró suplicante a los ojos—. Debe existir otro camino. ¡Compense a Alex con el dinero que me ofreció! Con el tiempo usted no saldrá perdiendo.

— ¡ Y la corporación Gantry continuará!

—¿Es tan importante?

—Lo es —Olivia se puso de pie y se acercó a la ventana. Resultaba una figura esbelta y elegante con aquel abrigo de visón y el collar de perlas en el cuello. Se vistió con sumo cuidado, sabiendo que sería objeto de un minucioso examen desde que pisara el vestíbulo—. Me casé con Henry para vengarme. ¿Cree que me interesa la forma de hacerlo? —Francis también se puso de pie y dio la vuelta al escritorio para quedar junto a ella.

—¿No le importa que sea Alex Gantry el que salga beneficiado? — la sondeó—. Después de todo, es hijo de Henry. ¿De veras quiere entregarle todo en bandeja?

— No trate de cambiar mi decisión, Francis.

—¿Por qué no? —murmuró con ironía—. ¿Qué tengo que perder?

Olivia lo miró de reojo y vio la tensión de sus facciones. Antes había observado el agradable y bien dibujado rostro, pero era la primera vez que veía amargura en él.

— ¡Francis! —exclamó en voz baja y él inclinó la cabeza, entristecido al saber que Olivia había comprendido la insinuación—. Ay, Francis, no sé qué decir.

— No diga nada —le aconsejó con amabilidad—. Me sorprende que no se haya dado cuenta antes, porque no he logrado ocultar muy bien mis sentimientos.

— Se subestima —Olivia necesitaba tiempo para asimilar aquella nueva complicación. Nunca imaginó que Francis tuviese otro interés en ella que no fuese el de los negocios.

—¿Porqué cree que callé lo que me dijo y no se lo comuniqué a los miembros de la directiva? —preguntó, mirándola de frente.

— Creí que había sido por dinero.

—¿Por el cuarto de millón que mencionó? —Francis movió la

cabeza— . Podría obtener cuatro veces más con la información que me dio.

—¿Por qué no lo hizo?

— ¿ Es preciso que lo pregunte?

— Francis... no creo... —necesitaba meditar.

— Por favor —la interrumpió—. No diga nada ahora. Sé que es demasiado pronto y que tiene otros problemas que solucionar. Quería que supiera que no está sola.

— ¡Oh, Francis! —Olivia puso su mano en el brazo del hombre —.No se imagina lo que me alegra saber que al menos existe una persona en quien puedo confiar. ¡Estoy tan confusa! —Francis apretó la mano de ella. Con gentileza, la llevó a la silla.

—Dígame todo lo que sepa sobre Gantry, necesito saber qué ha hecho durante quince años antes de que usted le confiara la autoridad.

— Bueno... —Olivia titubeó—. Sólo sé que pasó algún tiempo en Tsaba. Tiene una compañía minera con un socio que murió hace poco. Quizá por eso regresó a Inglaterra.

—Tenía entendido que Cosgrove lo mandó llamar.

—Sí. Adam le comunicó la muerte de Henry, pero, según Alex, de todos modos, tenía pensado venir.

—Comprendo —asintió—. ¿Tiene algún plan? ¿Le ha dicho lo que piensa hacer?

— Como le soy antipática no me dice nada —movió la cabeza.
—No fue ésa la impresión que me dio —frunció el ceño.

— Ésa fue su intención —declaró ruborizada—. ¡Dios Santo, Francis, no creerá que tengo algo que ver con Alex Gantry!

— Espero que no.

— Se lo aseguro, no siento más que desprecio por la forma en que se portó. Desde entonces, lo he visto poco. Como sabe, he estado... resfriada y no he salido de mi habitación durante varios días. Desde aquella mañana no he hablado con él.

— La creo, señora Gantry —hizo un gesto tranquilizador—. El próximo martes habrá junta de directivos. No se espera que usted; asista, pero sugiero que me permita representarla para tantear el— terreno con respecto a! nombramiento. ¿Qué dice?

—¿Lo hará? —Olivia se humedeció los labios.

— Puedo intentarlo. Diré que le es difícil hacerlo tan pronto; después de la muerte de Henry por su reciente enfermedad. No dudo de que lo comprenderán. ¿Por qué no habrían de hacerlo? Para ellos sólo se trata de una formalidad. Pensarán que usted seguirá su consejo a su debido tiempo.

— Parece convincente —asintió.

—¿Qué le parece si tomamos un poco de café o, mejor aún, que la invite a almorzar? —sonrió.

— Una taza de café me vendría bien —aceptó y mientras Francis iba a pedírselo a su secretaria, Olivia se retocó el peinado.

La oficina era muy tranquila. Como estaba tan alto, apenas se oía el ruido del tráfico. La inmensidad del edificio la hizo pensar en la cantidad de gente que dependía de la empresa para subsistir. Esperaba no ser responsable del despido de algunas personas. Ésa no era su intención, a pesar de que muchos de los leales empleados de su padre, perdieron sus empleos a causa de la desmedida ambición de Henry. Lo único que deseaba era hacer desaparecer aquel monumento viviente de su ambición y, si fuera imposible, darle el control al hombre que Henry había desheredado valiéndose de ella.

Francis regresó, pero lo acompañaban Sean Barret y Alex Gantry. Sean Barret era un hombre de casi sesenta años y llevaba trabajando para la compañía unos cuarenta. Olivia lo conocía poco, pero sabía que Henry le había tenido mucha estima porque era alguien en quien siempre había podido confiar.

—Olivia —la saludó, dándole un fuerte apretón de manos—. ¡Permite que te diga que eres una persona grata en esta lóbrega mañana! ¡Qué placer ver tanta belleza en este ambiente tan gris!

Olivia tuvo que sonreír, pero sus ojos se dirigieron automáticamente hacia el hombre que estaba detrás de Sean. Alex Gantry tenía un aspecto muy seguro, vestido de traje oscuro, muy diferente al hombre descortés que había invadido la biblioteca de su casa. Parecía burlarse de su desconcierto, y Olivia miró a Francis, desvalida, ansiando que le diera una explicación.

—Su... hijastro —saltaba a la vista que Francis estaba incómodo — ha reanudado relaciones con algunos de los antiguos amigos de la empresa — le informó mientras una secretaria entraba con una bandeja.

— Así es —Sean Barret dio un paso atrás para colocar un brazo sobre los hombros de Alex—. Todos conocemos a Alex desde que era un travieso chiquillo, que se metía en un lío tras otro. Debo conceder que ha mejorado con los años, casi no lo reconocía.

—Quince años es mucho tiempo, Sean —comentó Alex, dando unos pasos hacia la silla de Olivia. No le prestó atención a su expresión reservada, se sentó a su lado y tomó una de sus manos—.Me alegra ver que te sientes mejor —murmuró, divertido ante la indignación de ella—. Estoy muy preocupado por tu salud.

«Apuesto a que es todo lo contrario», pensó furiosa Olivia retirando la mano y deseando poder decir en voz alta sus pensamientos. Alex se puso de pie y se apoyó en el escritorio. Estaba tan cerca que, cuando Olivia cruzó las piernas, la punta de su zapato rozó la tela de los pantalones de él. Inmediatamente retiró el pie con una inconsciente actitud de rechazo. La burla apareció en las facciones

de Alex y Olivia comprendió que él se reía de sus reacciones.

No estaba segura de que Francis notara aquel silencioso diálogo. Se dio cuenta, impaciente, de que comenzaba a sentirse culpable por algo que no podía controlar.

Por fortuna, Sean Barret no vio nada malo en la aparente preocupación de Alex por la salud de su madrastra.

— Debo decir que me ha sorprendido tu presencia aquí en la oficina. Alex me dijo que no te has sentido bien desde el entierro.

— Fue un simple resfriado, señor Barret, nada serio. Imagino que la tensión me dejó sin fuerzas.

— No lo dudo — Sean se mostraba muy solícito —. Me alegra saber que ya te sientes mejor. ¿Tendremos el placer de que nos acompañes en la junta directiva del martes? Imagino que Francis te ha puesto en antecedentes. Hay algunos asuntos que requieren tu aprobación —Olivia le pidió ayuda a Francis con la mirada.

—¿No te parece que es demasiado prematuro, Sean? —sugirió inesperadamente Alex—. Liv no ha tenido tiempo de darse cuenta de la posición que ocupa. Quiero decir que, en su lugar, yo insistiría en un informe detallado acerca de los diferentes aspectos y operaciones de la compañía. También solicitaría una auditoría.

La carcajada de Sean fue debida a los nervios, no a la diversión.

— Es totalmente innecesario, Alex. ¿Para qué querría Olivia esa información? Es evidente que nunca tomará el puesto de Henry, él no lo esperaba ni lo deseaba. ¿No sería más sencillo dejar que la empresa quede en manos de alguien que la conozca y que pueda proporcionarle a Olivia un informe periódico si así lo desea?

— No creo que tengas miedo de mostrar los libros, Sean — comentó Alex con el mismo tono cortés.

—Por supuesto que no —el hombre mayor suspiró—. Deberías avergonzarte de haber hecho esa pregunta.

—Puedo proporcionarle toda esa información a la señora Gantry —intercaló Francis—. ¿Le parece bien, señora Gantry? Ya hemos tocado ese punto —los ojos de Francis intentaron enviarle un mensaje, pero Olivia decidió no aceptar su consejo. Comprendió que Alex tenía sus motivos para retrasar la asistencia de ella a una junta, pero la idea de un informe le pareció muy atinada. Llevaría tiempo prepararlo; por consiguiente, no se vería obligada a mentir en cuanto a su salud. Además, lograría aprender algo mientras tanto.

—La idea de Alex es buena —se atrevió a decir, y dos de los presentes fruncieron el ceño—. En vida de Henry no me interesó el negocio, pero estoy dispuesta a hacer un esfuerzo. Estoy segura de que no tiene objeciones, señor Barret. Le agradecería su cooperación

Sean Barret parecía resignado.

—Por supuesto, cuenta conmigo para todo, Olivia, pero te

advierto que ese informe tardará varias semanas en estar preparado.

—Me parece muy bien, tengo tiempo suficiente —respiró con más tranquilidad.

—De acuerdo —Barret se dirigió a la puerta—. ¿Vienes, Alex? Como has logrado tu objetivo, creo que me debes una copa, ¿no te parece?

—Será un placer —aceptó Alex y se puso en pie lentamente—. Te veré más tarde, Liv. Quiero hablar contigo sobre un asunto.

Olivia levantó la vista, pero evitó mirarlo a los ojos, sólo después de que la puerta se hubo cerrado, se volvió hacia Francis.

—Bueno... —aseguró con desafío al ver que Francis extendía las manos—. Al menos tenemos un período de respiro.

— No confío en Gantry, algo se trae entre manos. Hubiese preferido llevar este asunto a nuestra manera.

— Pero, Francis... —suspiró—. ¿Qué me puede hacer Alex si estoy dispuesta a nombrarlo presidente? —Francis se sentó en el escritorio y acercó la bandeja para servir dos tazas.

— Nadie sabe lo que Alex Gantry pueda hacer —dijo, ofreciéndole una taza de café—. ¿Vio la reacción de Sean cuando Alex hizo la propuesta? ¿Cómo piensa convencer a los demás directivos si su propio tío no estaba muy convencido?

—¿Su tío? —Olivia abrió los ojos—. ¿Sean Barret es tío de Alex?

— La hermana de Sean fue la primera esposa de Henry —explicó con paciencia—. ¿No se lo dijo nunca?

— No. Nunca hablamos de su familia.

— Elise Barret se casó con Henry Gantry en 1949. Alex nació un año después —Olivia recibió la información con cierta sorpresa. En la posición de Sean, ella no se habría mostrado tan cortés con la segunda esposa de su cuñado. Pero la diplomacia del mundo de los negocios nunca dejaba de sorprenderla; ése era otro ejemplo más del poder que Henry ejerció — De todos modos, lo pensaría muy detenidamente antes de tomar una decisión de esa índole. ¿Tiene idea de lo que tardarán en preparar el informe?

—¿Importa? —preguntó al darse cuenta que la antipatía que Francis sentía por Alex era tan grande como la de ella, e intentó tranquilizarle—. Suceda lo que suceda, no olvidaré su amabilidad, Francis. Me encargaré de que no salga perdiendo.

Veinte minutos después salió de la oficina y bajó en uno de los ascensores al mismo tiempo que lo hacían varias secretarias. Seguramente iban a almorzar a la cafetería. De pronto, escuchó el nombre de Alex Gantry en su murmurada conversación. Era evidente que no la conocían, cosa nada extraña ya que era la segunda vez que iba a las oficinas.

—¿Lo has visto? —preguntó una de las chicas, una bonita rubia

trigueña. Las otras dos también eran rubias—. No se parece en nada a su padre.

— ¡Nadie querría ser como el señor Gantry! —rió una de ellas—. ¡ Se dice que el hijo ha regresado por la muerte de su padre!

— ¡ Shhh! —previno una de ellas y Olivia ya no pudo escuchar todo lo que decían. Logró captar alguna que otra palabra, pero no oyó toda la conversación.

—Quiere decir... más joven que él... ¿cómo te sentirías?... ¿qué piensas?

El rostro de Olivia le ardía cuando salió del ascensor, pero se tranquilizó al ver que las chicas iban al restaurante del sótano. El portero le abrió la puerta y la saludó. Habría sido demasiado humillante que las jóvenes supieran que ella había oído parte de la conversación.

—¿Desea un taxi, señora? —el agradable tono de la voz masculina era inconfundible y Olivia se estremeció al ver a Alex, sonriendo con indolencia.

—No, gracias —rechazó mientras buscaba el Rolls con Forsyth al volante. Francis debió llamar al garaje tan pronto ella salió de su oficina y el coche debía estar esperándola.

— ¡Qué lástima! —exclamó Alex, caminando a su lado hacia la calle— . Le dije a Forsyth que no lo necesitarías, que yo te llevaría a casa.

—¿Qué has hecho? —Olivia se detuvo y levantó la cabeza, pero Alex no pareció arrepentido.

—Enviar a Forsyth a casa —volvió a explicar mientras metía las manos en los bolsillos del abrigo de piel que llevaba sobre el traje. La prenda era nueva porque Henry nunca tuvo algo parecido—. Pensé que podríamos comer juntos, antes de que te enseñe el coche que me he comprado.

— ¡Estás loco! —Olivia se sintió disgustada, pensando que Forsyth había vuelto a casa, creyendo que ella viajaría gustosa con su hijastro—. Alex, no me parece gracioso. ¡Hace demasiado frío para este tipo de juego!

—Estoy de acuerdo, pero no se trata de ningún juego — la miró a los ojos—. Come conmigo y te prometo que después te llevaré directamente a casa. ¿No podemos fingir que tenemos algo en común?

— ¡No tengo nada en común contigo! —replicó.

—¿Eso crees? —los ojos de Alex bajaron de forma insinuante a los labios de Olivia—. Vamos, Liv, no luches contra mí. Es posible que no te gusten las armas que decida usar en represalia.

— No te atreverías... —respiró con agitación.

—¿A qué, a besarte frente a Barnes, nuestro parlanchín portero y media docena de boquiabiertas chicas de la oficina? No me tientes,

Liv. Podría gustarte.

— ¡Te odio, Alex Gantry!

— Al menos, es una emoción normal. Tomemos un taxi para ir a Mariani y me dirás por qué estabas tan ruborizada cuando saliste del edificio.

Olivia lo miró desvalida y confusa, pero sus palabras la hicieron pensar que, en efecto, podrían observarlos y al volver la cabeza corroboró la suposición.

— Para un taxi —murmuró, apretando los dientes y sonriendo. Alex levantó la mano.

Un taxi se detuvo inmediatamente frente a ellos y, a juzgar por la rapidez con que llegó, Olivia supuso que Alex lo había contratado de antemano. Él le abrió la puerta y ella se sentó en el asiento de atrás; se deslizó al extremo opuesto. Alex dio instrucciones al conductor antes de sentarse al lado de Olivia, pero sin acercarse demasiado. Parecía satisfecho de poder contemplar el tráfico mientras meditaba.

Mariani era un restaurante que estaba en Piccadilly. Aunque Olivia había pasado frente a él en varias ocasiones, nunca se atrevió a entrar en un lugar tan distinguido. Henry nunca frecuentó el sitio y prefirió la suntuosa elegancia del Ritz, muy cerca de allí. Le sorprendió que Alex conociera aquel restaurante ya que apenas hacía ocho años que había sido abierto al público. No parecía sentirse extraño allí porque, mientras Olivia entregaba su abrigo en el elegante guardarropa, Alex pidió una mesa apartada.

—¿No te parece muy cómodo? —preguntó al sentarse en la silla junto a ella—. Mariani es antiguo amigo mío. Cuando estoy en Londres trato de venir al menos una vez.

—¿No dijiste que viviste en Tsaba durante los últimos ocho años? Este restaurante se abrió hace menos tiempo —comentó asombrada.

—No estaba prisionero —repuso tranquilo—. No recuerdo haber negado venir a Londres de vez en cuando.

— ¡ Y nunca trataste de ver a tu padre! — exclamó.

— Olvidemos ese asunto; no te he traído aquí para hablar sobre mi relación con tu esposo. Queria hablar contigo lejos del opresivo ambiente de casa. Permite que pida una copa; ¿que quieres, un martini, un jerez?

—Tomaré un martini —accedió —. Con hielo y soda.

Mientras Alex pedía las copas, ella aprovechó para contemplar lo que la rodeaba. Aunque el salón no era grande, la clientela parecía muy distinguida. Se preguntó si no los habrían reconocido. La iluminación era tenue e íntima, justo el sitio para una cita indiscreta. Eso era lo que hacía, pensó, al toparse con la turbadora mirada de

Alex.

—Pareces menos atormentada —comentó cuando les hubieron traído las bebidas —. ¿Qué te dijo Kennedy después de que salí de su oficina? Supongo que no fue muy atinado puesto que decidiste apoyar mi propuesta.

— ¡No hice tal cosa! Simplemente acepté el informe porque nos daría tiempo... a todos.

—Pero a Kennedy no le gustó —inclinó la cabeza.

— No estuvo de acuerdo, pero tampoco en contra. —Él hace lo que tú deseas, ¿no?

— Francis es un amigo —Olivia se ruborizó ante la evidente ironía.

— ¡ No me cabe la menor duda!

— No comprendes...

—Tampoco tú.

Olivia desvió la cabeza para no ver la burla en su rostro. Era imposible hablar con él. Alex no tenía confianza en ella y, después de las cosas que Francis dijo, ella tenía pocos motivos para confiar en él. Era una situación insostenible que empeoraba por el hecho de que ella se sentía atraída por él.

— Al menos confiesa lo que él te dijo para que parecieras tan perturbada —insistió Alex.

—Él, es decir, Francis, no dijo nada.

— Alguien debió decir algo que te molestó. Si no fue Kennedy, me pregunto quién habrá sido.

— ¡Nadie! —exclamó con vehemencia—. Nadie dijo nada. Quizá fue el aire frío...

— Ah, comienzo a comprender —Alex jugueteó con su copa y sonrió al verla tan incómoda—. No fue algo que te dijeron, sino algo que lograste escuchar. ¿En labios de quién sería y dónde? ¿En el ascensor? Supongo que se habló de ti y de mí. Mi presencia en el edificio causó gran revuelo e imagino cómo deben interpretar nuestra relación.

— ¡Te das demasiada importancia! —habló en voz baja, pero enfadada—. Dudo que tu llegada haya causado más que un pequeño alboroto en el grupo de la chismografía de la empresa.

Alex hizo un gesto encantador y Olivia bajó la vista para no sentir el imán de su atractivo.

La presencia del camarero con las cartas fue muy bien venida, y mientras Alex preguntaba sobre las características de algunos platos, Olivia trató de dominar sus desbocadas emociones. Desesperada, se dijo que no debería ser muy difícil. Después de todo, aquel hombre era el hijo de Henry y ella nunca amó al padre. Sin embargo, sin la complicada barrera del parentesco, sabía que la identidad de él no

habría sido suficiente…

—¿Te gustan los aguacates? —le preguntó Alex, y a Olivia le resultaba difícil concentrarse en la comida cuando tenía la mente en otros asuntos.

—¿Aguacates? Sí, me parece estupendo —ella asintió.

—¿Ha tomado nota? Dos filetes poco hechos —dijo Alex, dirigiéndose al camarero y Olivia deseando que dejara de mirarla, le dio un trago al martini para restablecer su equilibrio emocional—. ¿Qué te pasa? ¿Me he perdido de algo? —preguntó cuando el camarero se alejó.

—Es el martini, está demasiado fuerte… —Alex no la creyó, pero no insistió. Apoyó los codos sobre la mesa y preguntó:

—¿Por qué me has estado evitando?

—No es cierto.

—¿Cómo lo llamarías, entonces? —insistió.

—Estaba enferma.

— Sólo tenías un resfriado; la señora Winters me lo dijo.

—Entonces, estás enterado de que el doctor me ordenó quedarme en mi cuarto.

— ¡ Muy conveniente!

—Me sentía mal y supongo que la muerte de tu padre influyó. Fue una prueba muy dura…

—¿Para ti que lo odiabas?

Olivia debía haber imaginado que le preguntaría eso. Alex Gantry no era el tipo de hombre a quien se le podía hacer una declaración así sin que pidiera explicaciones. Una semana antes había estado preparada para contestar, ya no.

—La muerte de cualquier persona es un suceso penoso.

—Al decir eso, me rebajas a mí, ¿verdad? —comentó a secas—. ¿Has leído a John Donne? Ya sabes cómo termina.

—¿Es una amenaza? —levantó los ojos.

— No; sólo pretendo saber qué hizo para que lo odiaras.

—No creo que eso sea de tu incumbencia — respiró profundamente.

—Al contrario, soy su hijo y tengo derecho a saber qué te hizo para que cambiaras de opinión.

—No sucedió así… —se calló al comprender que faltó poco para que se delatara—. No cambié respecto a él. Tu padre nunca lo supo.

—¿No supo que lo odiabas? —intranquilo se apartó un mechón de la frente—. Perdóname, soy muy torpe y no sé de qué me estás hablando.

—No tienes que saberlo —repuso tranquila—. ¡Mira! Ya nos traen el postre.

Durante los siguientes minutos, el camarero se entretuvo

sirviéndoles el exquisito postre, Olivia se dedicó a comentar las excelencias del plato. Pero Alex no se dejó engañar y, cuando se quedaron solos, reanudó el interrogatorio.

—¿Qué pasó? —se acercó hasta tocar la cadera de Olivia con la suya. Cuando la joven lo miró con ojos de asombro, añadió—: ¿No quisiste consumar el matrimonio? ¿De veras creíste que el viejo no se cobraría su precio de carne?

— No sé lo que tú...

— Por eso no me extraña que Kennedy te parezca atractivo. Supongo que fue la única compensación que tuviste.

— ¡Eres despreciable! —exclamó atónita.

— Por decir la verdad, ¿porque me enferma imaginarte en la cama con un hombre que hubiera podido ser tu abuelo? Debías estar muy desesperada para aceptar esa situación.

— ¡Bastardo!

— No me tientes, Liv. ¡Estoy bastante irritado para hacerte pagar por tus palabras!

—¿Porqué? — reprimió un sollozo—. ¿Por decir la verdad también?

—Te lo advertí —murmuró sin dejar de observar los labios entreabiertos de Olivia—. ¿No se dice que de tal palo tal astilla?

— No seas ridículo...

— Veamos si es cierto —carraspeó Alex al colocar la mano en la nuca de Olivia para besarla en los labios.

Los cálidos, suaves y sensuales labios de Alex tenían sabor a vino y, aunque no fueron tan bruscos como la primera vez que la besó, el corazón de Olivia perdió el ritmo. Quedó tan conmocionada que no pudo rechazarlo. Alex la excitaba y provocaba buscando la dulzura de sus labios. De pronto, comprendió lo que sucedía.

—¡No! —exclamó horrorizada, pero Alex no la soltó. Olivia recordó los consejos de su madre en cuanto a defenderse en tales circunstancias, pero sintió repulsión al pensar que con sus manos libres podía golpearlo en donde más le dolería. No pudo hacerlo. Se propuso no ceder y agradeció al cielo la escasa iluminación que los ocultaba.

Por fin Alex la soltó, pero respiraba aguadamente y estaba pálido. Alejó el postre sin haberlo probado, pero terminó el contenido de su copa y se sirvió otro poco de vino con manos temblorosas.

— He comprobado mi teoría —murmuró en tono acusador—. ¡Por Dios, Liv, no puedo creer que un hombre de casi setenta años pudo satisfacerte! ¡Lo engañaste, admítelo! —Olivia aprovechó ese instante para calmarse, aunque sus nervios estaban tan tensos como las cuerdas de un violín.

—¡No admitiré nada, señor Gantry! Piensa lo que quieras. No

podré odiarme más. ¿Abandonamos este frustrado intento de convivencia y proseguimos nuestros caminos?

— ¡No! —los dedos de Alex sobre su muñeca le impidieron ponerse de pie—. No señora, todavía no he terminado contigo. Como te dije el otro día, mi padre se casó contigo, pero estoy aquí para asegurarme de que no disfrutes de tu viudez.

CAPÍTULO 6

OLIVIA comenzaba a pensar que estaba loca al planear darle la dirección a Alex Gantry. Francis tenía razón. No podía confiar en Alex. No podía hacerlo por su comportamiento con ella.

Saltaba a la vista que no le tenía respeto y, sin duda, pensaba que ella había sido tan poco escrupulosa como él para persuadir a Henry de que se casara con ella. Jamás creería la verdad si ella se la contaba, y no pensaba hacerlo.

Fue fácil pensar en entregarle a Alex lo que le correspondía cuando sólo era un nombre. Conocerlo y saber qué tipo de hombre era, cambiaba el asunto. A pesar de sus buenas intenciones estaba descorazonada por la forma en que él explotaba sus debilidades. «¡Dios mío!», pensó apesadumbrada, «¡sé lo que me pasará si sigo viviendo en casa de Henry, tarde o temprano Alex comprenderá que puede controlarme, igual que a la corporación Gantry!». Jamás lo permitiría, pero no sabía cómo evitarlo puesto que su cuerpo la traicionaba cada vez que él la tocaba.

Deseó tener más experiencia y recordó las veces que había salido con algún chico. Jamás había llegado más lejos que algunas caricias apasionadas, dentro de un coche estacionado en la oscuridad. Nunca tuvo curiosidad por saber más sobre la sexualidad. Cursó sus estudios sin deseos de dejarse llevar por un compromiso sentimental y, cuando aceptó casarse con Henry, pensó que ella sería incapaz de mantener una relación sexual normal.

¡Qué equivocación la suya! Desde el instante que conoció a Alex, desde que se topó con sus oscuros ojos, entabló una lucha inútil contra su atractivo. Aunque no era tan ingenua como para pensar que lo que sentía por él era amor, sabía que él la atraía de una manera desconocida.

Con esos pensamientos en la mente, el viaje de regreso a Chalcott no fue muy agradable. Sentada al lado de Alex, en el elegante Maserati gris que él había comprado, no podía pasarle desapercibido aquel alto y esbelto cuerpo que conducía tranquilo a su lado. Tuvo que admitir, con desagrado, que parecía calmado y seguro de sí, en tanto que ella estaba nerviosa, y se despreciaba por sentir aquella

atracción.

—¿Te gusta el coche? —preguntó al cabo de un rato.

—¿Es importante mi opinión? —dijo, apartando los ojos de él.

—Debería serlo —comentó con indiferencia—. Lo pagaste tú. Eres muy generosa, lo recordaré cuando cambien nuestros papeles.

—¿Yo lo pagué? —preguntó incrédula.

—Por supuesto —Alex se movió para acomodarse mejor—. Me dijiste que comprara un coche, ¿no? El propietario de la agencia se mostró halagado de que eligieras su establecimiento.

—Eres.... ¿Cómo te has atrevido? —respiraba con dificultad—. No ofrecí pagarte un coche, supuse...

—En cambio yo pensé que no te gustaría que tu hijastro condujera un trasto viejo —repuso tranquilo, sin preocuparse por la reacción de Olivia—. Vamos, Liv, es un hermoso coche, admítelo. ¿Cómo iba a llevarte a casa en un coche destartalado?

—No era indispensable que lo hicieras —repuso con frialdad—. No tienes principios y estás decidido a crearme todos los problemas que puedas.

—Te lo advertí —comentó—. Por cierto, ¿te molestaría si invito a alguien a que se quede en casa durante unos días?

— ¡Mucho! —gritó—. No usarás mi casa como posada de mala muerte para cualquier parásito que elijas como amigo.

— Se trata de una mujer —le informó, y Olivia explotó.

—¿Te atreves a sugerir que vas a llevar a una amiguíta a casa? ¡Qué desfachatez! No sólo me impones tu presencia en casa, sino que quieres que atienda a tu amante...

—No es tal cosa —la interrumpió, fuera de quicio por la acusación—. Es alguien que conozco, una amiga, si quieres llamarla así, quiere conocerte.

— ¡No tengo deseos de conocer a ninguna amiga tuya! —replicó demasiado excitada para pensar con lógica —. De hecho, creo que será mejor que busques otro alojamiento. Puedes alquilar un apartamento a mi nombre, de igual manera que conseguiste este coche.

—Eres una verdadera arpía, Liv —sus labios adoptaron una expresión desdeñosa—. ¿Qué te pasa? ¿A qué se debe tu repentino temor?¿No es lo bastante grande la casa para alojarnos a los dos? No pienso quedarme para siempre.

Olivia volvió la cabeza para mirar a través de la ventanilla y el enfado se le fue pasando. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué no podía fingir un poco de cortesía, aunque fuese sólo superficial? Como decía Alex, la situación no duraría mucho y tan pronto como les presentaran el informe...

—Lo lamento —murmuró al notar que se acercaban a Chalcott. Al cabo de unos minutos estarían en casa—. Es tonto seguir

así,intentemos ser amables el uno con el otro.

—¿Bajo qué condiciones? —preguntó Alex, ella se volvió para mirarlo.

—¿De qué me hablas?

—Sé más explícita. ¿Qué sugieres, que sigamos como antes?

— Supongo que sí.

—¿Y Lilian?

—¿Lilian? —repitió—. ¿La amiga de quien me hablabas?

—¿Quién si no ella? —durante un momento, Alex fijó su atención en Olivia—. ¿Cuento con tu aprobación para invitarla a casa?

—Alex... —suspiró.

—¿Y bien?

Olivia inclinó la cabeza y se quitó los guantes con movimientos bruscos. La idea de tener a una mujer extraña en casa no le gustaba, pero podría ayudarla a salir adelante. Seguramente la presencia de otra joven lo distraería y ella podría juzgar con más objetividad la relación entre ellos.

—¿Quién es ella? —preguntó—. La has llamado Lilian y, supongo que no es la chica... que ha estado llamándote por teléfono.

—¿Quién te lo dijo? —exclamó molesto—. Sí, es ella.

— Pero su nombre es Missy; no fue la señora Winters quien me lo dijo, fue Mary —frunció el ceño.

—¡Missy! —Alex reprimió la risa—. ¡Quieres decir, Miss Eve¡ Lilian Eve. ¿Te das cuenta?

—Comprendo—respondió Olivia.

—¿Entonces?

— Si tienes que hacerlo, invítala —exclamó, tensa, y guardó silencio hasta que llegaron a casa.

Esa noche cenó en compañía de Alex. Comieron en el comedor, iluminado con románticas velas cuyas llamas doradas se reflejaban en los cubiertos de plata y en la fina cristalería.

Olivia se había vestido con cuidado. Lucía una blusa de cuello alto y una falda que le llegaba hasta el tobillo. Deseaba mantener las distancias. No debió haberse molestado, ya que Alex se mostró lejano y enfurruñado. Comió lo que le pusieron enfrente sin darse cuenta de lo que ingería y sólo habló lo indispensable. Al parecer, tenía algún problema y eso le dio la oportunidad a Olivia de admirar la elegancia de la oscura chaqueta del traje de etiqueta, que contrastaba con la bronceada piel y el rubio cabello. No deseaba mirarlo ni descubrir los atractivos de su indolente aspecto, pero no pudo apartar los ojos del cabello que rozaba el cuello de la camisa ni de las morenas muñecas que emergían de los puños.

Al terminar de cenar, Alex se disculpó y cuando la señora Winters sirvió el café en la biblioteca, le informó que el señor Alex

había salido.

— Creí que se quedaría en casa por ser la primera noche que pasa usted fuera de la habitación, señora Gantry —declaró molesta. Le informó que Alex iba a ver al señor Cosgrove.

Olivia escuchó la información con escepticismo. Dudaba de que Alex se fuera con tanta prisa sólo para visitar a Adam Cosgrove. No lo discutió con la señora Winters, y cuando se quedó sola, buscó un libro y trató de concentrarse en la lectura.

El día siguiente, Alex desapareció después del desayuno y, aunque Olivia quiso convencerse de que su ausencia la alegraba, no por eso dejó de sentir curiosidad por saber su paradero. ¿Habría ido a ver a la misteriosa Miss Eve? ¿O se habría citado con Adam Cosgrove? No tenía manera de saberlo y cuando se metió en la cama, él todavía no había llegado. La curiosidad se tornó en resentimiento.

Al día siguiente, mientras desayunaba sola, contestó al teléfono y escuchó la voz de Adam Cosgrove.
—¿Señora Gantry? Espero no haberla llamado a una hora inconveniente —parecía tranquilo.
—En absoluto —Olivia tenía curiosidad por saber a qué se debía la llamada del abogado. Quizá por algo relacionado con Alex — . ¿Pasa algo?
— No, nada, sólo deseaba saber si podemos vernos, Olivia. Hay algunos asuntos que tenemos que tratar.
— Por supuesto —con la conmoción de la llegada de Alex y con su enfermedad, Olivia había olvidado la promesa hecha al abogado—. Cuando usted lo disponga y, si le parece bien esta tarde, estoy de acuerdo.
— Sí, me parece bien —Adam pareció satisfecho—. La esperaré.
— Iré a verlo —Olivia se despidió, y, preocupada, colocó el auricular en su sitio. Presentía que la llamada de Adam era algo más que una invitación para hablar acerca del testamento de Henry; no pudo dejar de asociarla con la información que le había proporcionado la señora Winters dos noches antes. ¿Habría ido Alex a ver a Adam? ¿Para qué? ¿Sería sólo porque eran viejos conocidos o para tratar algo personal? La idea de que Alex confiara en Adam Cosgrove sin que ella lo supiera, le llenó de resentimiento. ¡De modo que esas eran las condiciones de las que habló Alex! ¿Cuánto más habría de soportar?
Decidió que prefería no ver a Alex hasta después de la entrevista. Abandonó el estudio y subió a su habitación para cambiarse. Comería en Chalcott. Se disponía a salir, cuando Mary llamó a la puerta.
—¿Va a salir? —preguntó, mirando con aprobación a Olivia—. El señor Alex me pidió que la buscara, quiere hablar con usted.
—Tendrá que esperar —repuso Olivia—. Forsyth me espera. Mary, tengo una cita en Chalcott, dile al señor Gantry que hablaré con él a mi regreso.
—¿A qué hora regresará, señora? —preguntó sorprendida—. Quiero decir, ¿no tiene unos minutos antes...?
—No —Olivia intentó sonreír—. Dile a la señora Winters que no comeré en casa, por favor.
Era un frío día de marzo, pero en Chálcott había mucha gente haciendo sus compras para el fin de semana. Le dijo a Forsyth que lo llamaría al terminar sus asuntos y pasó lo que quedaba de la mañana en las tiendas. En algunos sitios la reconocieron, lo notó por las furtivas miradas y los susurros de las dependientas. Era algo a lo que había tenido que acostumbrarse desde su matrimonio con Henry Gan —try, ya que su belleza y su juventud despertaron el interés de los periodistas. Sin embargo, desde la última enfermedad de Henry, había pasado poco tiempo en lugares públicos y le resultó incómodo

descubrir que la muerte de su marido no cambió su imagen, aunque fuese viuda.
Rechazó la idea de comer en un restaurante. Se expondría a que la reconocieran y, antes que ser el blanco de las miradas, prefirió comprar un bocadillo y un refresco y llevárselos al parque. Por fortuna, el clima no animaba a mucha gente a pasear. En el parque había poca gente. Olivia se entretuvo observando los juegos de un niño pequeño y gozó del sentimiento de libertad que despertó en ella. El niño era una criatura adorable, y al ver su piel morena, Olivia recordó a Alex. igual que Alex, el chiquillo debía haber pasado una temporada en un clima más cálido. Nadie parecía tan saludable después de pasar un invierno en Inglaterra.
La joven que llevaba al niño era esbelta y atractiva. Olivia no dudó de que fuese la madre del pequeño. Sin darse cuenta, envidió la felicidad de la otra al verla jugar con su hijito, y su propia situación le pareció irónicamente dolorosa. Se sentía atraída por un hombre que no sólo la despreciaba por lo que era y representaba, sino que le estaba prohibido por los indeseados votos que había hecho. Ella y su madre tuvieron el mismo sino, a ambas les había tocado sufrir a causa de un Gantry.
Adam Cosgrove la esperaba cuando llegó a su oficina, un poco después de las dos de la tarde.
— ¡Olivia! —Adam le estrechó la mano antes de conducirla a la silla frente a la de él —. Te veo mucho mejor. No sabes cuánto lamenté tu enfermedad.
— Sólo fue un resfriado, señor Cosgrove —se sentó y sonrió—. Debí llamarlo antes, pero olvidé nuestro compromiso.
—No tiene importancia —Adam se sentó en el escritorio y se mostró comprensivo—. Supongo que tenías otras cosas que hacer.
—¿Sabe que Alex ha regresado? —se mordió el labio.
—Sí —tuvo un imperceptible titubeo.
—Ha venido a verlo, ¿no? —Olivia se sentía incómoda, pero también Adam—. Usted le escribió, debió decírmelo.
—Quizá tengas razón, pero Henry sabía dónde encontrarlo y no se comunicó con él...
—¿Henry sabía dónde estaba? —Olivia no podía creerlo.
—Yo le informaba del paradero de Alex con cierta regularidad.
—Comprendo —Olivia estaba inclinada sobre el escritorio tratando de conservar la calma—. Henry no me dijo nada al respecto.
—Es lógico —Adam se encogió de hombros—. Pero eso pertenece al pasado...
—¿Que pertenece al pasado? —Olivia se enfrentó a su mirada—. Señor Cosgrove, ¿no le parece que ya es hora de que sepa por qué Henry decidió desheredar a Alex?

—Si él no te lo dijo…
— Muerto Henry, la información no le hará daño y quizá me ayude a mí.
—¿Ayudarte, cómo? —mostró curiosidad.
—A conocer mejor a Alex. Él… bueno, ya se lo imagina, no nos llevamos muy bien precisamente y es difícil explicarle mi punto de vista si no comprendo la situación —Adam estudió su rostro y se puso de pie pesadamente.
—Olivia, no estoy seguro de que te sea de utilidad llegar a conocer a ese hombre.
—No comprendo — levantó los ojos —. Creo que sería lo contrario.
—No debemos permitir que nadie te obligue a hacer algo que quizá más adelante lamentes.
—¿Lamentar? —Olivia estaba confundida—. Sigo sin comprender — Adam suspiró y se puso a pasear por la oficina.
—Sé que te sientes obligada, pero es algo que no debes hacer a la ligera; debes sopesarlo desde todos los puntos de vista.
Olivia trataba en vano de comprender. Había ido a verlo para defender sus derechos de heredera y Adam intentaba prevenirla de algo. ¿De qué se trataría?
—Creía que usted era un amigo de Alex —dijo por fin y Adam se impacientó. Volvió a tomar asiento.
—Lo soy, pero también soy tu amigo y lo fui de Henry.
—¿Qué insinúa, que no tiene confianza en Alex? —se humedeció los labios.
— Lo único que quiero decir es que, en este caso, existen circunstancias que deberían tomar en cuenta antes de tomar una decisión drástica—dijo tenso.
— Señor Cosgrove, ¿ha hablado con Francis Kennedy? —Olivia estaba intrigada.
—¿Francis? No, no le he visto desde el día del entierro. Cenamos juntos.
—Lo sé, me lo dijo, pero usted no le informó de que Alex estaba aquí.
— En aquel momento no vi la necesidad de hacerlo. —¿Así que Francis no le dijo nada acerca de la corporación? —No, pero tengo entendido que has pedido un informe antes de anunciar los nuevos nombramientos.
¡De modo que Alex fue a visitar al abogado la otra noche, cuando abandonó la casa después de cenar!
—En efecto, me parece justo, ¿no cree? —dijo mientras jugueteaba con la correa de su bolso.
—Por favor, ve con cuidado antes de comprometerte a cualquier cosa. La elaboración del informe te da tiempo para pensarlo bien.
— Sí —se esforzó en sonreír, pero Adam no lo advirtió—. Dígame,

¿qué haría usted en mi lugar? Me refiero a Alex.
—¿Yo? —la pregunta pareció sorprenderle—. Mi querida Olivia, conoces tan bien como yo los deseos de Henry. Quizá el mejor consejo que pueda darte es que recuerdes que fuiste su esposa y que dejó la empresa en tus manos.
— ¡Usted mismo dijo que intentó hacer que Henry cambiara de parecer!
— Y no lo logré. —Pero Alex está aquí.
—Él optó por abandonar a su padre —repuso Adam—. Y por lo que sé, no ha regresado cubierto de gloria, ¿o me equivoco?
—¿Por qué abandonó a su padre? Debe decírmelo, es... mi hijastro. ¿Cómo puedo ser objetiva sobre algo que desconozco?
—¿Qué sabes de Alex, qué te dijo Henry? —apoyó los codos en los brazos del sillón y entrelazó los dedos.
— Nada, nada en absoluto.
— Vaya —Adam se quedó pensativo—. ¿Te dijo algo sobre su primera esposa, la madre de Alex? ¿Te dijo Henry cómo murió?
— No —frunció el ceño—. Supuse que a causa de alguna enfermedad.
— Se ahogó —Adam apretó los labios—. Sí, Elise se ahogó, la hallaron en el río, no lejos de la casa.
— ¡Qué tragedia tan espantosa! —Olivia parecía anonadada—. ¿Fue un accidente? —recordó que Alex le había contado que el bote se hundió—. ¡Pobre Henry!
— Fue terrible, pero lamento decirte que no fue un accidente. —¿Quiere decir que la asesinaron? —dijo, cada vez más sorprendida.
— No, querida, no fue tan dramático. Se suicidó. No sabía nadar y el bote de Alex se hundió.
— Pero, ¿porqué?
— Es una larga historia.
— Quiero conocerla —Adam inclinó la cabeza, apoyando el mentón en la mano.
— No te gustará.
— Estoy dispuesta a arriesgarme.
— Muy bien —Adam respiró profundamente—. Se suicidó porque se enteró de que Henry tenía una aventura con otra mujer.
—¿Otra mujer? —Olivia se puso tensa.
— Sí, ya te dije que no te gustaría.
— No importa; por favor, continúe —estaba impaciente.
— Déjame recordar... debió suceder hace veinte años o más. Henry estaba construyendo su imperio. Una mujer, la esposa de uno de sus contactos comerciales, le llamó la atención. No conozco todos los detalles. Sólo sé que Elise se enteró y cuando Henry se negó a dejar a la otra, ella se quitó la vida —Olivia temblaba. Era evidente qué existía una relación entre lo que Adam le estaba contando y lo que su

madre le dijo—. De todos modos, se echó tierra al asunto. Alex tenía unos ocho años y Henry quiso evitar un escándalo. Por desgracia, Henry no fue el único que sufrió por aquel trágico asunto.
—¿Se refiere a Alex?
—El niño se sintió culpable porque sucedió en su bote. Desde luego, no comprendió lo sucedido y, por su manera de ver las cosas, se culpó de la muerte de su madre —Olivia tenía las manos crispadas.
—Pero... Henry debió explicarle...
—Temo que no fue así —las manos de Adam cayeron pesadamente sobre los brazos del sillón—. Le fue más fácil dejar que el niño creyera...
—... ¡que fue el asesino de su madre!
—Eso no —Adam trataba de ser objetivo—. Olivia, Henry creyó que sería mejor para el chico que no se enterara del asunto. Al menos, no en aquella época.
Olivia se sintió enferma, imaginó lo que debió sentir Alex, abandonado y solo, privado de su madre, a quien adoraba. Debió ser muy duro para él cargar con el pesado sentimiento de culpabilidad.
— Supongo que más adelante se enteró de la verdad —Adam asintió.
— Así fue, alguien debió decírselo, Henry nunca supo quién fue. Creo que sospechó de Sean Barrett, pero no hubo manera de probarlo. Además, ¿qué podía decir? Era la verdad —suspiró—. Alex nunca perdonó a su padre.
Olivia trató de asimilar toda la historia. Desde luego, explicaba los sentimientos de Alex hacia su padre. Permitir que un niño de ocho años cargara con un peso que no le correspondía, fue un crimen imperdonable, y eso hacía más imperdonable que Henry desheredara a su hijo. Olivia movió la cabeza. Pensó que tenía motivos para odiar a Henry Gantry, pero comparados con la triste experiencia de Alex, los de ella eran insignificantes. Después de todo, si su madre no hubiera intervenido, la madre de Alex quizá estaría viva. Sería demasiada coincidencia que otra mujer hubiera sido amante de Henry por la misma época, y era irónico que la hija de aquella mujer fuera un obstáculo para que Alex heredera lo que por derecho le correspondía.
¿Lo habría planeado así Henry? ¿Se habría casado con ella como un definitivo acto de reprobación? Seguramente, no lo sabría nunca, pero al menos le mostraba el camino que debía seguir.
—Señor Cosgrove —nerviosa, se humedeció los labios—. ¿Recuerda lo que hablamos después de leerme el testamento?
—Desde luego —Adam inclinó la cabeza.
—¿Recuerda también que expresé mi desilusión por las cláusulas del mismo?
—Estabas aturdida, Olivia. Es difícil para una persona sin experiencia comprender cómo funciona una empresa como la de Gantry.

—Sí —estaba dispuesta a olvidar ese comentario—. Bueno he tenido tiempo para pensar y, después de sopesar todo, quiero proponer a Alex como presidente.
—No puedes hacerlo —la negativa de Adam fue firme y Olivia se le quedó mirando, asombrada por su reacción. Pensaba que él aceptaría su recomendación.
—¿Por qué? Después de lo que acabo de escuchar, Alex Gantry tiene todo el derecho de ocupar el sitio de su padre. Quizá no tenga experiencia y al principio necesite ayuda. ¡El derecho de Alex es indiscutible! —Adam estaba inclinado en el respaldo de su silla y la miraba preocupado.
—Olivia, ¿te has preguntado alguna vez si Alex no sería un impostor? ¿Sabes a ciencia cierta que es el hijo de Henry? ¿Tienes alguna prueba irrefutable?
—¿Prueba? Usted sabe que sí es quien dice ser, todos lo reconocieron.
— Hace quince años que nadie de nosotros ve a Alex —repuso—. No niego que se parece, pero, ¿basta con eso? Olivia, comprendo cómo te sientes y tus motivos son dignos de alabanza, pero, ¡hasta que sepa más acerca del hombre que pretende ser tu hijastro, creo que no deberíamos apresurarnos a tomar decisiones!

CAPÍTULO 7

CUANDO Olivia regresó a casa, no encontró a Alex. Se alegró. Necesitaba tiempo para asimilar lo que Adam Cosgrove le había contado, y con Alex cerca le era imposible pensar coherentemente. Hasta ese momento, no había dudado de la identidad de Alex. La señora Winters lo había aceptado, así que ella también lo hizo, ni siquiera se imaginó que pudiera existir un equívoco. Pero si no era quien decía ser, era evidente que conocía a Alex muy bien, pero resultaba incómodo vivir con un extraño en casa.
Los motivos por los que alguien podría tener interés en hacerse pasar por otro eran menos difíciles de comprender. Como hijo de Henry Gantry valía una fortuna. Pero Alex Gantry no conocía las condiciones del testamento de su padre, aunque el dinero era algo irresistible.
Ya en su habitación se quitó la chaqueta recordando extrañada la calma con que Adam aceptaba la situación. El instinto le decía que él debía haber mostrado más preocupación por ella, pero quizá su simpatía se había debilitado cuando ella protestó por las condiciones del testamento. Quizá también él, igual que Francis, sospechaba de ella y de su relación con el hombre que decía ser Alex. ¿Habría sido ella la que había despertado aquella sospecha al anunciar, inocentemente, su intención de nombrarlo director o sólo se trataba de posponer el nombramiento oficial?

Le dolía la cabeza por la complejidad del problema. Las declaraciones de Adam en cuanto a que investigara a Alex, no le parecieron totalmente sinceras. Si sospechaba que Alex era un impostor, debía decirlo sin rodeos y en público. ¿Cómo permitía que ella siguiera viviendo en la misma casa con un hombre que podía ser un estafador o algo peor? Quizá debería investigarlo por su cuenta.
No vio a Alex en todo el día. No regresó a la hora de la cena y Olivia pidió que le sirvieran algo ligero en su habitación para evitar un encuentro con el supuesto hijastro. Pasó varias horas casi deseando que Alex no fuese quien decía que era. Si no era su hijastro, no tenía motivos para sentirse avergonzada por la atracción que sentía por él. Pero, si no era hijo de Henry, ¿quién era? De todos modos ella llevaba las de perder. Se metió en la cama sin llegar a ninguna conclusión satisfactoria.
Como tenía el sueño muy ligero, oyó el motor del Maserati y luego, las pisadas de Alex subiendo la escalera. Se encogió instintivamente al saberse tan cerca de él. En realidad, no estaba alarmada, pero después de la insinuación de Adam, se puso un poco nerviosa.
A la mañana siguiente, estaba sentada en el comedor, tomándose la segunda taza de café y leyendo el correo, cuando Alex apareció en el umbral.
—¿Preparándote para escabullirte de nuevo? —preguntó secamente al entrar en el comedor.
—No —respondió con el rostro encendido—. No tengo por qué hacerlo.
—Ayer tenías mucha prisa —comentó sirviéndose una taza de café.
—Tenía una cita —declaró a la defensiva. Con gran esfuerzo, reprimió el irresistible deseo de contarle lo que Adam Cosgrove le había dicho —. No sabía que tuviera que darte cuenta de mis acciones.
— No merezco ese comentario —torció la boca—. Quería hablar contigo, eso es todo.
—¿Sobre qué?
— Sobre Lilian —respondió imperturbable. Olivia se había olvidado de ella.
—Ah —con sumo cuidado dejó la taza sobre la mesa—. ¿Hablaste con la señora Winters?
— Debes hacerlo tú, no yo. En realidad, quizá sea mejor que no lo hayas hecho.
—¿Quieres decir que no va a venir? —no pudo ocultar el alivio que sentía, pero Alex no tardó en desilusionarla.
—Todo lo contrario, pero, desde luego, necesito tu permiso —dijo con ironía—. Llegará esta tarde, pero hay una complicación.
—¿Una complicación? —Olivia jugueteó con la fina cadena de oro que le rodeaba el cuello.

—Sí — Alex se sentó—. No vendrá sola, quiere traer a su hijo.
—¿Su hijo, está casada? —Olivia no lo podía creer.
—No he dicho eso. ¿En tu mundo estrecho no puede existir otra explicación?
— Has dicho su hijo...
— En efecto, pero Lilian no está casada. Y alguien como tú debería comprender que tiene problemas.
Las mejillas de Olivia se encendieron y, sin decir palabra, se puso en pie y se sacudió unas migajas de pan de la falda. Odiaba la forma en que él siempre ridiculizaba la relación que ella mantuvo con Henry. Pero la situación entre ellos era demasiado frágil para propiciar una acción negativa por parte de él, y, temerosa de sus traicioneros sentimientos, intentó hablar con aparente calma.
—¿Cuánto tiempo piensa quedarse en Chalcott miss Eve? —preguntó y Alex la observó con cierta admiración.
— Una semana, quizá dos —comentó con indiferencia—. ¿Tiene alguna importancia?
— Es que me gustaría informar de todo el plan a la señora Winters — contestó Olivia. Alex era demasiado inquietante vestido de negro. Se dirigía a la puerta.
— Liv... —Olivia se detuvo al escuchar que pronunciaba en voz muy baja su nombre, y deseó poder mostrarse tan calmada como él. Alex era el usurpador, no ella, y, a pesar de que su presencia era hasta cierto punto justificada, no tenía derecho a tratarla de forma tan escandalosa.
—¿Dime? —preguntó al ver que él se acercaba con cierta timidez frotándose la nuca. El movimiento levantó la camisa y descubrió una franja de musculosa piel. Eso tuvo un efecto hipnótico en Olivia. Para no ceder al deseo de colocar la camisa en su lugar, se llevó las manos a la espalda.
—Acompáñame esta tarde cuando vaya a buscar a Lilian —la invitó, de pie frente a ella—. ¡Ven conmigo!
—¿Ir contigo? —preguntó tensa— . ¿A recoger a tu amiguita? ¿Por qué he de hacerlo?
—Porque así lo deseo —respondió con suavidad y bajó la mano de la nuca para llevarla a la mejilla de Olivia. El contacto fue cálido, pero húmedo; claro, tenía el cabello mojado por la ducha. Fue un contacto íntimo el de transferirle la humedad de su cabello y Olivia se estremeció.
— Alex... —protestó, incapaz de moverse o rechazarlo.
—Liv —murmuró con sensualidad, y sin pensarlo, deslizó la mano a la cintura de la joven para acercarla a su cuerpo—. Ahora me doy cuenta de cómo fue posible que Henry se dejara engañar. A pesar de saber lo que eres, no puedo evitar desearte.¿No te parece una ironía?

Olivia no lo rechazó, y a pesar del furioso grito de su conciencia, permitió que la besara en la boca y se la entreabriera. Sin darse cuenta le rodeó el cuello, hundió los dedos en el húmedo cabello y se arqueó contra él sintiendo una pasión desconocida.
— Liv —gimió, protestando al comprender que ella le invitaba a proseguir. La tomó del cabello para acercarla aún más—. Ay, Liv — volvió a gemir antes de acercar el rostro a la cálida piel del cuello de Olivia con ternura. Levantó la cabeza para observarla—. Liv —alzó una mano para apartarle un mechón de la frente—. ¿Por qué me siento culpable cuando sé que tú lo pides?
—¿Qué pido? —dijo inquieta.
—¿En este momento? —torció los labios—. Me pides a mí. Me deseas. ¡Cosa muy desagradable si tenemos en cuenta que tu esposo murió hace apenas dos semanas!
Olivia se alejó, no deseaba defender la realidad de su matrimonio; decidió que no tenía motivos para revelarle su alma. Alex le echaba el anzuelo y no debía olvidarlo para no perder la poca dignidad que le quedaba.
—También era tu padre —le recordó, alisándose el cabello—. No me utilices para calmar tu conciencia. ¿No puedes esperar hasta que llegue miss Eve? ¡Por lo visto no es tan selecta!
La mirada de Alex la humilló y Olivia se volvió. ¿Por qué la obligaba a decir tales cosas? Nunca antes se había comportado así.
Con él, siempre existía conflicto y ambos lo sabían. No dejaban de estar en pugna al encontrarse cerca.
De pronto, la puerta se abrió y Olivia se sobresaltó. Era la doncella que iba a recoger los platos. ¡Si alguien los hubiese visto, el chisme habría corrido como un reguero de pólvora! Ante aquella idea se sintió mal. Sin atreverse a mirar a Alex de frente, se dirigió a la puerta.
— No se te olvide que saldremos esta tarde —el comentario burlón de Alex la detuvo.
—¿Salir? —repitió, mirando nerviosa a la doncella.
— Sí, para ir al hotel a buscar a miss Eve —dijo con toda intención—. ¿Lo habías olvidado? Saldremos a eso de las dos.
Olivia se sintió desvalida. ¿Qué podía decir? ¿Qué pretexto inventar cuando los oídos de Julie estarían alertas a cualquier matiz de su voz? En vez de discutir, se detuvo en el umbral.
— Hablaré con la señora Winters —aseguró sin declarar si aceptaba o rechazaba la invitación. Alex se limitó a inclinar la cabeza.
El ama de llaves no se inmutó al enterarse de que tendrían dos invitados en casa.
— Le vendrá muy bien, señora Gantry —comentó—Necesita compañía, sobre todo la de gente joven. Cualquier amistad del señor

Alex debe ser joven, ¿no le parece?
— Sí —Olivia se mostró entusiasmada y la señora Winters chasqueó la lengua.
—¿Qué pasa, señora Gantry? ¿Sigue sintiéndose mal? —suspiró—. De no estar aquí el joven Alex, le aconsejaría que tomara unas merecidas vacaciones en algún sitio cálido y soleado. Quizá en las Antillas.
— O en África —añadió Alex a sus espaldas. Olivia se volvió para observar a su verdugo, apoyado indolentemente en la puerta de la cocina—. Te gustaría ir a Tsaba, Liv, allá no falta el sol.
— Ya lo ve —aseguró la señora Winters complacida—. Quizá el señor Alex la lleve a África. ¿Dónde dijo que vivía, en Gstaad?
— No, eso está en Suiza —corrigió Alex — . Es Gstango, a unos setenta y cinco kilómetros de la capital.
— No deseo ir a África, gracias —replicó Olivia con severidad—. Señora Winters, le encargo los arreglos para las visitas del señor Gantry. Tengo un leve dolor de cabeza, voy a subir a mi habitación un rato.
— ¡Ay, Dios! —exclamó preocupada el ama de llaves—. ¿Puedo ayudarla en algo?
—No, muchas gracias —Olivia fue a la puerta y, después de titubear, Alex se apartó para dejarla pasar. Sin embargo, notó la cercanía de su cuerpo, que casi rozó y del aroma masculino que se percibía.
A pesar de que el dolor se intensificó al llegar a su habitación, Olivia no se acostó. Estaba demasiado nerviosa para descansar; demasiado sobreexcitada física y emocionalmente para quedarse quieta. Desesperada, se paseó por la mullida alfombra.
Era indispensable llegar a alguna decisión sobre el futuro. ¿Qué haría si Alex se convertía en el presidente de la corporación Gantry? No podría seguir viviendo en la misma casa con él, eso era seguro. ¿Qué haría él cuando se enterara de la sugerencia de ella? ¿Disminuiría la hostilidad entre ellos? ¿Deseaba que así fuera? Sabía que una relación prolongada con Alex Gantry sólo podía llegar a una conclusión... Se acercó a la ventana inquieta, se aferró a la cortina y contempló la fuente cuyas aguas ondeaban tranquilas en el patio. Era una fresca mañana y el sol intentaba alejar las plomizas nubes que se cernían sobre la ciudad; de estar Henry con vida, habría ido a pasear a lo largo del río, a chapotear por los húmedos prados y a observar cómo construían los pajaritos sus nidos. Pero el río ya no era el mismo, llevaba la tristeza de la muerte de la madre de Alex. Todos los planes que había forjado tan ingenuamente de vender el imperio de Henry para donar el dinero a obras de caridad, le parecían tan vanos como sus sentimientos por Alex.
Suspiró.¡Si tuviese a quién confiarle sus sentimientos más íntimos! Todo parecía confabulado en contra de ella; desde el cuidadoso plan

de Henry sobre el futuro de la corporación, hasta la relación que mantuvo su madre con el padre de Alex. ¿Llegó a conocer su madre la tragedia de la primera señora Gantry? ¿Se habría enterado de que su trivial aventura sentimental había provocado la muerte de dos personas y no de una? ¿Cómo podía ella, Olivia, castigar al hijo de Henry por algo que pagó con lágrimas de sangre? No, sólo le quedaba hacer una cosa y era devolverle a Alex lo que por derecho era suyo y luego desaparecer de su vida.
La comida se servía a la una y al bajar se sintió mejor preparada para enfrentarse con el problema. Había tomado dos aspirinas, se había puesto un ceñido vestido claro de amplias mangas, recogidas en el puño. Se recogió el pelo en un moño; la severidad del peinado le suavizó las facciones. No se daba cuenta de que parecía más hermosa, aunque sí sabía que aparentaba calma. Al ver que Alex la esperaba, el pulso se le aceleró.
También él se había cambiado de ropa, ahora llevaba un traje claro, que acentuaba la palidez de su cabello. El elegante corte del traje acentuaba la esbeltez de su cuerpo.
Mientras Julie les sirvió la comida, la conversación se limitó a asuntos impersonales, pero los ojos de Alex enviaban un mensaje inequívoco. La despojaron de la serenidad que luchaba por conservar, destruyendo la coraza con que se protegía. Bastó que la mirara para que dudara de las barreras que los separaban. Haciendo un extremo esfuerzo y despreciando su debilidad, logró sobreponerse.
—He llamado a Lilian —comentó Alex desdoblando su servilleta, al ver que Julie abandonaba el comedor.
—¿Y? —se encogió de hombros. —Está ansiosa de conocerte.
— Bromeas —suspiró.
—¿No crees que sea posible? Quizá te sea simpática. ¿No has pensado que podría suceder así?
—El que me sea simpática no tiene importancia —declaró levantando la cuchara para probar la sopa de verduras que Julie había colocado frente a ella.
— ¡Liv! —exclamó con impaciencia—. Al menos concédele el beneficio de la duda, Es una chica decente.
—Ésa es tu opinión.
—Por supuesto —Olivia no contestó y comieron en silencio. Después de que Julie se llevó los platos soperos y sirvió la carne, Alex habló de nuevo.
—¿Para qué fuiste a visitar a Adam Cosgrove ayer? ¿Qué deseaba?
— ¡Eres muy atrevido!
— No, es simple interés — la desafió con la mirada—. ¿Te habló de mí?
—Me... contó cómo murió tu madre —declaró con cierta indecisión—

— Yo no lo sabía.
—Comprendo. ¿Cuál fue tu reacción?
— Como es lógico, la noticia me impresionó —movió los hombros— . Ahora comprendo tu amargura.
—¿No te parece que es demasiado tarde para eso?
— No necesariamente —levantó la cabeza.
—¿Significa que piensas devolverme la herencia en bandeja?
— No puedo hacerlo.
— Supongo que tienes razón —comentó con pena y Olivia se sintió humillada por el tono.
— Eso no significa que no desee hacerlo —declaró sin pensarlo e ignorando el consejo de Adam—. No deseo el dinero de Henry, nunca lo deseé.
—Entonces, ¿por qué te casaste con él? —preguntó con desprecio.
Olivia abrió la boca, pero la cerró. ¿Cómo podía decírselo? ¿Cómo explicar el motivo que la impulsó? ¡Sobre todo, sabiendo que la relación que tuvieron su madre y Henry fue el único motivo por el cual había heredado ella y no Alex!
—¿Y bien? —insistió Alex—. No es la primera vez que te lo pregunto. No se llega al matrimonio sin motivos y no puedo creer tu afirmación de que odiabas a mi padre.
— No tengo por qué contestarte —replicó furiosa—. Tu padre me propuso matrimonio y yo acepté. Piensa lo que quieras.
— Si no deseabas su dinero y lo odiabas... —apoyó el mentón sobre una mano y movió la cabeza—. Debiste querer algo, ¿qué fue... venganza?
Con una sombría decisión, Olivia le miró cara a cara. Si ella se mostraba indecisa, él sabría que estaba sobre la pista correcta y no se conformaría hasta llegar al meollo del asunto.
—Te dejas llevar por la imaginación. Termina de comer. No creo que desees hacer esperar a miss Eve.
— Es cierto, no queremos eso, ¿verdad? —Olivia decidió que sería más fácil no discutir. Después de tomar el café, Alex se puso en pie—. ¿Estás lista? —preguntó y se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.
—¿Me preguntas si estoy lista? —levantó la cabeza y Alex suspiró.
—¿Prefieres que nos pasemos la tarde hablando sobre tus razones para haberte casado con mi padre?
—¿Me amenazas? —se clavó las uñas en sus palmas.
—No, es una promesa —respondió indiferente—. Tranquila, Liv. No divulgaré tus mezquinas razones. Si te justifican, no veo motivo para destruirlas. Además —le observó los senos con insolencia—. ¡No dudo de que pagaste caro el privilegio de convertirte en la esposa de Henry Gantry!

— Eres...—se puso en pie.
—...¡despreciable! —se encogió de hombros—. Lo sé, me lo has dicho varias veces. Ahora, sé buena chica y ve por tu abrigo, te espero en el vestíbulo.
Olivia salió de la habitación, decidida a no obedecer. Pero algo, algún designio fatal, la hizo volverse. Alex estaba en pie en el sitio en que lo dejó y miraba tristemente por la ventana. En ese momento, se pasaba las manos por la cabeza para recogerse el cabello en la nuca. Parecía derrotado. Olivia sintió el impulso de consolarlo. Pero, pensándolo bien, Alex Gantry no necesitaba su simpatía. Subió la escalera y cuando Mary le entregó el chaquetón de piel, se lo colocó sobre los hombros y se reprochó haber cedido a la debilidad de acompañarlo.
El Maserati los esperaba en la puerta. Alex no se puso abrigo y Olivia, notando el frío, sugirió que la camisa y la chaqueta, abiertas en el cuello, no lo abrigarían suficiente.
— El coche tiene calefacción —comentó colocando la mano en el codo de Olivia para conducirla al coche —. Pero me enternece tu preocupación.
—No deseo otro enfermo en casa —replicó, pero la complaciente sonrisa demostró que Alex no la creyó.
La calefacción del Maserati no tardó en funcionar y Olivia se acomodó después de que el guardia de seguridad cerrara la verja cuando salieron.
—¡Qué castillo! —exclamó Alex al volver la cabeza sobre su hombro —. ¡Ni el banco de Londres está mejor protegido!
—No te fue difícil escalar las paredes —replicó y Alex sonrió.
—¿No sería porque conozco el santo y seña? —sugirió y Olivia le echó una ojeada.
—¿Vivías aquí?
—¿Tu pregunta es en serio? —entornó los párpados.
— No —movió la cabeza y miró a través de la ventanilla—. ¿A dónde vamos?
—AChalcott.
—¿Chalcott? —se le quedó mirando—. ¿Quieres decir que esa chica ha estado en Chalcott desde que llegaste?
—No, desde que ella llegó a Inglaterra, hace dos semanas, estuvo en casa de unos amigos en Londres.
—¿Y el niño?
—¿Qué niño?
—¡Su hijo, por supuesto!
— Ah, sí —se encogió de hombros—. También él. —¿Regresó ella contigo de África? —frunció el ceño
— No, pero vivía en África. —¿En Tsaba?
—Sí.

—¿En ese lugar que mencionaste... en Gstango? —Alex asintió.
—Es enfermera y trabajaba en el hospital de la localidad.
—¿Es inglesa?
—No, sudafricana —respondió—. ¿Qué es ésto, un interrogatorio?Creí que no te interesaba.
—Si va a quedarse en casa, creo que debo saber algunos antecedentes —exclamó a la defensiva.
—Los conocerás. Ya llegamos. ¿Quieres entrar conmigo o prefieres esperar en el coche...?
— Yo... esperaré.
— Está bien.
Alex saltó del coche y Olivia le observó hasta que entró en el hotel. Se movía con una gracia felina. Olivia pensó en Henry, envejecido prematuramente por la constante lucha para aumentar su fortuna, una fortuna que no pudo gastar en vida, y que le impidió tener buenos amigos. Si Alex hubiese sido más comprensivo y Henry lo hubiese perdonado... pero no podía condenar a ninguno de los dos porque ella también tenía mucho que reprocharse.
Un movimiento cerca de la entrada del hotel le llamó la atención y, al fijar los ojos, vio al chiquitín con su madre que había visto en el parque la tarde anterior. Reconoció el traje del pequeño y el cabello castaño de la joven mujer. Estaba a punto de sonreírles cuando Alex salió del hotel con una maleta en cada mano. Alex le hablaba a la mujer con la confianza que se adquiere después de una larga relación.
¡Dios mío! pensó Olivia, y se volvió en el asiento porque se sintió mal. ¡Por algo le pareció que la criatura se parecía a Alex! ¡Era suyo era su hijo! Y la mujer, Lilian Eve, no era su amiguita ni su amante ¡era su esposa!
¡No! No podía ser, a menos de que Alex le hubiese mentido. Insistió en que no estaba casada. Entonces, ¿quién era ella, su esposa por derecho legítimo? ¿Existían tales cosas en Sudáfrica? Quizá sólo vivían juntos.
Guando Alex abrió la puerta del coche, Olivia estaba bastante agitada. Alex levantó al pequeño y lo sentó en el asiento de atrás.
— Aquí estamos —anunció sin que fuera necesario y empujó a la mujer hacia adelante—. Permite que te presente, Liv, ésta es Lilian: Lilian, la señora Gantry, lá viuda de Henry Gantry. Lamento que te hayamos hecho esperar.

CAPÍTULO 8

OLIVIA movió la cabeza con un gesto negativo, pero Lilian Eve no tuvo los mismos recelos.
—Encantada de conocerla, señora Gantry —murmuró al estrechar la

mano de Olivia mientras subía al coche, al lado de su hijo—. Éste es Sacha. Sacha, saluda a la señora. Es un chiquillo travieso — agregó a modo de disculpa—. Trataré de que no moleste.
—Yo... no es necesario —Olivia hizo un esfuerzo para mostrarse cortés. No podía descargar su resentimiento en el niño—. Hola, Sacha, ¿cuántos años tienes?
—Casi dos —respondió Alex, sentándose al volante. Miró con arrogancia a Olivia—. ¿No te parece que es un niño precioso? Tal como ha dicho Lilian, es bastante travieso.
—Debes saberlo—murmuró entre dientes.
—¿Eso crees? —torció la boca.
— Se parece a ti —prosiguió Olivia en voz baja.
—No me digas —Alex volvió la cabeza—. Lo tomaré como un cumplido, aunque no lo has dicho con esa intención.
—¿Por qué no me lo dijiste? —exigió mientras Lilian le enseñaba a Sacha unos jinetes.
—¿Decir qué? —preguntó—. No creí que te interesara el físico del niño.
— No cambies el sentido de mis palabras. ¡No comprendo porqué tuviste que mentir al respecto!
—No te mentí acerca de Sacha —repuso a secas y echó un vistazo al asiento de atrás—. Te gustará quedarte en casa de la señora Gantry, Sacha. Tienes mucho sitio para que juegues.
La señora Winters los esperaba. Se mostró encantada al ver al pequeño.
— ¡Parece la imagen del joven Alex cuando tenía esa edad! —anunció, sin darse cuenta del efecto de sus palabras—. Ven conmigo, Sacha, te daré unas galletas y un vaso de leche — Lilian miró a Alex y éste asintió.
— Permite que vaya con la señora Winters. Lo cuidará mientras tomamos el té con la señora Gantry.
Olivia no pudo eludir el recordatorio de sus deberes de anfitriona y, después de darle instrucciones al ama de llaves, mostró el camino a la salita.
—¿Quiere sentarse, señora... miss Eve? —sugirió, indicando uno de los mullidos sofás de terciopelo que estaban junto a la chimenea. Aunque la habitación era pequeña, comparada con las demás, no dejaba de ser bastante espaciosa.
Lilian se sentó en el sofá indicado, pero Alex prefirió sentarse al lado de Olivia, con las piernas extendidas y muy cerca de ella. Resultaba bastante penoso, sobre todo porque Lilian observaba cada movimiento que hacía. Se preguntó si no sería una acción premeditada para darle a entender a la otra que él no pensaba casarse con ella.
—Tiene una casa muy hermosa, señora Gantry —comentó Lilian

mientras Olivia se acostumbraba a la idea de la proximidad de Alex —. Y ésta es una habitación agradable. ¡Qué vista tan maravillosa!
— Si tenemos mucha suerte —hizo una pausa—. Tengo entendido que usted nació en Sudáfrica.
— Sí, nací en Cape Town, allí estudié para enfermera, pero al acabar mis estudios, salí de mi patria. Fui a Zambia y luego a Tsaba.
— Y allí… conoció a mi… hijastro —miró a Alex.
—Sí.
Lilian parecía inquieta y mientras con los ojos recorría la habitación, Olivia intercambiaba miradas con el hombre sentado a su lado. Alex no parecía turbado y el brazo que tenía sobre el respaldo, a espaldas de Olivia, estaba demasiado cerca para que ella se sintiese cómoda.
—¿Ha estado antes en Inglaterra, miss Eve? —preguntó, no se atrevía a hacer preguntas sobre Sacha.
— No —respondió, tranquilizada por la pregunta—. Es la primera vez y me gusta. Es un mundo civilizado.
— Eso parece —comentó Alex y Olivia tuvo un repentino impulso de desenmascarar su juego. Pero si lo hacía, expondría a Lilian, y le tenía simpatía.
La señora Winters trajo el carrito de té y rió cuando Alex le preguntó por Sacha.
— No lo creerá, pero ha logrado que el señor Murdoch juegue con él. Le he dejado al niño montado en los hombros de Murdoch corriendo alrededor de la cocina —declaró y sonrió al ver el sorprendido rostro de Olivia—. Tampoco yo lo podía creer, señora Gantry. Nunca pensé que se olvidaría de la dignidad.
— Espero que no les moleste —murmuró Lilian preocupada y la señora Winters movió la cabeza.
— ¡ Por Dios, no! Todos estamos encantados de tener a un pequeño en casa. Cuando su padre se casó con la señorita Olivia, señor Alex, pensamos… espero no estar hablando más de la cuenta… bueno, pensamos que pronto habría otro niño. Por supuesto, eso no llegó a suceder y, dadas las circunstancias, quizá fue lo mejor. Ahora, el pequeño Sacha nos rejuvenece y nos recuerda al joven Alex cuando era un pequeñín —miró a Olivia disculpándose con la mirada.
Lilian se volvió hacia Olivia y ésta adivinó que la otra esperaba ver su reacción. Olivia no sabía qué sentimiento era más fuerte en ella, la vergüenza o la compasión. Jamás imaginó que la señora Winters, y los demás miembros del personal esperaran que Henry y ella tuvieran hijos. La relación que mantuvieron fue muy diferente de lo que todos imaginaron y nunca se habló de hijos. En cuanto a Lilian, seguramente vivía en un temor constante de que descubrieran su relación con Alex. ¿Por qué no se habían casado? Saltaba a la vista que él sentía cariño por el niño porque de lo contrario, no habría sugerido que lo trajesen

a Inglaterra. ¿Qué planeaba hacer, quitarle el niño a la madre o utilizarlo en su favor para reclamar la fortuna Gantry?
—¿Cuando terminen de tomar el té, puedo mostrarle a miss Eve dónde se alojarán ella y el niño, señora Gantry? —antes de que Olivia respondiera, Alex intervino.
—No, señora Winters, yo me encargaré de eso —aseguró con aplomo —. Podrían instalarse en las habitaciones que tienen vista a la piscina, ¿no le parece?
— Muy bien, ¿le parece conveniente, señora Gantry? —preguntó—. ¿Les falta algo?
— No, gracias, señora Winters —Olivia intentó sonreír para mostrar que no estaba disgustada por la sugerencia—. Todos nos beneficiaremos con la presencia de Sacha.
—Así será, señora Gantry —el ama de llaves pareció tranquilizarse.
Olivia sirvió el té bastante tensa, Alex también se inclinó en el sofá y le rozó la pierna.
—¿Leche y azúcar, miss Eve? —preguntó mientras el aliento de Alex le acariciaba la mejilla. Lilian tomó su taza con un gesto encantador.
—Gracias —murmuró al aceptar un canapé de salmón ahumado—. ¡Humm, qué delicia! ¡El salmón ahumado es una de mis comidas preferidas!
La sonrisa de Olivia fue forzada, sobre todo cuando Alex le rozó los dedos al entregarle su taza. ¿Cuáles eran sus intenciones?, se preguntó mirándole indignada e indefensa; pero la expresión burlona de Alex no cambió.
—Tienes un mechón descolocado... aquí —murmuró tocándole el cuello más tiempo del necesario para acomodárselo—. Hueles muy bien —le susurró al oído, Olivia se ruborizó.
Lilian no parecía perturbada por lo que veía y Olivia no sabía qué pensar. El niño era el nieto de Henry, ¡tenía que serlo! Sin embargo, Lilian se mostraba indiferente al comportamiento de Alex. ¿Estaría Alex utilizándola a ella para darle celos a Lilian?
— Vamos, Lilian —anunció Alex y le tendió la mano para ayudarla a levantarse del sofá—. ¡Es hora de que Cenicienta vea el resto del palacio!
— ¡Ay, León! —exclamó y se soltó tan pronto estuvo en pie para darle un leve golpe en el brazo. Al darse cuenta del nombre que había pronunciado, se ruborizó y dirigió los ojos hacia Olivia—. Yo... siempre llamo a Alex... León —explicó con timidez—. Es el nombre que le he puesto.
—Por mí no se preocupe, también yo le he puesto algunos nombres en privado —esbozó una sonrisa.
—Lo mismo digo yo —intercaló Alex con indolencia—. Vamos, Lilian, permite que te muestre cómo vive la otra mitad.

Olivia no los volvió a ver hasta poco antes de la cena. Después de que Julie recogió el servicio, pensó que era demasiado tarde para el paseo que le hubiese gustado dar para despejar la mente. Se dirigió al estudio de Henry para ponerse al corriente en su correspondencia, que tenía atrasada a causa de su enfermedad. En calidad de esposa de Henry Gantry, se esperaba que contribuyera a diferentes obras de caridad; además, tenía algunos asuntos pendientes con respecto a la herencia, que tendría que tratar con Francis cuando le viera.
Al recordar a Francis se preguntó qué pensaría él de su consentimiento para que Alex trajese a otra mujer a casa y en el momento en que viese el parecido de Sacha con Alex.
«Sacha», pensó, frunciendo el ceño. Era un extraño nombre, pero recordó que, a menudo, se usaba como diminutivo de Alexander. ¡Otra prueba más de la identidad del pequeño!
La cena no fue fácil. Lilian se mostró nerviosa y a Olivia le fue difícil evitar tocar temas conflictivos. Alex no contribuyó mucho a la conversación y, aunque sus ojos desafiaban a Olivia cuando la miraba, parecía estar satisfecho de mantenerse callado y no crear conflictos.
Al terminar, Lilian se disculpó porque quería ir a ver si Sacha estaba dormido. De no haber sido porque Alex detuvo a Olivia en la puerta, habría salido detrás de la otra.
—No te vayas, quiero hablar contigo. ¿Vamos al estudio? Allí no nos interrumpirán.
—¿Por qué no vas a hablar con tu hijo? —Olivia se irguió—. ¿No es el que más merece tu tiempo? ¿Y la madre de la criatura? No dudo de que ella apreciará mejor que yo tus atenciones.
—Lo dudo —replicó con brusquedad sin soltarle la muñeca—. Déjate de juegos y vamos al estudio. No quiero tener que arrastrarte, daría lugar a comentarios.
—Dime aquí de qué se trata. ¡No puede ser muy importante!
—Te equivocas, lo es —sonrió al ver que la doncella llegaba para recoger la mesa—. ¿Dónde dijiste que estaban esos papeles, Liv, en el estudio? —ella tuvo que acompañarlo pero evitó mirarle.
Permaneció quieta, esperando que diera la pauta y se molestó cuando él dio la vuelta al escritorio y se sentó en la silla de Henry.
—Esto resulta muy agradable —comentó colocando los pies sobre el escritorio—. Pero, por favor, siéntate, me pones nervioso.
—¡Dudo de que algo te ponga nervioso! —replicó enfadada—. Tienes la desagradable habilidad de decir siempre lo equivocado. No me imagino qué quieres decirme con tanto secreto, pero procura acabar pronto, por favor.
El rostro de Alex se puso serio y bajó los pies del escritorio.
— Muy bien, señora Gantry. ¿Te casaste con Henry porque sospechabas que eras su hija?

— ¡Su hija! —apenas podía pronunciar las palabras.
—Eso he dicho —aseguró Alex—. ¿Sabías que también él lo sospechaba?
— ¡No! No, ¿qué dices? Henry no era mi padre. Mi padre murió hace casi veinte años. ¡Dios mío! ¿Cómo se te ha ocurrido tal cosa? No sé de dónde has sacado eso...
— Me lo dijo una mujer apellidada Stone, Drusilla Stone. ¿La conoces? Olivia se apoyó en una silla y se desplomó en ella. —¿La señora Stone? —repitió—. Sí, sí la conozco, era amiga de Henry.
— Muy cercana, según me informó —agregó Alex.
— Era su amante —prosiguió Olivia, demasiado atontada para cuidar las palabras. Pero la horrible declaración de Alex hacía estragos en ella.
— Lamento que hayas tenido que saberlo de esta forma —comentó al ver que Olivia intentaba recobrar la compostura—. Pero me pediste que no me anduviera con rodeos.
— ¡Cómo te alegras! —le acusó temblorosa—. ¡Dios mío! ¡Cuan bajo puede llegar la gente en su afán por el lucro! Yo no deseaba el dinero de tu padre, ya te lo dije. Y si Drusilla Stone cree que puede insinuar esas mentiras...
—No creo que haya sido una mentira —la interrumpió—. Está segura ya que Henry lo sospechaba.
—¿Qué estás diciendo? —le miró aterrorizada.
— Repito lo que ella me dijo.
— ¡ Drusilla Stone me odia!
— Aceptémoslo, ¡no tiene motivos para quererte! —exclamó impaciente— . Tú la privaste de su más valioso cliente.
— ¡Eres repugnante!
— No, soy práctico. ¡Vamos, Liv, sabes lo que Drusilla Stone fue, lo que es! Desea herirte, pero comprende que no tendría objeto urdir una mentira.
—¿Te habló sobre mi madre y... tu padre?
— Sí, me dijo que tu madre fue la otra mujer —las facciones de Olivia parecían petrificadas.
— La... la mujer que fue culpable del suicidio de tu madre —murmuró con amargura.
— No necesariamente —Alex descartó la idea con un gesto de mano —. Seamos francos, es posible que tu madre no haya sido la única mujer en la vida de Henry.
— No me trates con condescendencia —repuso Olivia con frialdad— . Debes saber que fueron amantes. ¿No fue por eso por lo que sugeriste lo anterior?
— Liv, sólo quería conocer tu posición y saber que te casaste pensando que era la única manera de asegurar tu herencia.

— ¡No haría tal cosa! —exclamó escandalizada.
— No —Alex empujó la silla y se puso en pie — . No, comienzo a creer que no serías capaz. ¿A dónde nos lleva eso?
— Estamos igual que antes, en ningún sitio —Olivia estaba demasiado ofuscada para escuchar razones—. Espero que estés satisfecho. Has logrado destruir cualquier vestigio de decencia que me quedara. No quería casarme con tu padre, lo hice porque era la última voluntad de mi madre en su lecho de muerte. Pero Drusilla tenía razón en una cosa: ¡de mi ferviente deseo de no haber conocido a ningún Gantry en mi vida!
— ¡Liv! —se acercó a ella, entre impaciente y persuasivo, pero Olivia no se quedó para escuchar lo que seguramente quería agregar. Sollozando, giró sobre sus talones y corrió a la puerta. Seguía escuchando el fuerte portazo cuando subía la escalera para ir a encerrarse en su habitación.
Después de echar la llave, se dejó caer en la cama y lloró amargamente. La posibilidad de que Alex estuviese en lo cierto era horrible y sabía que, tarde o temprano, tendría que pensar en ese nuevo aspecto del problema. Henry no pudo creer que ella fuera su hija, ¿o tal vez sí? No era cierto, no podía serlo. Su padre fue Andrew Powell, que a su vez fue hijo de Andrew Powell, fundador de Powell Pharmaceuticals. Ella nació en Croydon, en la calle Hargrave, en la casa que ocuparon sus padres hasta la muerte del señor Powell, acaecida en 1959. Ella nunca tuvo tratos con Henry Gantry, ni sabía que existía hasta que cumplió dieciséis años, cuando su madre le contó la sórdida historia. Nada de lo que había dicho Alex era lógico. Además, era demasiada coincidencia. ¿Por qué esperó Henry tanto tiempo para regresar al lado de su madre? Y si sospechó que existía ese parentesco, seguramente había otras formas de aceptarla como hija.
¿Las habría en realidad? Sentada, mirándose fijamente en el espejo, tuvo que admitir que al casarse con ella había asegurado su futuro con mucha efectividad. Después de todo, Henry no tenía mucho tiempo; sabía que pronto moriría y el esfuerzo de presentarse ante la ley para probar el parentesco habría llevado demasiado tiempo. Olivia sabía que era un hombre enfermo cuando se casó con él. Desde el principio de su matrimonio, tuvo que cuidarse día a día, hecho que le fue odioso.
Nunca se acercaron sentimentalmente, lo que seguramente hubiesen hecho de haberle dicho que era su hija. Al contrario, en ciertos aspectos, permanecieron ajenos hasta el final. Quizá fue culpa de ella, quizá fue debido a que ella no le perdonó el trato que dio a quien creyó que era su padre y no permitió ningún acercamiento; aunque en público siempre aparecieron unidos, en privado llevaban vidas

separadas.
Cansada, suspiró y se levantó de la cama para acercarse al espejo. La imagen reflejada le mostró un rostro pálido y ojeroso y la huella de sus lágrimas la hacía parecer más demacrada. ¡Dios mío! gimió, ¡no tengo ningún parecido con Henry Gantry! Ella y Alex no podían, no debían ser hermanos. ¡Todo era una pesadilla!
Un golpe en la puerta la hizo comprender que era temprano, apenas pasaban de las nueve. Quizá era Mary, pensó al alejarse del espejo. En ese momento, no podía verla.
—¿Quién es? —preguntó con voz temblorosa, y al escuchar la voz grave de Alex, entrelazó las manos.
— Soy yo, Liv, abre la puerta. No hemos terminado de hablar.
— ¡Vete! —permaneció quieta como una estatua, con una actitud de repulsión.
—Liv...
— ¡ He dicho que te vayas! —repitió, ronca—. Por favor, déjame en paz.
— ¡ Por Dios! —gritó con violencia y Olivia vio que el picaporte de la puerta se movía—. ¡Vamos, Liv, abre la puerta! ¿Prefieres que la tire?
—No lo harás —Olivia corrió a la puerta y se apoyó en ella, como si su escaso peso pudiera impedir lo que no podían las llaves y las cerraduras—. Alex, no provoques una escena, por favor. Hablaremos por la mañana.
—Esta noche —movió de nuevo el picaporte—. Liv, no servirá de nada que trates de posponer el asunto. Debemos aclarar las cosas.
—¡No tenemos nada que tratar! —Olivia estaba al borde de la histeria —. ¡Vete, Alex, regresa con tu familia! ¡Déjame en paz!
Pasaron unos quince minutos hasta que Olivia creyó estar segura de que Alex se había ido. Abandonó la puerta a regañadientes como si temiera que al hacerlo descuidara sus defensas. Nada sucedió. No se escuchó ningún ruido al otro lado de la habitación.Desesperada, se preparó para meterse en la cama. Sonó el teléfono, pero no lo contestó. Alex era capaz de comunicarse con ella por ese medio habiéndole fallado la otra tentativa. Volvieron a llamar a la puerta y Olivia, instintivamente se estremeció.
—¿Sí? —dijo al darse cuenta de que podría tratarse de algún sirviente.
—Es el señor Kennedy, señora Gantry —respondió Mary Parrish—. Quiere hablar con usted, ¿le paso la llamada?
—¿Francis? —Olivia estaba sorprendida—. Sí, hablaré con él, Mary, contestaré aquí.
—Muy bien, señora —momentos después Olivia levantó el auricular y escuchó la tranquilizadora voz de Francis.
—¿Señora Gantry? —hizo una pausa para permitir que Olivia contestara—. Espero que no sea demasiado tarde para llamarla. —Por

supuesto que no, Francis. ¿Es urgente?
— Bueno, creo que para usted lo será —parecía preocupado—. Esta tarde han visto a su... hijastro tomando una copa con la señora Stone.
«¡Cómo corren los chismes en una ciudad pequeña!», pensó Olivia nerviosa y temerosa de lo que seguiría. Al darse cuenta de que Francis esperaba su respuesta, decidió ser franca.
— Lo sé —declaró y sin duda sorprendió a Francis — . Alex me lo dijo.
—¿De veras? —parecía desilusionado por el hecho de que se le hubiesen adelantado—. Entonces, también debe saber que ha estado desenterrando chismes con respecto al pasado de Henry —los dedos de Olivia se crisparon sobre el auricular.
— Supongo que está resentido con su padre por lo que le sucedió a su madre.
—¿Lo sabe usted?
— Adam Cosgrove me lo dijo.
—Comprendo —titubeó—. Bueno, nosotros también estamos haciendo algunas investigaciones y no es muy seguro que Alex sea quien dice ser.
—¿Alex? —Olivia tragó en seco.
— Sí, él mismo.
—Pensé que lo conocía...
— Así es, pero no tenía más de diecisiete años cuando salió de Inglaterra. Un hombre cambia mucho en quince años.
—¿Qué originó la sospecha? —le temblaban las piernas.
—Mi querida señora Gantry, no podemos permitirnos el lujo de cometer equivocaciones. Sobre todo si usted piensa darle el puesto de Henry.
— Supongo que tiene razón —Olivia movió la cabeza—. ¿Cuánto cree que tardarán en obtener la información completa?
— No puedo asegurarlo —su tono parecía pedir disculpas—. Tsaba no está a la vuelta de la esquina.
— No dudo de que tendrá a alguien...
— En efecto, tenemos un agente en Zambia a quien se le encomendó el trabajo, pero a juzgar por la llamada que me hizo esta tarde, diría que no ha tenido el éxito esperado.
—¿A qué se debe? Sólo se trata de hablar con las personas que lo conocen... las que trabajaron con él.
—Tengo la impresión de que no están dispuestos a cooperar.
—¿Porqué?
—Señora Gantry, esas personas son amigos y colegas suyos. No creo que confíen en quien les hace preguntas de índole personal.
—¡Eso es ridículo! —desalentada, Olivia movió la cabeza—. ¿Está seguro de que nuestro agente hace todo lo posible para obtener esa

información?
—¿No tiene confianza en mí, señora Gantry? —parecía herido.
— Por supuesto que sí, pero necesito esa información, quiero saber.
— ¡Todos queremos saberlo!
—Iremos —anunció decidida—. Iremos, usted y yo. Descubriremos si este hombre es Alex Gantry o un impostor.
—¡Está loca!
—¿Porqué?
— Bueno, no puedo abandonar mi trabajo...
—¿No tiene ayudante?
— Sí, pero... señora Gantry, ¿se da cuenta de que es la época de lluvias en Tsaba?
—¿Y qué?
—Señora mía, no existen buenas carreteras allá, al menos no como las que usted conoce. Los caminos están intransitables. ¿Imagina lo que será viajar en esta época?
— Saldremos adelante.
Olivia se negó a dejarse convencer. Por primera vez desde la muerte de Henry sintió que su vida tenía una motivación. Sin importarle lo que dijese Francis, iría a Tsaba. Era lo que necesitaba... actuar. También era lo que deseaba. Era indispensable saber la verdad de una vez por todas. Sin importar cuál era su parentesco, necesitaba averiguar si Alex no mentía acerca de su identidad. De paso, averiguaría si los sentimientos que le profesaba, y que la atormentaban, le eran prohibidos por la ley o por la providencia.

CAPITULO 9

LA MISIÓN de Bakoua era calurosa, más de lo que Olivia había imaginado. No tenía aire acondicionado y al mediodía la temperatura llegó a los cuarenta grados. Hasta el párroco Schmitt y su esposa descansaban después de la comida y sólo la inconmovible decisión de Olivia evitó que se dejara caer rendida sobre la angosta cama de hierro, en donde había dormido la noche anterior. Se sentó en el sofá de la terraza esperando la llegada del jeep que los llevaría a ella y a Francis, a la pequeña comunidad minera de Gstango.
Hacía tres días que estaban en Tsaba. Al principio, cuando aterrizaron en el moderno aeropuerto y recorrieron el camino rumbo a la capital, Ashenghi, Olivia creyó que Francis había exagerado las dificultades, pero después de tardar dos días en recorrer una distancia que en otras condiciones se habría podido salvar en dos horas, cambió de opinión.
El viaje fue incómodo. Lo que supuestamente debían ser caminos, eran senderos embarrados casi imposibles de recorrer. Las constantes picaduras de los mosquitos y el continuo traqueteo del coche, sin

amortiguadores, hicieron el viaje insoportable. Olivia jamás había visto caer tanta agua del cielo y aunque refrescaba, dejaba el ambiente muy húmedo.
Trató de no descorazonarse y descubrió que poseía una inquebrantable fuerza de voluntad. Todo era mejor que permanecer en casa temiendo lo que averiguara o no el enviado de Francis. Estaba allí, mezclada en aquel asunto, y si acaso su decisión de viajar a África fue un error, lo cierto es que ya estaba más cerca de su objetivo.
En los últimos tres días, no tuvo tiempo para pensar en la posible reacción de Alex cuando se enterara de su partida. No lo había vuelto a ver después de la reunión en el estudio de Henry, pero después de lo que Francis le reveló, no dudaba de que tendría muchas ocupaciones.
A la mañana siguiente de la desafortunada escena, abandonó la casa sin poder evitar tener que pasar una incómoda hora con Lilian y el niño antes de que Forsyth la llevara al aeropuerto para reunirse con Francis.
Planearon todo la noche anterior. El vuelo de West African Airlines saldría al mediodía y, muy a su pesar, pero con previsión, Francis había reservado dos asientos en ese avión. En todo el trayecto rumbo a Zurich no cesó de murmurar sobre los certificados médicos y las vacunas contra el cólera y la enfermedad del sueño, pero, como no eran obligatorias, Olivia olvidó el problema. Su interés primordial era llegar a Tsaba antes de que Alex se enterara de sus propósitos e impidiera su partida.
Mientras desayunaba con Lilian y el niño reflexionó sobre su posición en aquella casa. Si hubiese sido la cazafortunas que Alex suponía, la situación habría sido diferente. Como estaban las cosas, sólo podía culparse por haber permitido la presencia de la mujer y su criatura en casa. Estando ellos allí, era indudable que sus derechos eran más importantes que los de ella.
Después de todo, Alex era hijo de Henry, y Sacha, sin duda, era hijo de Alex. Ni siquiera Henry descartó la posibilidad de que eso sucediese, ya que la mencionó en el testamento. Pero Henry no supo que ya tenía un nieto ni que Olivia sería tan tonta como para tenerle simpatía a Alex.
Alguien se movió a su espalda y Olivia volvió la cabeza. Francis apareció rascándose la cabeza. No soportaba el calor y era evidente por su mal aspecto.
—¿Quiere un poco de zumo de naranja? —preguntó Olivia poniéndose en pie—. Francis, está muy pálido, ¿no ha dormido?
—¿Allá dentro? ¿Tiene la menor idea de la temperatura que hay en mi habitación? —gruñó descontento—. ¡Habitación! ¡Más bien debería decir mi celda.
—Siéntese —le sirvió un poco de zumo de naranja en un vaso. El hielo

que contenía se había derretido, pero al menos estaba frío—. Bébaselo, se sentirá mejor.
Francis se sentó y bebió con avidez el líquido. Al observarlo de cerca, Olivia se sintió preocupada por su semblante. No reaccionaba bien a las condiciones del clima y temía que no pudiera recorrer los últimos kilómetros que faltaban para llegar a Gstango.
— ¡Dios, qué sitio! —murmuró Francis dejando el vaso vacío sobre la mesa—. ¿Quién elegiría vivir aquí? ¡Sólo alguien desquiciado!
— En efecto, hace calor —asintió Olivia, abanicándose lánguidamente. Llevaba puestos unos pantalones y una blusa de algodón que tenía pegada por el calor a su cuerpo. Pero, al contario que Francis, aquello no la amilanaba.
— ¡Calor! ¡Parece un horno! —declaró Francis, cansado, e inclinando la cabeza hacia atrás—. El infierno debe ser algo parecido, aunque menos intenso.
— Lo lamento, Francis, no debí traerlo aquí. Es evidente que le es más difícil que a mí soportarlo. Debí venir sola.
—Oiga... —Francis la miró con tristeza—. Sería yo quien debería hacer esas declaraciones, yo ¡el macho! —hizo una mueca—. Vaya hombre que he resultado.
Olivia titubeó antes de colocar sus húmedos dedos sobre la frente de Francis. Tenía fiebre y su sentido de responsabilidad aumentó al darse cuenta de que el hombre estaba enfermo.
—Creo que debería quedarse aquí, Francis —dijo apoyándose en una columna de la terraza—. Sería una locura que se adentrara en la jungla. Tiene fiebre.
— ¡No habla en serio! ¿Cree que permitiría que desapareciera en la jungla con extraños? —alzó las cejas.
—Comprendo cómo se siente y me halaga su preocupación, pero la verdad es que no estoy tan indefensa como parece.
—¿De veras? ¿Quién estuvo a punto de ponerse histérica en el hotel en Ashenghi al ver una araña entre su ropa?
— Eso es diferente —repitió impaciente—. No me gustan las arañas.
—¿Qué le hace pensar que no las encontrará en Gstango? Además de otros miles de insectos repugnantes.
—¡Basta! —se estremeció ante la sola idea—. Me las arreglaré, Francis, de verdad. Y me sentiré mejor si se queda a descansar.
—Olvídelo —también Francis estaba decidido—. Estaré listo cuando llegue el jeep. No la perderé de vista hasta nuestro regreso a Inglaterra.
En ese momento se escuchó el inconfundible ruido de un coche que se acercaba. Era difícil ver algo a través de la tupida masa de árboles que formaban una barrera alrededor del pequeño poblado. No tardó en aparecer el jeep, que levantó una nube de polvo al detenerse frente a

la misión. Era un vehículo sin techo y Olivia se alegró de que el sol comenzara su descenso. Al menos no tendría que soportar aquel terrible calor, aunque los mosquitos estarían más activos.
El párroco alemán y su esposa salieron a despedirse de ellos. Herr Schmitt había vivido en África casi toda su vida y le era imposible imaginar otra existencia. No hablaron mucho, a causa del obstáculo que suponía la lengua, pero la noche anterior, cenando, pudieron hacerle comprender que estaban preguntando por un hombre llamado Alex Gantry que vivió algunos años en Gstango. Por la mañana, mandaron un mensaje a la policía de Gstango comunicándoles que necesitaban cierta información y esa misma tarde les informaron de que les enviarían medios de transporte para llevar a la señora Gantry y a su acompañante a la pequeña población minera, a unos veintidós kilómetros al norte de Bakoua.
Recordando que Alex le había dicho que Gstango quedaba a sólo setenta y cinco kilómetros de la capital, Olivia no pudo dejar de pensar que se habían equivocado de camino. Habían recorrido más de trescientos kilómetros... ¿o habrían sido imaginaciones suyas?
—¿Señora Gantry? —el conductor africano del jeep había subido los escalones y se dirigía a Olivia, de pie en la terraza.
— Sí —asintió.
—El inspector Roche me ha enviado para que los lleve a Gstango, señora. Soy el sargento Kasaba, a sus órdenes.
—Mucho gusto —Olivia sonrió tranquilizada al notar que el inglés del hombre era casi perfecto—. Le presento a... mi amigo, el señor Francis Kennedy. Estamos listos para partir cuando lo desee.
El sargento inclinó la cabeza y, después de intercambiar unas palabras con los Schmitt, llevó las mochilas al vehículo. Habían dejado casi todo el equipaje en el hotel de Ashenghi, así se lo aconsejaron, ya que las maletas serían un estorbo en la jungla.
Francis ofreció sentarse en el asiento de atrás, pero Olivia insistió en que fuera al lado del conductor. Ella se sentó atrás, junto a una pala, varios bastones de bambú, un rollo de cuerda y un rifle.
Había oscurecido cuando dejaron atrás las luces del pequeño poblado. El jeep se abrió paso por un accidentado camino antes de salir a una abierta sabana y Olivia quedó empapada por las gotas de humedad que caían de los árboles. Esperaba que sólo fuese agua de lluvia. Tenía miedo de que alguna extraña criatura estuviese al acecho en los árboles para atacar a cualquier incauto viajero. Le disgustaba mucho pensaren serpientes o en cualquier otra clase de animal salvaje.
—¿Lleva mucho tiempo en mi país, señor Kennedy? —Olivia salió de su abstracción al escuchar la pregunta del sargento Kasaba. Pensaba lo que averiguaría al llegar a su destino.
Le pareció que pasaron horas hasta que llegaron a Gstango; había

perdido la noción del tiempo. Además, viajar por África, por la noche, le parecía espectral, habían tenido como única compañía los desconocidos ruidos de los animales. En un momento dado, le pareció escuchar el rugido de un león y su corazón dio un salto al comprender que el jeep era poca protección. Más la aterró el grito de las hienas que le trajeron a la mente los cuentos de horror que alguna vez había leído.

Llegaron a su destino poco después de las siete. Olivia se sorprendió al ver que, contra lo que había imaginado, la comunidad era una ciudad pequeña y próspera. Contaba con tiendas, casas prefabricadas, incluso una sala de cine que anunciaba una película norteamericana. ¡Desde luego, había un hospital! Allí debía haber trabajado Lilian. La policía y los bomberos ocupaban el mismo edificio, no lejos de la mina. Lo único que parecía faltar era un hotel y Olivia sintió que la invadía el desaliento al pensar que quizá tendrían que regresar, esa misma noche a la misión.

— El inspector Roche los verá aquí —anunció el conductor, deteniéndose frente a las iluminadas ventanas de la comisaría. Bajó y fue a ayudar a Olivia—. Por favor, síganme.

Francis se tambaleó un momento y, aunque Olivia estaba dolorida por el traqueteado viaje, le preocupó más el estado de su acompañante.

—¿Prefiere quedarse aquí? —preguntó, pero Francis lo negó con un movimiento de cabeza.

—¿Aquí, en medio de este enjambre de mosquitos? —preguntó al modo de broma. Olivia permitió que él se apoyara en ella.

Les esperaba otro contratiempo. Un funcionario les explicó que el inspector Roche había tenido que salir minutos antes a causa de un pequeño accidente en la mina. Se ofreció a llevarlos a su alojamiento y les aseguró que el inspector hablaría con ellos por la mañana.

Olivia se desanimó, pero Francis pareció complacido. La joven se reprochó por ser egoísta y pensar sólo en ella, viendo que Francis tenía tan mal aspecto. Después de todo, un día más no sería una gran diferencia, y, en cambio, a Francis, el reposo le sentaría bien.

—¿Dónde nos alojaremos? —preguntó contenta de no tener que regresar a Bakoua. Al menos el comisario había previsto acomodarlos y eso era algo de agradecer en una comunidad como aquélla.

Los llevaron a unas cabañas, no lejos de la comisaría. Por lo visto, el personal administrativo de lamina las utilizaba normalmente. Eran unidades independientes, con una salita, una alcoba, cocina y baño. A Francis no le gustó que le dieran una cabaña separada de la de Olivia, aunque estaba al lado.

— ¡ Puedo dormir en el sofá de la sala! —exclamó.

— ¡No sea tonto! —aseguró Olivia dándole un apretón en el brazo — . No se preocupe, Francis, estaré segura. Las paredes no son gruesas y le

llamaré si le necesito.
Francis no estaba de acuerdo, pero la debilidad y el cansancio se hicieron notar. El sargento Kasaba estaba intrigado por la actitud del inglés y Olivia supuso que no comprendía el motivo de la preocupación de Francis.
— Hay comida en el frigorífico —indicó el sargento como si con eso esperase que Francis dejara de poner objeciones—. También puedo traerles algo de la cafetería de la compañía...
— ¡Oh, no! —Francis se puso más pálido.
— Muchas gracias, sargento, no tenemos apetito, podemos comer lo que hay en el refrigerador. Gracias por su hospitalidad... se lo agradecemos infinitamente... —el sargento Kasaba salió, mostrando una actitud un poco más favorable hacia sus inesperados huéspedes: Olivia empujó a Francis a la puerta de la otra cabaña.
— Métase en la cama —murmuró con afecto—. Le veré mañana. Ahora nos hace falta dormir.
A pesar de lo dicho, Olivia no se acostó satisfecha. No estaba nerviosa, pero se sentía extraña en aquel ambiente ajeno y diferente a como lo había imaginado. Recelaba de lo que el inspector Roche le diría.
A pesar de todo se quedó dormida. Abrió los ojos al sentir la sensación de que algo la había turbado. Algo o alguien la despertó y se le puso carne de gallina al pensar en su aislamiento. ¿Estaría Francis despierto? ¿La oiría si le llamaba? ¿Cómo molestarlo si no estaba segura de qué la había despertado? Podía haber sido el ruido de un coche, ya que no estaban lejos del camino. También pudo ser la sirena de la mina que había escuchado con anterioridad. La idea de que podía tratarse de algo amenazante no tenía sentido, el ruido podía haberlo causado mil cosas.
A pesar de sus razonamientos, se sentía vulnerable tal y como estaba, desnuda bajo las sábanas. Desde su llegada a Tsaba, dormía desnuda y no vio motivo para cambiar de costumbre. Antes de meterse en la cama, se había dado una ducha, que la había refrescado, pero de nuevo se sentía sudorosa. Tenía los nervios crispados al aguzar los oídos.
No esperaba que abrieran la puerta de la alcoba ni ver luz en la sala. De pronto, vio la figura de un hombre que abrió la puerta, recortada contra la luz de la sala, pero el rostro permanecía en las sombras. Un grito involuntario se le escapó de los labios.
—¿Qué diablos...? —impaciente el hombre buscaba a tientas el interruptor y cuando la luz bañó la habitación, Olivia se encogió bajo la sábana—. ¡Liv!
— ¡ Alex! —ambos hablaron al mismo tiempo, pero Alex se repuso primero.
— ¡Liv! —murmuró enfadado—. ¡Por todos los santos, pensé que

todavía estarías en Bakoua!
Temblando, Olivia se aferró a la sábana que la cubría hasta la barbilla. Jamás se habría imaginado ver a Alex allí. ¿A qué había venido y cómo llegó tan pronto? ¿Qué hacía en su cabaña cuando lo creía a miles de kilómetros de distancia, en compañía de su familia en Inglaterra?
— Yo... ¿qué haces aquí, Alex? —murmuró acongojada. —¿Qué hago aquí? —tronó—. ¿No lo adivinas? He venido a por ti,tan pronto me enteré del descabellado plan que urdiste.
—Tonterías, no necesito tu ayuda, Francis está conmigo...
—¿Y dónde está?
—¿Me preguntas que dónde está? —le miró con los ojos desorbitados —. Pues en la otra cabaña. ¿Pensabas que a mi lado?
— Sería lo lógico —murmuró salvajemente, y el temor y el resentimiento de Olivia explotaron.
— ¡No juzgues a los demás por tus normas! —replicó en venganza, deseando poder levantarse de la cama. Alex siempre la colocaba en posición de desventaja. Él podía mantenerse de pie mientras que ella estaba obligada a ocultarse debajo de la sábana, como un asustado conejillo—. No me has dicho a qué has venido. ¿No será que quieres sacar a la luz nuestra relación?
—¿Qué relación?—exigió y se acercó a la cama, furioso.
— La de Francis conmigo, por supuesto —declaró temblorosa—. Eso has imaginado ¿no? ¡Crees que somos más que amigos!
—¿Y no es así?
— Por supuesto que no; Francis es sólo un buen amigo. Es algo que, al parecer, no puedes comprender.
—¿Eso crees? —se inclinó sobre ella, como una terrible amenaza para el cuerpo y los sentidos de Olivia. La joven comprendió que debía seguir hablando para que no la venciera.
— Hazme el favor de salir — murmuró inquieta—. No tienes derecho a estar aquí.
—Te equivocas, era mi cabaña, antes de salir de Gstango.
— No te creo...
—Allá tú.
Olivia pensaba rápidamente. ¿Estaría él diciendo la verdad? No era descabellado pensar que el sargento Kasaba o el inspector Roche la habían alojado en la cabana de Alex Gantry porque supusieron que llegó por cuenta del mismo Alex.
— De ser así, lo lamento — murmuró a regañadientes —. No tenía la menor idea.
— Eso sí te lo creo —inclinó la cabeza—. Después de lo sucedido la otra noche, estoy seguro de que habrías elegido cualquier cabaña menos la mía.

— Aquella noche estaba aturdida… —encogió los hombros. —¿Y ahora no lo estás?
— No —se humedeció los labios—. Alex, no podemos hablar en este momento. Yo… Francis podría escucharnos.
— Es poco probable.
—¿Poco probable?
— Seguro, ¿no te has dado cuenta? Las alcobas están situadas en la parte exterior de las cabañas.
Olivia miró a su alrededor. Alex tenía razón, pero había estado demasiado cansada para notarlo. Sólo la cocina y el baño colindaban con la siguiente cabaña.
— Bueno, de todos modos —tartamudeó cuando intentó ahogar el pánico que amenazaba con apoderarse de ella—. No es el lugar ni el momento apropiado para hablar de esas cosas. Podremos hacerlo mañana temprano.
—¿Igual que lo hicimos en Inglaterra? —le recordó con dureza.
— Aquello… fue diferente y, además, no estabas en casa.
—Te fuiste antes de mi regreso.
— No me iré de aquí hasta que averigüe la verdad —declaró muy tensa.
—¿No me digas? —torció la boca—. Puedo proporcionarte algunos datos que no hallarás en Gstango.
— En este momento, no, Alex… —movió la cabeza inquieta.
—¿Por qué no, a qué tienes miedo? —se agachó junto a la cama y la miró con ironía—. ¿No te tranquilizaría saber que no somos hermanos? — preguntó mientras deslizaba un dedo a lo largo de la tensa línea de la sábana que ella mantenía dabajo de su barbilla.
— Por favor, vete, Alex. No quiero gritar, pero lo haré si no sales.
—¿Te atreverías a atraer a la mitad de la fuerza policial de Gstango? —se burló acariciando un mechón de cabello que descansaba sobre el hombro de Olivia—. Liv, sé que no harías tal cosa.
— Entonces, ¡vete! —sacó un brazo para alejar su cabello—. No sé qué esperabas lograr al venir. A menos que temas lo que seguramente averiguaré.
—¿Temer? —sus ojos brillaron peligrosamente—. ¿Qué debo temer, Liv?
— No lo sé —tenía los nervios de punta—. A eso he venido. Y si fueses hombre, respetarías el derecho que tengo para hacer mis averiguaciones. ¡No debiste abandonar tus responsabilidades!
—¿Cuáles son mis verdaderas responsabilidades? —exigió calmado y se movió hacia el borde de la cama. Cuando Olivia alejó las piernas, agregó—: ¿No son las que me debo a mí mismo? ¿Cumplir mis deseos y necesidades?
— No, si para lograrlo sacrificas a los demás.

—¿Los demás? —la suavidad del tono de su voz no la engañó.
—Sí, tus responsabilidades son Lilian y tu hijito —titubeó antes de añadir—: No puedes negar que Sacha es nieto de Henry. El parecido es demasiado evidente. Incluso la señora Winters hizo un comentario al respecto.
— De acuerdo — la voz de Alex se tornó severa—. Sacha es nieto de Henry. ¿Eso qué tiene que ver con nosotros ?
— ¿Nosotros? — la confirmación de sus sospechas le quitó todas las esperanzas.
—Sí, ¡nosotros! —repitió inclinándose sobre ella—. ¡No simules que esta farsa es en beneficio mío! Quisiste averiguar algo antes de comprometerte.
—¿Comprometerme, yo? —abrió los labios—. ¿A qué?
— A esto —la cogió de los hombros para abrazarla.
—No, Alex... —él beso le impidió protestar. Alex estaba enfadado y, como consecuencia, el beso no fue tierno, fue un asalto salvaje que ella no pudo prevenir. Con decisión imparable, él la obligó a acostarse sobre las almohadas y a relajar sus músculos bajo el peso de su varonil cuerpo.
Lágrimas de vergüenza y humillación brotaron de sus ojos y se deslizaron por sus mejillas. ¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se aprovechaba de ella si su nexo con Lilian era patente en el hijo de ambos? ¡Era imperdonable!
—Oh, Liv —gimió al probar la sal de las lágrimas—. Liv, no llores. ¡Por lo que más quieras, no llores! —la soltó para buscar la suave curva de su cuello y acariciarla suavemente con los labios—.
Lilian no significa nada para mí, te lo juro. Eres la única mujer que he deseado. Por eso he seguido tus pasos. Me era imposible soportar saber que estarías sola con Kennedy.
—¿Te parece buen motivo? —intentó empujarlo—. Crees que con decirme que me deseas basta para que me sienta halagada...
— No digas tonterías, Liv —murmuró y le arrancó la sábana de los hombros. Olivia se estremeció y un extraño calor recorrió su cuerpo. Aunque trató de alejar la cabeza de Alex, la pasión se lo impidió. Cuando él se desabrochó la camisa y colocó las manos de ella sobre su pecho, los dedos femeninos se aferraron a él. Acarició su cálida piel...
— Liv, Liv —susurró Alex besándola tiernamente.
—Alex...
—Te deseo, Liv —murmuró junto a sus entreabiertos labios—. Deja que te haga el amor...
Una ola de debilidad la invadió. Alex era tan turbadoramente masculino, tan persuasivo que sólo él podría calmar aquel doloroso anhelo que ella sentía. Sollozó y cedió a la pasión al sentirse poseída por las emociones que provocaban las acariciadoras manos de Alex. Le

correspondió instintivamente y se dejó llevar por las exigencias dé su propio cuerpo.
No se dio cuenta cuando se despojó Alex de su ropa hasta sentir el cuerpo desnudo junto al de ella. Los fuertes músculos de su pecho la presionaban sobre el colchón.
— No, Alex... —rechazó por última vez al darse cuenta de lo que sucedía, pero fue un intento vano porque le abrazó el cuello. Alex se encontraba en un estado en que le era indispensable satisfacer sus deseos.
Hambriento, le cubrió las mejillas y los ojos de besos y la dejó sin aliento y débil. Olivia se arqueó contra el cuerpo masculino, extasiada por el calor que sentía junto a ella; aún no se daba cuenta cabal de lo que propiciaba. Sólo sabía que deseaba que Alex no se detuviera hasta calmar aquellas ansias desconocidas.

Abrió los ojos y la luz la molestó; durante un fugaz momento se sintió desorientada. Tan pronto como contempló el austero ambiente que los rodeaba, las paredes de la alcoba de la cabaña, y al ver los oscuros ojos de Alex, comprendió lo que había sucedido. Le fue imposible moverse tan siquiera para cubrir su desnudez. Permaneció acostada, sumida en un extasiado abandono y mirando los entornados ojos de Alex.
Alex le arrojó la sábana para cubrirle el cuerpo que ella parecía ofrecerle de nuevo y se vistió. La miró como si la despreciara tanto como se despreciaba a sí mismo.
—¿Por qué no me lo dijiste? —tronó paseándose inquieto por la habitación —. ¡Por Dios, Liv! ¿Por qué no me lo confesaste? ¡Debiste comprender que no te habría tocado! —Olivia se estremeció al sentir que el helado viento de la desilusión enfriaba la carne ardiente.
Alex la hizo suya porque creyó que tenía tanta experiencia como él.
Cuando descubrió la verdad, era demasiado tarde para detenerse. Acongojada, se envolvió en la sábana.
—¿Qué pasa? —exigió, tratando de ocultar el sentimiento de humillación por no haber estado a la altura de las circunstancias—. ¿No te gustó? ¿Lo hice mal? Lo lamento, no sabía que debí presentar referencias...
—¡Calla! —la interrumpió con el rostro distorsionado por la furia— . Sabes bien lo que quiero decir. ¡Y nada tiene que ver con que hayamos o no disfrutado del momento!
—Tuve la impresión de que fue agradable para ambos —levantó los hombros.

—¡Liv! —se paró frente a ella y la miró con ojos atormentados. Movió la cabeza y murmuró con tristeza—. Sabes que para mí fue el delirio, ¿te hice daño?
—¿Tiene importancia? —tembló. Para ser franca, el dolor que le causó fue pasajero, se sintió compensada al sentirse invadida por la ola de satisfacción que Alex le proporcionó después. La fuerza de su cuerpo dentro del de ella fue la experiencia más maravillosa de su vida, pero no podía decirlo ya que saltaba a la vista que él estaba arrepentido.
.—¡Maldición, Liv! —se apartó unos mechones húmedos de la frente —. ¡Jamás pensé que el viejo no te hubiera tocado! —se dio una palmada en la sien—. A pesar de todo, debió tenerte cariño.
—¡No! —eso no lo toleraría Olivia; no, viniendo de él. Con un movimiento brusco abandonó el lecho y se envolvió con la sábana—. No me tenía cariño, pero creo que se lo tuvo a mi madre —se movió inquieta—. Ya te dije cómo fue, lo que no te dije es que tu padre arruinó al mío. Lo destruyó igual que si lo hubiese asesinado con un arma. Por eso acepté casarme con Henry Gantry... mi madre deseaba vengarse —movió la cabeza—. No se trataba de que yo fuese su hija. Eso lo inventaste tú.
— No —negó metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón. Sin querer, Olivia comprendió que a pesar de lo que había pasado, no estaba inmune a su atractivo—. No fue así de sencillo, Liv. Si no me crees, pregúntaselo a Cosgrove a nuestro regreso. ¿Por qué crees que Henry se comunicó con tu madre, pocos meses antes de su muerte, si no fue algo planeado?
— Henry sabía que no viviría mucho tiempo. Cuando el médico se lo comunicó buscó a mi madre. Deseaba que ella se casara con él porque quería compensar el daño que le causó... al menos, eso dijo.
—No —repuso y Olivia le miró pálida—. No fue así, Liv. ¿Crees que un hombre como Henry Gantry se arrepentiría de algo cuando fue capaz de desheredar a su hijo? —Olivia tragó en seco. Nunca lo había considerado desde ese punto de vista. Pero si Henry no sintió remordimiento. .. — Más vale que te sientes —la tomó del brazo para conducirla a una silla, pero ella se soltó—. Te lo digo para prepararte
— murmuró con los puños cerrados—... antes de intentar justificar mi proceder.
— Limítate a decirme lo que tienes en mente. No trates de disculparte. Jamás te perdonaré por lo que has hecho, así que ve al grano— levantó la cabeza. Alex estaba sombrío, pero el sentido común, o su conciencia, lo obligó a proseguir.
—Tu madre fue la que se comunicó con Henry —Olivia protestó—. Por medio de la prensa, se enteró del estado precario de la salud de Henry y urdió el plan para quitarle, cuando menos, una parte de su fortuna...

—¡No!
—Sí —Alex se mostró inflexible—. Puedo probártelo si quieres. Por el momento, tendrás que aceptar mi palabra —calló durante un momento al verla tan sorprendida—. Se comunicó con Henry tengo manera de que lo compruebes, y logró persuadirlo de que también tenía una hija.
— ¡No lo creo!
—Al principio, tampoco Henry lo creyó. ¿Alguna vez has comparado la fecha de tu nacimiento con la aventura amorosa de tu madre con Henry? —Olivia lo negó con un movimiento de cabeza—. Pues corresponden, no hay duda. No es difícil pensar que pudiste haber sido hija de Henry.
— ¡No! —exclamó menos convencida.
— Henry lo dudó, pero es fácil imaginar cómo se sentía en esa época de su vida. Se estaba muriendo y sabía que no le quedaba , mucho tiempo; además, al conocerte se sintió halagado hasta el punto de no querer hacer demasiadas investigaciones.
— ¡No te creo! —Alex suspiró.
— Piénsalo bien. La paternidad resulta difícil de comprobar y vio en ti el medio para desheredar a su hijo.
—¿Por eso regresaste?
—Tal como estaba la situación no tenía tiempo para comprobar si realmente eras su hija. Además, sabía que los derechos de una hija serían casi iguales que los de una esposa. ¡Se casó contigo, y tu madre lo consintió porque sabía, a ciencia cierta, que no eras hija de Henry Gantry!
—¿No lo soy? —se humedeció los labios resecos.
— Por fortuna, en esta época, aunque rio siempre se puede comprobar la paternidad, es posible comprobar lo contrario. El examen médico que practicaron antes de la boda mostró que tu grupo sanguíneo no corresponde ni al de Henry ni al de tu madre.
Olivia intentaba asimilar la información. Recordó haberse hecho los análisis de sangre y que pensó que la preocupación de Henry por su propia salud lo hacía recelar de la de los demás.
—Entonces, Henry sabía...
— No necesariamente. Los informes médicos de tu madre no se pudieron obtener antes de su muerte.
Olivia se sintió derrotada. Estaba confundida. Había ido a Gstango para averiguar la verdadera identidad de Alex y, en vez de ello había perdido la suya. Recordando detalles, no era difícil de creer lo que decía Alex. La falta de sorpresa de su madre cuando, después de más de veinte años, Henry se presentó; la insistencia de que Olivia la obedeciera, aun sabiendo que no era un hombre digno de fiar. Olivia pasó todo por alto ante la enfermedad de su madre. No sólo eso, sino

que tenía motivos personales para desear herir a Henry Gantry. Con los datos que Alex le proporcionó, la ambigüedad de su posición quedaba en evidencia.
Como si la compadeciera, Alex se acercó, pero Olivia le mantuvo a distancia levantando un brazo.
— No te acerques —murmuró nerviosa—. Tengo que meditar sobre todo esto y decidir qué he de hacer.
— Debo decirte que todo esto lo he sabido hace pocos días. Por eso me mostré tan amargado cuando te conocí, pensé que habías engañado al viejo para apoderarte de su fortuna.
—¿Te estás disculpando? —preguntó con desdén.
— No —el rostro de Alex estaba muy serio—. Sólo digo que ambos hemos sido víctimas de nuestros recelos —titubeó—. No sabía que llegaría a amarte.
— ¡No hablas en serio!
—¿Después de lo sucedido? no te culpo por no creerme —extendió las manos —. Sabía que ésta sería mi única oportunidad y te deseé con locura.
Pasmada, Olivia se volvió. ¡Alex era hijo de Henry! ¿No tenía vergüenza?
— Será mejor que te vayas —murmuró con voz ronca e inclinó la cabeza. Alex asintió y murmuró algo incomprensible. Sin embargo, la huella de sus labios en el hombro de Olivia quedó grabada después de que la puerta se cerrara al salir él.

CAPITULO 10

A LA pálida luz de la madrugada, Gstango era igual que cualquier comunidad minera. Era una base para el personal y ofrecía Los servicios para la gente que, temporalmente, se alejaba de su familia.
Desde la ventana de la cabaña, Olivia pudo distinguir la carretera principal que ella y Francis recorrieron la noche anterior, el grupo de cabañas de la comunidad y los edificios de la administración, donde el inspector Roche tenía su oficina.
A lo lejos vislumbró la mina y las nubes de polvo que levantaban las máquinas excavadoras que contrastaban con la tierra mojada que rodeaba las cabañas. Debía haber llovido por la noche, pero Olivia no se enteró. Cuando Alex la dejó, cayó en un sueño profundo, aunque inquieto. Se sentía muy cansada.
No tenía la menor idea de la dirección que había tomado Alex cuando la dejó. Al principió, temió que se hubiese acostado en el sofá de la sala, pero comprobó que no fue así. Se sentía inquieta desconociendo su paradero.
Se preguntó si tendría objeto hablar con el inspector Roche después de

lo que le había contado Alex. Sin duda, ella había sido víctima de las ambiciones de su madre y de las de Henry y le era difícil ser objetiva cuando los hechos que creyó verdaderos resultaron falsos. Lo único real era que había vivido una mentira durante los últimos siete meses. Dos personas sin escrúpulos se valieron de ella para lograr sus objetivos y ella había sido demasiado tonta para darse cuenta.
Francis se presentó cuando se estaba peinando. Se alegró al ver un rostro amigo. Él tenía los ojos sin brillo aunque parecía menos febril que la noche anterior. Olivia lo invitó a sentarse antes de,decidirse a empezar a hacerle preguntas. Al parecer, Francis no conocía la llegada de Alex y lo primero que dijo no fue halagador.
— Parece que no ha .pegado ojo en toda la noche —comentó, suspirando—. ¡Qué felices seremos al regresar a la civilización! La vida en estas condiciones no es para nosotros.
—He dormido bastante bien —esbozó una sonrisa—. ¿Y usted? ¿No le turbó nada?
—¿Turbarme? —Francis frunció el ceño—. ¿Por qué motivo? —entornó los párpados—. ¡No me dirá que se metió algún intruso!
—No... —movió los hombros torpemente—. Alex está aquí, en Gstango. Vino a mi cabaña después de que usted se fuera a acostar —no mencionó que fue después de que ella se metiera en la cama, pero Francis no estaba interesado en los detalles.
— ¡Gantry! ¿Alex Gantry está aquí? No lo creo. ¿Cómo es posible?
— Es cierto — aseguró haciendo un esfuerzo para ocultar el temblor de su voz—. Créame, estaba tan conmocionada como lo está usted. Dijo que se había preocupado por... nosotros.
— Más bien está preocupado por lo que lleguemos a descubrir —gruñó—. Es el colmo, sobre todo, después de que me dijo que tiene esposa e hijo.
— No es su esposa —le corrigió, pero Francis no le prestaba atención. Desde que ella le informó de que Alex iba a llevar a Lilian Eve y a su niño a casa, Francis lo había desaprobado.
— ¡No comprendo por qué Cosgrove confía en él! —exclamó—. Quiero decir que Alex Gantry nunca fue un santo. Aunque tuvo momentos muy difíciles al enterarse de la muerte de su madre y de la forma en que perdió la vida, no se le puede perdonar el sufrimiento que le causó a su padre.
—¿Cómo? —se volvió para mirar a Francis de frente.
— Lo de siempre —suspiró—. Siempre se trataba de alguna chica, a partir del momento en que notó la diferencia en los sexos. Primero fueron las chicas, después las motos y los coches deportivos. Su padre lo sacó de varias dificultades antes de que Alex le asestara el último golpe.
— No lo sabía —murmuró incrédula.

— No tenía por qué saberlo. Dudo de que Alex le hiciera ese tipo de confidencias. Además, debe pensar que el mundo está en deuda con él en vez de ser lo contrario.
—Quizá —concedió, pero se sentía inquieta y se tranquilizó cuando un hombre los interrumpió. Percibió un delicioso aroma a panecillos calientes y café. El hombre sonrió al colocar la bandeja sobre la mesa.
— El inspector Roche les envía el desayuno —se enderezó—. Los recibirá en su oficina dentro de treinta minutos.
— Muchas gracias —Olivia estaba muy agradecida por el gentil trato de que eran objeto.
— Es un placer, señora —se inclinó cortés y salió.
— ¡ Qué delicia, panecillos calientes! — invitó a Francis a compartir el desayuno y untó uno de los panes con mantequilla—. Había olvidado lo hambrienta que estoy.
El inspector, un alto y rubio sudafricano, los esperaba con una amistosa sonrisa. Los invitó a pasar a su oficina.
— Señora Gantry —la saludó y le pidió que tomara asiento—. ¿Señor Kennedy? El señor Graham ha estado aquí y me ha dicho su nombre.
Olivia parpadeó. ¿Quién era el señor Graham? No era el momento de pensar en trivialidades y entrelazó los dedos sobre sus piernas.
—¿Conoce el motivo de nuestra entrevista?
El inspector Roche les ofreció un cigarrillo. Se llevó uno a los labios cuando le rechazaron el ofrecimiento.
—Hace poco vino un hombre de Ashenghi en representación de la corporación Gantry, ¿estoy en lo cierto?
—Sí, seguramente fue Philip Ndobe —comentó Francis.
—¿Ndobe? Creo que ése fue el nombre que dio —Roche encendió su cigarrillo —. Como no conocía a ese señor y el señor Graham no me había dado instrucciones, no le facilité la información que solicitó.
—Ya no tiene importancia. Estamos aquí y ambos somos auténticos representantes de la compañía. Yo... mi esposo era Henry Gantry, el padre de Alex Gantry.
—Sí,sí, lo sé —Roche inclinó la cabeza y Olivia se pregunto si el mismo « señor Graham» también le había proporcionado esos datos.— Quieren investigar sobre el señor Gantry por algún asunto relacionado con las propiedades de su padre.
— Así es — Francis intercambió una recelosa mirada con Olivia— Antes que nada, queremos saber si a Alex Gantry lo reconocería.
—Disculpe, ¿qué ha dicho? —preguntó sorprendido y Francis se movió con impaciencia.
—Alex Gantry, ¿conoce a Alex Gantry?
— Lo conocí.
— De modo que lo reconocería si lo viera.
— Por supuesto —asintió Roche, pero antes de que Olivia pudiese

respirar tranquila, añadió—: Sin embargo, como Alex Gantry está muerto, no...

Olivia recobró el conocimiento, acostada sobre un sofá en la oficina del inspector Roche. Antes no había visto el mueble ni el techo plagado de moscas, pero en ese momento pudo observarlos mientras Francis le sostenía la mano, sentado a su lado.
—¡Olivia! —decía agitado—. ¡Oh, Olivia, por favor, despierte!
— Permítame, por favor —el inspector apartó a Francis y se inclinó sobre Olivia para ofrecerle un vaso de agua—. Bébase esto —la acomodó contra su hombro—. Es el calor, seguramente está un poco deshidratada. —Olivia bebió el agua con gratitud, pero al recobrar la memoria comprendió que no se había desmayado por el calor. Fue la noticia de que Alex Gantry había muerto. ¡Muerto! Eso significaba que el hombre que se hacía pasar por Alex era un impostor. Al terminar de beber el agua, se sintió con fuerzas para sentarse y el inspector volvió a su asiento—. ¿Proseguimos?
— Sí, muchas gracias—murmuró Olivia.
— Decía que Alex Gantry murió —añadió Francis—. ¿Puede informarnos cómo sucedió?
— Por supuesto —Roche buscó una pequeña carpeta entre los papeles de su escritorio—. Esto contiene una copia del informe de las autoridades sudafricanas a raíz de su muerte...
—¿Las autoridades sudafricanas? —repitió Olivia.
— Sí —Roche suspiró—. ¿No sabían que vivía en Sudáfrica en el momento de su muerte?—señaló las carpetas.
— No —Olivia movió la cabeza—. Tenía entendido... ventanas —... las minas...
—¿Sabía que fue uno de los primeros dueños de Gstango Ore?
—¿Primeros? —Olivia estaba confusa.
— Por supuesto. Hace años Gantry abandonó el proyecto. Temo que su hijastro no se interesaba por los beneficios a largo plazo. La mina iba mal y les faltaba dinero. Gantry decidió no perder más y vendió su participación.
— Comprendo —Olivia se llevó la mano a la cabeza—. ¿Y el socio de Alex?
—¿El señor Graham? —«¡de modo que ése era el señor Graham!», pensó Olivia—. Logró mantener abierta la mina. Fue duro, pero lo logró y desde entonces se ha descubierto que esta región es rica en pecblenda.
— ¡Pecblenda! —interrumpió Francis y Olivia lo miró sorprendida.
— Sí —asintió Roche—. Veo que sus derivados no le son

desconocidos, señor Kennedy. Gstango Ore se ha convertido en una de las empresas más productivas del mundo.
— Temo no... —Olivia movió la cabeza.
— Uranio, señora Gantry —agregó Roche—. El gobierno de Tsaba le otorgó la única concesión a Gstango Ore.
—De modo que, de haber vivido Alex, sería rico — trató de razonar.
— No —interrumpió Francis impaciente—. Te dije que Alex siempre fue un perdedor. Vendió antes de tiempo, nos lo acaba de decir el inspector Roche.
—En efecto, pero debo decirles que el señor Graham lo buscó con ahínco; por desgracia, cuando lo encontró había muerto.
—¿Cuándo se fue Alex de aquí?
— Hace poco más de dos años —suspiró—. Tuvo otro tipo de problema, de índole personal. No creo que deba hablar de eso.
— Por favor —insistió Olivia—. Se lo agradecería. ¿Qué tipo de problema?
— Algo relacionado con una mujer joven...
— ¡Lilian Eve!
—¿Cómo lo sabe?
— No tiene importancia, continúe.
— Bueno, ella es compatriota mía, era una enfermera que trabajaba en el hospital de Gstango. Tuvo una aventura con Alex Gantry, creyendo que se casaría con ella. No lo hizo y poco después de que él se fuera, Lilian descubrió que estaba encinta.
—¿La criatura era de Alex?
—Sin la menor duda.
—¿Lo sabía él?
— No lo sé —Roche parecía incómodo—. Lo importante es que ella se quedó aquí, en Gstango, y tuvo a su hijo.
— Un niño.
— En efecto. Cuando nos enteramos de que Gantry estaba muerto, el señor Graham se hizo responsable de ella. Quiso darle una participación en la mina, pero ella la rechazó.
— Ese hombre... el señor Graham, ¿qué aspecto tiene? —preguntó indecisa.
— ¡Olivia! —exclamó Francis sorprendido.
— Espere, Francis —le pidió con las manos entrelazadas—. ¿Se parece en algo el señor Graham al hombre que conoció como Alex Gantry?
—¿Por qué quiere saberlo? —preguntó intrigado Roche.
— Por favor, conteste la pregunta.
— Bueno, supongo que algo había. Tenía más o menos la misma altura y la misma constitución.
—¿Y de aspecto?
— Ya que lo menciona, ambos tenían cabello rubio, aunque la piel del

señor Graham es más oscura.
—Gracias —Olivia intercambió una mirada comprensiva con Francis —. Me gustaría hablar con el señor Graham, ¿es posible?
—Temo que no —Roche movió la cabeza.
—¿No? —Olivia se puso de pie—. Pero si ha dicho que había hablado con él hoy.
— Así fue, pero se marchó poco después. Voló a Ashenghi —hizo una pausa—. La oficina central de la compañía minera está allí, aunque tengo entendido que regresará a Inglaterra esta misma noche.
—¿Regresar... a Inglaterra? —repitió Olivia desolada.
— Sí, tiene amigos allí. ¿Por qué? Por desgracia no puedo ponerla en contacto con él porque ignoro su dirección.
—No importa —Francis también se puso de pié—. Por el momento tenernos los datos necesarios.
—Lamento lo de su hijastro, señora Gantry —murmuró el inspector poniéndose de pie y tendiéndole la mano—. Si quiere llevarse el informe, tengo instrucciones de entregárselo.
—Muchas gracias —Olivia aceptó la carpeta—. Ha sido muy amable al recibirnos.
—Ha sido un placer —sonrió Roche—. Por cierto, el señor Graham dejó instrucciones de que, si lo desean, pueden regresar a Ashenghi en uno de los helicópteros de la compañía.
¡ Un helicóptero! Eso explicaba cómo había sido posible que Alex, no, León Graham, llegara tan pronto a Gstango.
—Se lo agradeceríamos —respondió Francis en nombre de los dos y Olivia pudo ver la satisfacción que le causaba saber que no tendrían que recorrer el mismo trayecto de regreso.
—Muy bien —Roche los acompañó a la puerta—. Hablaré con el gerente de la mina y les avisaré cuando puedan partir. Hasta entonces, les sugiero que utilicen las cabañas que ocuparon anoche. Adiós.
Al llegar a la cabaña de Olivia, Francis se dejó caer en el sofá y gruñó con incredulidad.
— ¡Quién hubiese imaginado que Alex Gantry es en realidad el señor Graham! Tiene que serlo. Me gustaría saber por qué asumió la identidad de Alex.
— Por el bien de Sacha — respondió en seguida Olivia—. Sacha es el nieto de Henry y si él no hubiese tomado cartas en el asunto, nadie más lo habría hecho.

Olivia y Francis llegaron a Londres la tarde del día siguiente. Ambos estaban agotados. Francis tenía su coche en el aeropuerto, pero Olivia rechazó el ofrecimiento de llevarla a casa. Ella fue a buscar un taxi.

—Hablaremos mañana —le aseguró decidida—. Y gracias, Francis, gracias por todo.

Los pasajeros en espera de taxi eran numerosos. Olivia esperaba pacientemente cuando alguien le tocó un brazo.

—¿Taxi, señora? —preguntó la inconfundible voz de Alex.

— ¡ Alex! —exclamó, pero él movió la cabeza.

—Leon —corrigió antes de levantar la maleta—. León Graham. Vamos, mi coche está allí. El tráfico estaba fatal y creí que llegaría tarde.

— Y yo pensé que tendría que esperar varias horas.

— Después de las horas que has pasado esperando en Ashenghi —comentó León abriendo la puerta del Maserati—. Entra, yo me encargo de esto.

Olivia logró dominar el temblor de sus manos al deslizarse en el asiento delantero y controlar sus facciones.

—¿Cómo has logrado llegar a Londres antes que nosotros? —preguntó en el momento en que salían de la terminal —. Sólo hay un vuelo diario a Inglaterra.

— Así es —el coche se deslizaba veloz por la autopista—. Tomé un vuelo de la compañía hasta Lagos, donde hice trasbordo.

—Comprendo —Olivia había pensado que lo encontraría en Ashenghi. No deseaba verlo estando en compañía de Francis, sobre todo porque el ayudante de su difunto esposo seguía recelando de él.

— Y bien, ¿me has perdonado? ¿O seguirás maldiciéndome toda la vida por enredar las cosas?

— Más vale que me aclares todo —se humedeció los labios—. Sólo así podré decidir. El inspector Roche nos explicó lo de Alex, tengo el informe en mi bolso.

— Entonces, sabes cómo murió.

— Sí, en una pelea en Johannesburgo, pero no sé qué hacía allí. ¿Por qué salió de Gstango teniendo motivos para quedarse?

— Permite que te hable de Alex. Intentaré explicarte qué tipo de hombre era —hizo una pausa—. No te diré que fue un santo, pero no era tan malo como sugiere el informe.

— Francis dice que era un perdedor.

—Típico de Francis, pero, en cierto modo, lo fue. Algunos hombres se inclinan a tomar el camino de la autodestrucción. Alex era de ésos.

—¿Le tenías estima, no? —inclinó la cabeza hacia un lado.

— Sí. Cuando nos conocimos en 1971, nos sentimos identificados en ciertos aspectos.

—¿Quieres decir que también tu padre y tú reñísteis?

— Hasta cierto punto. Por desgracia, mi padre murió antes de que yo pudiese arreglarlo. Nunca me perdonó por haber interrumpido mis estudios universitarios.

—Comprendo.
— Ya no tiene importancia —León hizo una mueca—. Hablábamos sobre Alex y sus dificultades emocionales. Supongo que gozó rehuyendo sus responsabilidades —se volvió para mirarla—. ¿Cómo te sentías respecto a él?
—¿Estos últimos días? —bajó la cabeza—. Creo que sabes la respuesta —por un momento la mano de León presionó la rodilla de Olivia.
—Como decía, cuando Alex y yo nos conocimos teníamos metas similares. Ambos deseábamos el éxito, aunque por diferentes motivos. Fui a Zambia contratado para un trabajo de ingeniería, pero no resultó. Alex había estado vagabundeando bastante tiempo. De cualquier forma, nos llevamos bien y nos confiamos nuestras penas. Me enteré de lo ocurrido en Chalcott, me describió la casa y la vida que hacía allí. Era lógico que tomara el partido de Alex cuando me habló de su padre. Hablamos largo y tendido y llegué a conocer Chalcott como si hubiese vivido ahí.
— Prosigue —lo animó.
—Trabajamos en varios empleos, hicimos dibujos técnicos, algo de ingeniería e incluso trabajamos en una fundición de acero. Logramos ahorrar suficiente dinero para comprar una concesión en Gstango. Roche debe haber relatado el resto.
— Nos dijo que la mina estuvo a punto de declararse en quiebra.
— Así fue —León tomó una expresión burlona—. El primer día que nos vimos, te expliqué que sacar minerales puede ser una tarea que destruye almas.
— Roche también... nos habló de Lilian.
—¿Sí? —frunció el ceño—. Supongo que le pareció importante. Por ella buscamos a Alex.
— Lo mismo dijo el inspector.
—Te contaré cómo sucedió...
—No hace falta...
—Deseo hacerlo —se mostró firme—. Déjame recordar... todo debió iniciarse a la llegada de Lilian a Gstango. En aquel sitio tan remoto necesitábamos un hospital porque a veces los hombres tenían accidentes en la mina. Con el tiempo logramos construir y equipar el hospital. Entre las enfermeras estaba Lilian.
—¿Lá amó Alex?
—¿Amar? —hizo una mueca—. Es una palabra que no asocio con Alex. No creo que haya amado a nadie, excepto, quizá, a su madre. Después de su muerte... —se encogió de hombros.
— Debió tenerle algo de cariño a Lilian.
—Supongo que se lo tuvo en la medida en que era capaz — aceptó—. Pero nunca fue una relación normal. Alex era demasiado irritable y voluble y cuando Lilian le informó que estaba encinta, desapareció sin

pensárselo dos veces.
—¿Desapareció?
—La mina no marchaba bien, nadie compraba nuestro mineral. El mundo estaba en crisis y parecía que la quiebra nos rondaba. —Pero eso no sucedió.
— No, descubrimos uranio en cantidades suficientes para asegurarnos de que la mina seguiría funcionando.
— ¡Pobre Alex!
—¿Cómo crees que me sentí? Lilian dio a luz y deseé que ella tuviera lo que le correspondía, pero no quiso escuchar razones. Decidí buscar a Alex.
—¿Y...Adam?
—¿Cosgrove? —León se encogió de hombros—. Él mantuvo contacto con Alex, ya lo sabes. Al desaparecer Gantry le escribí para notificárselo y desde entonces se comunicó conmigo.
—¿Así que Adam lo sabía desde el principio?
—¿Que yo no era Alex Gantry? ¡Sí!
— Por eso intentó persuadirme de que esperase antes... antes de tomar cualquier decisión.
—¿Con respecto a nombrarme presidente de la empresa? —preguntó con sorna—. Me lo dijo y créeme, no me gustó.
—¿Porqué?
—Oh, Liv... cuando llegué a Inglaterra tenía el firme propósito de que aceptaras a Sacha como nieto de Henry. No tenía la menor idea de como lo lograría así que no dejé de improvisar. Jamás quise suplantar a Alex, aunque sabía que nos parecíamos algo físicamente y no sospecharían. Como Alex, pude hacer las preguntas que León Graham no se habría atrevido a hacer. Una vez instalado en casa, se me hizo fácil llevar a Lilian y a Sacha.
—¿Cómo lograste entrar?
— Entre los efectos personales de Alex que enviaron de Johannesburgo, estaban sus llaves y su pasaporte. No fue difícil que me tomaran por Alex, sobre todo porque me mostré muy seguro.
— Vaya que lo fuiste —comentó Olivia sonriendo.
— ¡Créeme, estaba aterrado! Pero me facilitaste las cosas al aceptarme como tu hijastro. Cuando algo se cree, ya se lleva ganada la mitad.
— Se me hace difícil creer todo eso.
—¿Por qué? ¿Quieres o no quieres creerlo?
—Quiero creerlo —respondió ruborizada—, ¡Oh, Alex, digo León! Cualquiera que sea tu nombre, me alegro de que no seamos parientes!
—También yo —murmuró León y Olivia se alegró por lo que significaba aquella declaración.
León no añadió más acerca del asunto, pero se dedicó a contarle que el tío de Alex aceptó, a regañadientes, participar en el engaño y que

Sean le proporcionó la información respecto al papel que la madre de Olivia había tenido en la vida de Henry.
— Parece que no dejó de sospechar —explicó mientras Olivia hacía esfuerzos por concentrarse—. Cosgrove me habló de las dudas de Henry sobre tu parentesco. Con eso me proporcionó la palanca que necesitaba —Olivia se movió inquieta.
—Pensé que me odiabas —comentó esperando que él le demostrara cierto afecto, pero León sólo movió la cabeza.
— Así fue hasta que llegué a conocerte, lo cual me dificultó realizar mi primera intención.
—¿De verdad? —de nuevo Olivia esperó que continuara, sin resultado.
La señora Winters los esperaba en la puerta. Con toda seguridad, había escuchado el motor del coche y antes que León diese la vuelta al vehículo para ayudar a Olivia a apearse, lo hizo ella.
— ¡Señora Gantry! —exclamó preocupada—. Querida, parece muy cansada. Vamos, entren, les he preparado una deliciosa cena.
Olivia no tenía hambre, pero no rechazó el ofrecimiento porque la señora Winters debía haberse esmerado. Cenaron en el comedor, la misma señora Winters les sirvió. Su presencia no permitió que hablaran sobre asuntos privados. Además, ella estaba ansiosa por referir las travesuras de Sacha y saltaba a la vista que aún no sabía ¡a verdad. Olivia no dudaba de que la señora no presentaría ningún problema al respecto. Quizá se sentiría herida por el engaño, pero al enterarse de los motivos de León no dejaría de admirarlo.
Al terminar de comer, Olivia se disculpó y, aunque León fue muy cortés, no la siguió. Al contrario, desde que llegaron a casa, parecía malhumorado y cansado.
El baño que tomó Olivia la calmó, y cuando Mary se presentó, curiosa por el inesperado viaje de Olivia, ésta ya estaba alerta. Eludió el tema diciéndole a Mary que tuvo que acompañar a Francis en un viaje de negocios y, aunque la doncella se mostró escéptica, tuvo que aceptarlo. Cuando la chica salió, Olivia se dijo que lo que le había contado no distaba mucho de la verdad. Por algún motivo, León optó por no explicarle sus razones para seguirla y, encogiéndosele el corazón, se preguntó si no estaría arrepentido de haber hecho la confesión. Quizá la dijo en la pasión del momento y no era verdad. La aceptaría por lo que valía, y esperaría a que él diese el siguiente paso.
Sin poder conciliar el sueño, a pesar de estar agotada después de veinticuatro horas sin descansar, se levantó a las dos de la mañana para bajar a la cocina a tomar algo caliente.
Se puso una bata de seda, abrió la puerta de la habitación y caminó silenciosamente por el pasillo. La casa estaba a oscuras, pero no tenía miedo. Sin embargo, se sobresaltó cuando otra puerta se abrió, al otro extremo del pasillo, y vio la alta figura de León. Se ocultó y rogó al

cielo que él no la viese. ¿A dónde iría él? ¿Le habría mentido con respecto a su relación con Lilian? León se acercó, pasó a su lado y ella lo siguió con sumo sigilo. Tuvo la mala suerte de tropezar y lanzar un gemido, justo cuando él bajaba el primer escalón.
—¿Qué diablos...? —León se volvió y la vio—. ¡Liv! —murmuró irritado antes de ir hacia ella, que se frotaba el dedo del pie con el otro pie —. ¿Qué haces a esta hora de la madrugada?
—No podía dormir —en la penumbra, levantó el pálido rostro—. No quería que creyeras que te seguía.
— Eso hacías.
— No exactamente. Iba a la cocina a prepararme algo caliente. —¿No te parece que es demasiado tarde para eso?
—Quizá me ayude a dormir —explicó, muy consciente de la cercanía de aquel cuerpo—. ¡Oh, León! —perdió el control —.¿Fuiste sincero al decirme que me amabas?
El rostro de León se ensombreció y luego, con un brusco movimiento, la tomó del brazo y la condujo a la habitación que ocupaba desde su llegada a Chalcott.
—¿Amarte? —gruñó al cerrar la puerta, quedando solos los dos—. ¡ Por supuesto que te amo, pero sabes tan bien como yo que la viuda de Henry Gantry está fuera de mi alcance! —Olivia abrió los labios y León, al parecer incapaz de estar cerca de ella sin tocarla, se alejó. Luego, se llevó una mano temblorosa al cabello y murmuró—: Supongo que todo es culpa mía, nunca debí seguirte a Gstango. Tampoco debí aprovecharme de ti de la forma que lo hice. Dijiste que nunca me lo perdonarías.
— ¡Eso fue antes! —la voz de Olivia era suplicante—. León, eso fue antes de que supiera tu verdadera identidad. ¿No comprendes que creía que eras Alex?
— De acuerdo —murmuró cansado—. Acepto que ambos hablamos sin pensarlo...
—¿No fue más que eso? —Olivia dio unos indecisos pasos hacia él—. León, no te creo, no puedo hacerlo. ¡Y, por favor, deja de portarte como si yo fuese una leprosa!
— ¡Leprosa! —gimió—. Oh, Liv, ¿no te das cuenta de que el leproso soy yo?
—¿Por qué, porque me hiciste el amor? —Olivia acortaba la distancia que los separaba—. León, deseaba que lo hicieras y propicié lo sucedido.
—Ojalá fuese tan sencillo —murmuró y se volvió.
— No existen complicaciones —insistió Olivia y le abrazó la cintura por la espalda—. ¡Oh, León, te amo! —apoyó el rostro en la fina tela de algodón de la camisa—. ¿No basta con eso?
El cuerpo de León comenzó a temblar, pero no se volvió y cuando los

dedos de Olivia se deslizaron por su vientre, trató de detenerla.
— ¡Liv! —gimió—. ¡Oh, Liv, no hagas esto!
—¿Por qué no? —dijo melosa y confiada—. Quiero que me ames. Quizá después podamos descansar —León se volvió para alejarla con las manos.
— ¡Liv, no puede ser! Considéralo una tontería pero me niego a casarme con una mujer que puede comprarme y venderme infinidad de veces.
—¿A qué te refieres?
— Liv, Adam me dio todos los detalles del testamento. Aunque sólo eres la administradora de Henry, no dejas de ser una mujer muy rica. Dios, aunque le des la mitad a Sacha, seguirás siendo multimillonaria. No puedo soportarlo y tampoco puedo pedirte que lo abandones —suspiró—. Soy minero, Liv. No protestes, comprendo que Gstango Ore progresa y que no tengo que seguir viviendo allí, como solía hacerlo. Pero tengo que vivir en Tsaba, mi hogar está allí. Tú no podrás viajar, ir y venir, no te lo permitiría.
— No tengo que hacerlo —Olivia logró al fin interrumpir el monólogo — . León, escúchame. Si vuelvo a casarme, pierdo el derecho a la herencia.
— ¡No lo dices en serio!
— ¡La verdad! —Olivia estaba emocionadísima—. Oh, amor, ¿no te lo dijo Adam? Si me caso, me otorgarán una renta de trescientas mil libras, ¡eso es todo! Lo demás se queda en fideicomiso para los nietos, el nieto de Henry. ¡Será para Sacha!
—¿Estás segura?
—Por supuesto, pero como el único hombre con quien hubiese deseado casarme, parecía estarme prohibido...
—Oh, Liv —las defensas de León se desmoronaron y, gimiendo, buscó los labios de ella—. Liv, Liv —murmuró, abrazándola muy fuerte —. ¡No sé si podría vivir sin ti!
Algún tiempo después, Olivia se acurrucó adormilada en la curva del brazo de León.
—Me intriga el hecho de que Adam no te haya comentado esa cláusula del testamento.
—¿No imaginas el motivo? —la mano de León la acercó tomándola del muslo—. Llegué a conocer a Adam y me atrevo a decir que guardó el secreto con toda premeditación. Temió que yo quisiese casarme contigo por el dinero.
—¡Si supiera la verdad! —rió.
—Quizá no le guste.
—Al contrario, creo que quedará complacido —declaró Olivia—. Después de todo, le tenía cariño a Alex. A su debido tiempo, el hijo de Alex ocupará el sitio que le corresponde en la corporación.

— ¡Pobre diablillo! —comentó León—. No lo envidio, pero Lilian es una mujer cuerda y saldrá adelante.
— Francis la ayudará —Olivia se humedeció los labios.
— Sí, supongo que ése será otro que no estará contento.
— Francis es un verdadero amigo — se enderezó, apoyada sobre un codo, para mirar a León de frente—. ¿No crees que deberíamos nombrarlo presidente hasta que Sacha tenga la edad para votar?
— No veo ningún obstáculo —frunció el ceño—. Y tú podrás votar antes de que nos casemos.
—Estoy segura de que Sean Barrett estará de acuerdo —sonrió.
— No lo dudo.
— En manos de Francis la empresa estará segura —suspiró.
—No es lo que deseabas.
— Nada resultó como lo esperaba —murmuró—. Veo todo nebuloso, como si hubiese sucedido en un lejano pasado.
— Es evidente que tanto el padre de Alex como tu madre tuvieron razones para arrepentirse, pero eso ya no tiene importancia. Lo que nos interesa es Sacha... tú y yo —sonrió—, Pero no tiene que ser en ese orden.
—Al menos sirvió para que nos encontráramos —Olivia lo miró con ternura.
— Por eso los perdono — asintió León mientras acariciaba la redondez de los senos de Olivia con la mirada—. ¿Descansamos o prefieres que amanezca más demacrado?
—¿Qué deseas tú? —preguntó Olivia y se deslizó para acurrucarse junto al cuerpo de León. Decidieron que bien valía la pena despertar con más ojeras.

Anne Mather — El amor secreto de Olivia (Harlequín by Mariquiña)